



Seix Barral

Juan Vico

El animal más triste



EL ANIMAL MÁS TRISTE

Juan Vico



Seix Barral

Índice

EL ANIMAL MAS TRISTE

Sinopsis

Dedicatoria

I. El valle inquietante

Cita

Bailo sobre mi silla giratoria...

La lluvia de la noche anterior...

Roberto conoció a la madre...

La sobremesa es civilización...

Solange no tarda en estar...

Nos distribuimos en...

Paula y Roberto comparten...

Roberto y yo luchamos...

Comemos en una tasca...

La resaca amenaza con apelmazar...

II. El animal más triste

Cita

El pozo...

Una línea sobre el suelo...

A lo largo del curso...

«María Magdalena fue...

Por las noches, el maestro...

Los meses se relevan...

El hijo del zapatero...

III. La coalición simultánea

Cita

El sol entra de pleno...

Las miradas de los ocupantes...

[Acabo de escribir...](#)

[Un autorretrato en el espejo...](#)

[Lo he destruido...](#)

[Solange y Marta han venido...](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Sinopsis

Un grupo de amigos se reúne en una casa del Bajo Pirineo donde, entre copa y copa, desempolvan viejos fantasmas; entre ellos, un cortometraje experimental titulado *El animal más triste*, que rodaron en sus años universitarios. Tras el visionado de la cinta y una fugaz visita a las ruinas de un pueblo abandonado de la zona, Paula, la más joven del grupo, escribe un relato que, a partir de ese momento, impregnará toda la novela con la consistencia viscosa del deseo como una especie de hado fatídico. Una novela plagada de resonancias literarias y cinematográficas donde la infidelidad sexual se convierte en correlato de esa otra infidelidad que el paso de los años nos obliga a ejercer contra nosotros mismos. Una oscura y envolvente novela en la que subyace una sutil reflexión en torno a los ocultos resortes del deseo y la necesidad de explicar el mundo a través del arte.

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compar

Para Susana

I

El valle inquietante

Haz aparecer lo que sin ti quizás nunca se vería.

Notas sobre el cinematógrafo,
ROBERT BRESSON

Bailo sobre mi silla giratoria, soy un ágil derviche consagrado a la mística de la rutina. Me concentro en las ruedas traqueteantes, sus pequeños fragmentos de rotación cósmica, su precaria música de las esferas. Las horas siguen distribuidas ordenadamente en el reloj de la pared: he renovado mis votos. Pues no hay igualdad ni exactitud en la labor del minuterero, solo la mecánica arbitraria de su señorío. Alabémosla. A las pausas reglamentarias (los cafés, los cigarrillos, el menú nuestro de cada día, uno y trino, en el restaurante de la esquina) demos gracias.

Consulto el correo por última vez antes de apagar el ordenador. Me topo con un mensaje sin título de Roberto. El clic del ratón en la oficina medio vacía retumba como la pisada de un intruso en una caverna. Ningún texto en su interior, únicamente un archivo adjunto. Lo descargo y bajo a cero el volumen.

Aparezco en la pantalla. Mi imagen brota en una escena que pugna por escapar de sus límites, el color oscilando más allá del borde de las siluetas, los píxeles reventados, el movimiento lacerado por interferencias horizontales. Se trata sin duda de una vieja grabación digitalizada. Aparece mi cuerpo sin mí, la sombra de un adolescente bailando en una fiesta ignota, en el centro de una habitación mal iluminada. Desde el vórtice de esa noche perdida, mi perfil líquido protesta. Canta el frío de los resucitados, aunque no oiga su voz, mientras alguien se va acercando por detrás con su

sonrisa de viernes incrustada. Disfruta del puente, Jonás, pronuncia una boca cualquiera. Y yo, el derviche bien educado, respondo con cortesía y espero a que el perfume de su propietaria se esfume hacia la salida. He cerrado el vídeo de inmediato. Mi mano súbitamente envejecida cierra ahora todas las ventanas y borra el historial de navegación. Nada puede, sin embargo, contra esa desazón que quedará flotando alrededor de la mesa hasta que la señora de la limpieza pase su gran bayeta comunal.

En el salón, el portátil apagado es un ídolo ciego y amenazante. Cecilia no ha llegado todavía. Las mismas imágenes de hace un rato ofrendan a continuación su sonido: un zumbido grave formado por risotadas y música en descomposición. Mi rostro se expone de nuevo a mi mirada con inconsciencia u osadía, carne reflatada por la marea. No me reconozco, concluyo. Porque no me recuerdo, rectifico. El abismo de este desgarrón no tiene mucho que ver con el vértigo de los años, es algo más restringido, más molesto y recalcitrante. No ubico esta escena, eso es. No identifico el espacio, neutro en exceso, y ninguna cara me resulta lo suficientemente familiar. Amigos circunstanciales, acaso, y Roberto que debe de estar tras la cámara. Hay otra cosa, no obstante, que me concierne solo a mí; es decir: ¿soy yo, en realidad? Ni siquiera singularizo el vestuario, de tan aséptico, una simple camiseta negra, unos vaqueros. No llevo gafas. El cabello cae lacio sobre la frente, una masa oscura difuminada por la mala calidad de la grabación. Y nada más, ninguna pista temporal, ningún punto de referencia.

Vuelvo a ver el trozo de vídeo, una, varias veces. Expando la ventana y la imagen se pulveriza. Congelo un fotograma, lo examino. Copio luego el primer plano fijo de mi rostro y lo manipulo con un programa de edición: filtro, limpio, convierto los rasgos en una

máscara grotesca, los aumento hasta la abstracción buscando no sé muy bien qué, como en aquella secuencia de *Blow-Up* en la que el fotógrafo descubría los indicios de un crimen entre los volúmenes de una instantánea desproporcionadamente ampliada. Pero en mi pantalla solo persiste una estúpida trama de rectángulos, así que regreso enseguida a la imagen en movimiento. Contesto a Roberto. Estoy seguro de que en algún momento del fin de semana obligará al grupo a disfrutar de mi baile ancestral; quizás entonces, cuando concrete con grandilocuencia la fecha o las circunstancias, desaparezca la extrañeza que sus imágenes me producen. Le pregunto en vano de dónde ha sacado la grabación y dejo que la pantalla se oscurezca nuevamente.

Arrastramos un carro por el pasillo de las bebidas. Miro la etiqueta trasera de una botella de vino. No hace falta que compres ninguna, dice, mejor hacerlo allí, en esa zona hay bodegas de sobra. Por breves o anecdóticos que sean nuestros viajes, Cecilia sucumbe siempre a la necesidad de informarse a conciencia sobre el país, la región, la ciudad, el poblacho que vayamos a visitar, mientras yo permito que un falso gusto por la sorpresa maquille mi desidia. Comenta también que no muy lejos de la casa, en una especie de valle, existe una aldea abandonada desde hace décadas, el clásico pueblo fantasma. Ha visto varias fotos del lugar en alguna web y para despertar mi atención asegura que lo ha encontrado bastante «inquietante». Consigue su propósito, aunque gracias a una azarosa imantación entre palabras que tardo todavía unos minutos en percibir. Auxiliado por el ritmo mecánico de la cinta donde se deslizan los productos y por el sonido retrofuturista del lector de códigos, intento resumir la teoría del valle inquietante, aquella popular hipótesis científica acerca del desasosiego que nos provocan los robots de aspecto humano y de la

que, es curioso, dice no haber oído hablar nunca. Todo lo que limita el simulacro de los seres artificiales y les otorga su siniestro aire de familia, ya sabes, la rigidez de los gestos, la textura de la piel, las miradas extraviadas, pontificio, camino del parking, nos alude al mismo tiempo que nos rechaza, nos repele porque nos interpela de un modo oscuro e insuficiente, genera una incomodidad que no ha de ser muy distinta de la que he sentido horas antes al enfrentarme a mi *doppelgänger* borracho en el vídeo de Roberto. Esto último en verdad solo lo pienso, mientras trasteamos en el maletero y ella cambia de asunto sin camuflar apenas su desinterés por mi peregrina asociación de ideas.

Localizo entre nuestros libros un viejo ejemplar de *Yo, robot* y lo guardo en la bolsa de viaje.

De noche, ya en la cama, acecho el rostro cambiante de mi mujer. Hacía días que no follábamos. Trato a menudo, y hoy no es una excepción, de atender las variaciones de su fisonomía en los momentos cercanos al orgasmo, malacostumbrado a que me regalen matices imprevistos. Me excita perder sus rasgos, deformados por la tormenta química, saber que en ese instante resulta casi indiferente que sea mi sexo el que está dentro del suyo. Ella es la sacerdotisa y también la víctima propiciatoria. Todas las pollas del mundo le rinden pleitesía. Alrededor de sus mejillas enrojecidas, de su mueca de máscara africana, los hombres de la tribu giran itifálicos y embrutecidos. No es la previsible fantasía de tener bajo mi cuerpo a una persona desconocida lo que más me estimula, sino la convicción de que también yo lo soy. Un extraño sospechosamente parecido a mí se está tirando a Cecilia. El tipo del vídeo, por ejemplo, un hermano gemelo perdido, le clava su miembro hinchado y ella grita, se abisma,

olvidada por completo de mi existencia. Ese androide pixelado que bombea entre sus piernas saca furioso su sexo y eyacula sobre el vientre universal. La pequeña muerte de ambos suscita entonces mi resurrección. Pero yo ya estoy muy lejos, desterrado, y en silencio los bendigo.

La lluvia de la noche anterior ha reblandecido el largo trecho que conduce desde la carretera comarcal hasta la casa. A Cecilia le preocupa que el mal tiempo nos impida disfrutar de ese espejismo bucólico al que todo urbanita tiene que rendirse de vez en cuando. La señal de la radio se vuelve demasiado inestable. Recupero uno de los CD sin caja que sobreviven en la guantera. La densidad de las arboledas crece con sutileza, poniendo en jaque el triunfo naïf de junio, mientras la voz de cuervo de Tom Waits se escapa por la ventanilla que acabo de bajar unos centímetros. Me pregunta de nuevo el nombre de la compañera de Marta; sé que en realidad no lo ha olvidado. Solange, contesto. Solange qué más. Guérin, creo. Solange Guérin, dice. Fotógrafa, ¿no? Eso es, digo.

Proyecto la imagen de Marta en algún punto entre el parabrisas y la vía. Me cuesta decidir si he de corregirla en relación con su aspecto actual (impreciso, ya que últimamente no nos hemos visto mucho) o con el de la persona que conocí en la universidad (oscilante, pues sería el resultado caprichoso y contradictorio de la suma de mil recuerdos), por lo que accedo a que el fantasma se volatilice sin más en torno a sus ojos levemente rasgados, persistentes como la sonrisa del gato de Cheshire. Siempre he querido pensar que en la oblicuidad de su mirada, cuestionada por ese verde tan poco oriental, se concentraba la atracción que ejercía sobre mí, amplificada luego en sus cambios de expresión, el modo en que su rostro se

infantilizaba o envejecía en escasos segundos, al ladearlo, entornar los ojos ofendidos por la luz o relajar el óvalo de su mandíbula en la flexión imposible de una mano; tonterías, me temo: necesitamos interpretarlo todo reduciéndolo a su más estricta materialidad.

Cecilia se gira con imprudencia, como si quisiera rescatarme de mis pensamientos. La miro, le toco un muslo. Ella sabe y no sabe. En alguna ocasión le he hablado de mis encuentros y desencuentros con Marta enfatizando sus matices más triviales, a fin de que quedara claro que aquello era cosa pasada, fruto de un ambiente y unas circunstancias irrepetibles. A Cecilia le gusta, o al menos eso asegura, que hayamos seguido viéndonos y que a día de hoy todavía pueda contarla entre mis mejores amigos. Habéis crecido en paralelo, cada uno por su camino, me ha dicho alguna vez, aunque no he alcanzado a averiguar si tras esa deplorable frase de manual de autoayuda se esconden o no pretensiones irónicas (el sentido de la ironía de mi mujer es un misterioso puzle en el que de continuo echo en falta alguna pieza). Sea como sea supongo que debió de complacerle la noticia de que Marta había empezado una relación con alguien de su mismo sexo. Le expliqué que ya antes había tenido devaneos con mujeres, si bien hasta donde yo sabía nunca desembocaron en nada importante.

Hubo una noche, la recuerdo a la perfección, apuntalada por diversas sustancias, desnudos aún después de haber follado en el sofá, en que de pronto Cecilia y yo nos prestamos a compartir los respectivos inventarios sentimentales. La frivolidad inicial dio enseguida paso a los detalles, que ambos solicitábamos y ofrecíamos con rigor, y el zumbido de esos secretos secretados no tardó en envolvernos con toda su virulencia. Era un territorio que habíamos ido evitando de manera más o menos consciente: ambos sabíamos que asomarse a según qué profundidades no aporta demasiado a una

relación, o como mínimo que no conviene a según qué relaciones entre las que sin duda figura la nuestra. *Equilibrio*, esa es la palabra que primero me viene a la cabeza al repasar mis años con Cecilia, y no alude tanto a la estabilidad económica o a las convenciones de la edad como a un pacto de convivencia en el que el silencio juega un papel determinante. Obviamente ha habido mujeres en mi vida a las que he arrastrado y a las que he dejado que me arrastraran por el fango de la memoria. Diría incluso que llegábamos a escarbar con tanta saña en busca de oscuridad que, con el tiempo, tal actitud acababa justificando nuestro vínculo. Descender hasta ciertos niveles puede convertirse en una actividad muy adictiva, quizás por el riesgo constante de no saber si vamos a encontrar inesperadas vetas ante las que argumentar partes sorprendentes y estimulantes de nosotros mismos o si cada nueva incursión, por abusar del símil, solo nos va a conducir hacia galerías aún más estrechas y faltas de oxígeno.

Esa noche de verano, en cualquier caso, perdura convertida en excepción, el efecto fue lo bastante perturbador como para que jamás hayamos vuelto a hurgar con semejante malicia en los bolsillos del otro. Y aun así, en momentos de hastío o de enardecimiento, regresan la tentación, el afán de perturbar, la pose autodestructiva, la adrenalina de la confesión, la literatura del deseo, la colección personal de oportunidades perdidas, ardores frustrados y heridas mal selladas, la piel erizada por la incertidumbre, los ridículos celos retrospectivos.

Hay un par de coches aparcados en un lateral de la casa. Distingo el de Roberto. Cecilia toca el claxon. Un perro asoma desde la parte posterior sin ladrar: un galgo ruso, creo. Surge una figura por la puerta mientras Cecilia maniobra. ¿Es Marta? Vuelve a llevar el pelo

largo, los rizos oscuros caen sobre una blusa ligera, cruza los brazos para protegerse del aire matinal.

Sonríe.

Salimos del coche. El galgo, que apenas ha husmeado nuestros pies, se encamina a la entrada por delante de nosotros y llega hasta Marta al mismo tiempo que otra figura toma forma tras ella, más alta y más delgada. La composición se equilibra: un plano de Douglas Sirk: dos sonrisas firmes hacia las que avanzamos imprimiendo exiguas marcas en el barro, aquí casi seco. Cecilia, impetuosa, me sobrepasa y abraza a mi amiga. Luego se dirige a su compañera, tomando la iniciativa en la presentación. Me aproximo a Marta, la beso, siento su cuerpo contra el mío, breve y real, me separo un poco sin dejar de mirarla, mi mano izquierda todavía en su cintura, esta es Solange, me dice, un placer, Jonás, tenía muchas ganas de conocerte. Me gusta su olor y el modo en que ha pronunciado mi nombre, ablandando la jota.

Hacemos crujir el piso de madera en dirección a una gran sala contigua. El perro se ha tumbado frente a la chimenea apagada, desinteresado muy pronto de todos nosotros. Roberto, cerveza temprana en mano, se acerca propulsado por el estruendo de su propia voz, dejando un hueco en el sofá junto a las piernas cruzadísimas de Paula, desnudas e inapelables, mil veces jóvenes en el centro de la estancia.

Roberto conoció a la madre de Paula cuando ella era muy pequeña, e incluso llegaron a vivir los tres juntos en Madrid, poco después de que él abandonara un trabajo ejemplarmente oficinesco con el propósito más bien incauto de dedicarse por entero a la escritura. Alcancé a verla un par de ratos durante el tiempo que compartieron: una mujer rotunda en todos los sentidos concebibles, algo mayor que nosotros. Su ascendiente prestigio profesional en determinados sectores del periodismo capitalino permitió a Roberto trabar engañosos contactos que vio escurrirse de golpe por el sumidero de su separación. Desde luego ni contemplaría la posibilidad de que, década y pico más tarde, la hija de su antigua pareja figurase entre los alumnos de uno de sus talleres de narrativa. Es imposible no imaginarlo descubriendo con asombro el nombre y los apellidos en la lista, intentando identificarla en el aula, percibiendo de inmediato la insistencia de una mirada que perseguía la suya y que tendía a esquivarla en cuanto coincidían. No hace tanto de ese hito doméstico, desfigurado por infinidad de descripciones, aunque parezca que hayan pasado siglos. El inicio de su relación coincidió además con el del inopinado éxito comercial de Roberto, una simple casualidad que ellos, sin embargo, no quisieron desproveer de simbolismo.

Desde la ventana de nuestro cuarto los observo charlando con Solange. Cecilia coloniza el ropero, la cómoda, un estante. Paula nos impele a bajar repitiendo un gesto con ambas manos.

Me seduce la levedad de los preámbulos de cualquier reunión social, los primeros compases del primer acto, cuando todo es aún una promesa indefinida y nadie sabe si va a disfrutar o a aburrirse, si la comida va a ser de su agrado, el vino pasable, la conversación brillante o anodina, si se van a repetir las anécdotas narradas mil veces o alguien va a contar algo nuevo y que valga la pena escuchar. Hay, del mismo modo, cierta coreografía desgarbada, el anfitrión procurando poner orden, cada uno de los invitados buscando su hueco, el cuarto de baño, una copa, dejándose llevar por el azar o condicionando sus movimientos por motivos estratégicos.

Marta nos trae unas cervezas que tomamos de pie cerca de la agrietada, elegante mesa de pino donde al parecer va a discurrir el almuerzo. Roberto me aprieta un hombro y menciona, socarrón, el vídeo. Luego hablamos, le contesto, y arrastro mi curiosidad hacia Paula. Ella baja la mirada y a continuación la alza en dirección a Solange. Yo también la miro. Solange me hace alguna pregunta de lo más banal, advierto que me está calibrando. Me complace el juego y correspondo con otros inofensivos interrogantes. Cecilia trata de enlazar unas cuantas palabras con Marta, aunque su voz suena un tanto artificiosa. Inspecciono el cielo, ahora desenmarañado. Los árboles del jardín tapan el paisaje circundante, habría que alejarse de la casa para apreciar lo que nos rodea con precisión. Me digo que estoy dispuesto a pasármelo bien, moderadamente bien, sin objetivos concretos, sin pretensiones excesivas. Roberto estudia con escaso disimulo el escote de Solange cuando ella se agacha para acariciar al perro, de nuevo entre nosotros. Vacío casi la mitad de mi cerveza de un trago.

La cocina es amplia y de una rusticidad tan minuciosa como el resto del domicilio, con azulejos de época, grifería de cobre y demás parafernalia neorrural. No te la pierdas, me dice Paula, en referencia

a la enésima serie imprescindible, mientras se pone de puntillas para alcanzar las copas de un estante: estoy enganchadísima. La corva de su pierna derecha se tensa dejando al descubierto un delicado rasguño sinusoidal. Es de origen, dice Solange, haciéndome cobrar conciencia del desplazamiento de mi índice por las vetas de la encimera de caliza, desde el pueblo todavía se puede ver la antigua cantera.

Cecilia me pide que abra una de las botellas que hemos comprado por el camino. Una nube indisciplinada oculta el sol durante unos instantes para arrojarlo una vez más sobre los rizos húmedos de Marta. Nos sentamos por fin, joviales y armoniosos, como en una vulgar película de reencuentros.

La sobremesa es civilización, pregona Roberto, desperezándose. Marta, él y yo hemos echado a caminar en compañía del perro por el lado opuesto al que comunica con la carretera. El terreno comienza a acentuar su pendiente nada más traspasar los límites de la finca. Marta nos relata con nuevos pormenores la historia de los últimos meses, desde la aparición de Solange hasta el arrebato de irse a vivir juntas a la casa del abuelo materno de su flamante pareja, heredada unos cuantos años atrás. Aún le queda bastante tiempo de excedencia, pero su intención, asegura, es conseguir el traslado a algún instituto cercano y perder definitivamente de vista el monstruo de hormigón que ha devorado su última década. Hace después un comentario respecto al florecimiento tardío de las verbenas. Me burlo sin piedad: oír a Marta hablar de plantas resulta más inverosímil que si se hubiera puesto a disertar sobre astrofísica. Pregunto a Roberto por el vídeo. Él tampoco tiene idea de cuándo ni dónde se grabó, esperaba que yo lo recordase. Cuenta que el otro día iba a deshacerse de una caja de cintas VHS y que Paula se interesó por ellas lo suficiente como para pasarse media tarde visionándolas, supongo que le parecían irresistiblemente *vintage*, hay que joderse, lo increíble no es que el reproductor todavía funcionase, sino que fuera capaz de utilizarlo a la primera, añade, regodeándose en la hipérbole. Marta quiere saber de qué estamos hablando. Roberto se saca un as de la manga: en la misma cinta, camuflada entre varios vídeos caseros,

había una copia de *El animal más triste*, que por supuesto también ha digitalizado. Ella da un bufido. Alguna vez nos habíamos propuesto tratar de recuperar ese corto que rodamos en la universidad, cuyas copias en vídeo creíamos desaparecidas y cuyo deteriorado original en 16 mm duerme el sueño de los justos en el trastero de mis padres. La perspectiva de verlo todos juntos este fin de semana me causa, aun así, un modesto rechazo que sepulto bajo las muestras de satisfacción que ambos esperan de mí. Ansiosa por devolverme la pulla, Marta aprovecha para caricaturizar la feroz, ingenua, inaguantable intransigencia cinéfila que uno enarbolaba por aquel entonces, sin atreverse a reconocer que ella acabó padeciendo el mismo sarampión, aunque en su caso, siendo honestos, no pasara de un sarpullido primaveral que mi vanidad circunscribe a los límites de nuestras relaciones. Acto seguido, eso sí, se lamenta de haber dejado de ir a las salas y de haberse acostumbrado, sin remedio ni demasiado sentimiento de culpa, a consumir cine fuera de los cines, ni siquiera he estado todavía en la nueva Filmoteca, dice, la pereza es mi credo, y yo no dudo en confesar que echo de menos la antigua sede, sus tapicerías cochambrosas, el ruido, entre cargante e hipnótico, del aparato de aire acondicionado.

Anjelica Huston ve las calles nevadas tras la ventanilla de su carruaje. Una canción le ha hecho recordar a Michael Furey, un amor de juventud que, a causa de una prematura y trágica muerte, quedó petrificado en su memoria con rasgos arquetípicamente idealizados. Más tarde, su marido escucha la confesión, el dolor por lo no vivido sobrevuela las palabras de la mujer, llorosa, vencida. Mientras ella duerme, él contempla la caída de los copos a través de otra ventana, la de la habitación de un hotel, y se pregunta cuántas veces habrá evocado a ese espectro durante los largos años que llevan juntos. Quien yace boca abajo en la cama es una extraña, acaba de darse

cuenta, y desde mi butaca en penumbra yo asisto admirado a la epifanía. *The Dead*, de Joyce, de John Huston, en la vetusta sala de la avenida de Sarrià. Marta me susurra cualquier nadería desde el asiento contiguo, hace poco que nos conocemos, ha venido en compañía de los amigos con los que yo había quedado, el azar jugando a los dados con sus clichés de melodrama. La nieve cae en la pantalla, pero es verano, finaliza el primer curso en la facultad, es enero en el Dublín de principios de siglo mientras junio se ofrece con indolencia a nuestro alrededor.

Ralentizo el paso y recorto el escorzo de Marta, la encuadro en el paisaje, persigo con mi cámara imaginaria el movimiento de su torso, su sombra perpendicular, registro el diminuto sonido de su respiración, avanzo, los sobrepaso. Únicamente el camino atraviesa el plano ahora, y un destello solar rebota contra la lente para indicar al espectador que esa mirada no es la suya, que alguien lo obliga a mirar, a continuar mirando, a dejar de mirar.

Marta nos pregunta si queremos regresar en cuanto bordeamos la zona en que el terreno se vuelve más frondoso. Roberto nos pide que esperemos, sale del sendero, gira por detrás de unas rocas en busca de un rincón donde vaciar la vejiga. Ella se da la vuelta en el sentido contrario con la intención de recibir de cara el suave impacto del aire. Cierra los ojos. Sabe que la estoy observando. Me acerco un poco, me imagino besándole novelescamente el cuello. Voy a decirle algo, pero se me adelanta y me revela que a veces no soporta este sitio y que a veces, en cambio, le emociona con una intensidad difícil de describir, y yo le aseguro que la entiendo, y entonces menciona aquella frase, creo que de Bernhard, dice (cuántas vidas hace que no leo al quejica de Bernhard, digo), según la cual el noventa por ciento de las personas querrían estar siempre donde no están, y yo digo qué gran verdad, y luego dice que tenía ganas de verme, demasiado desde la

última, dice, siempre igual, digo, maldita inercia, digo, puta rutina, digo, y ella sonríe y entorna los ojos y promete que por mucho tiempo que pase nunca dejar  de ser su cascarrabias de referencia,  por encima de Bernhard?, digo, consciente de que es lo que espera que diga, dónde va a parar, dice ella, colocando una palma sobre el brazo opuesto, alzando la barbilla, y yo tiemblo, aunque no se me note, no tanto por el efecto que me produce la inexacta suma de sus gestos como por el recuerdo del efecto que me producían, de modo que la añoranza de una sensación consigue un resultado similar al de la propia sensación: un estremecimiento invisible, mientras Marta ya cambia de tema con esa urgencia entre autoritaria y torpe tan suya, como si necesitara llenar su tráquea de nuevos conceptos para poder seguir respirando, y Roberto reaparece por el fondo, y nos ponemos en marcha otra vez.

Paula, tumbada en uno de los sofás del salón, pantalla en ristre, informa a Marta de que Solange ha bajado en coche al pueblo. Una taza de t  que humea a su lado desafía la suerte sobre un irregular altar de libros. Subo en busca de Cecilia. Acaba de darse una ducha, le quito la toalla, le muerdo un pezón. Se queja, me pregunta por el paseo.

Flores, tierra, piedras, árboles, contesto.

Y barro, replica.

Y barro, repito.

Solange no tarda en estar de vuelta. Trae dos bolsas con algunas de las doscientas especialidades regionales por las que mi mujer se ha interesado durante el almuerzo y a Silvia, una vecina a quien ha invitado a última hora. No es estrictamente guapa, pero despliega el atractivo apropiado para que Paula y Cecilia la miren con suspicacia, o al menos eso creo. Me recuerda a alguien, pienso; ¿una actriz?

Me recuerdas a alguien, comenta, minutos después, instalados ya todos en el salón. Me lo dicen con frecuencia, contesto.

Solange nos enseña algunas de las fotos que está seleccionando para la exposición que le organiza el próximo año una galería de Bruselas. Me choca la disparidad de las imágenes, parecen de diferentes autores. Al rato concluyo que tiene buena técnica y talento para la composición, pero que quizás le falte un poco de personalidad: la mayoría me lleva con rapidez a la obra de algún fotógrafo famoso.

Aspiro a acercarme a eso que Cartier-Bresson llamaba «la coalición simultánea», reconoce: una coordinación orgánica de los diversos elementos de la imagen. A veces consiste, según mi experiencia, en buscar un encuadre muy elaborado y esperar a que alguien pase por delante de la cámara para que se fundan en la foto. O sea, en combinar lo artificial, el rigor compositivo, con la irrupción del azar.

Paula la contempla con admiración. Solange se complace siendo contemplada. Roberto las observa a ambas y ensaya un par de frases

a las que nadie replica. Cómo me gustaría que me hicieran una foto así, deja caer Paula mientras sostiene con ambas manos uno de los sobrios retratos en blanco y negro que cierran la serie. Cuando tú quieras, responde Solange con impecable naturalidad.

Marta pone un disco de Cocteau Twins. Bebemos. Silvia nos pregunta por nuestros trabajos. Menciono algunas de mis funciones en la revista. Paula enuncia, breve y decidida, su proyecto de tesis sobre las novelas de Rosalía Vargas, una borrosa autora de principios del veinte. Cecilia se autoafirma asegurando que su trabajo no es tan interesante como de entrada suena, para luego aclarar, de manera efectista y tras la curiosidad renovada de su interlocutora, que se dedica a la conservación de patrimonio arquitectónico, y aun después, retorciendo de nuevo sus intenciones, matizar que solo se ocupa de tareas administrativas. Roberto es el último en hablar; la reacción de Silvia, de lo más predecible. ¿Escritor, en serio? Silvia es una gran lectora, dice Solange. ¿Y qué libros has escrito?, pregunta ella. Roberto recita los títulos de su trilogía y constata que no le suenan de nada, como tampoco el seudónimo con el que los firma. La verdad es que no me van mucho las novelas policíacas, dice, me aburre estar pendiente de descubrir quién ha cometido un crimen durante páginas y páginas. Los crímenes no son más que una excusa, explica Roberto, rutinario. Prueba a dejarlos sin resolver, en ese caso, propone ella. No, eso no se puede hacer, dice él, sonrío, dice: Sería jugar sucio.

¿Y por qué no?, me digo, motivado por la agudeza de Silvia, mientras Roberto, de fondo, juega toscamente con la polisemia de la palabra *clímax*. Nunca me he propuesto escribir una novela negra, aunque seguro que se me habrá pasado alguna vez por la cabeza, al igual que a media humanidad. Si un mal día me diera por ello, aun así, creo que me divertiría frustrar las expectativas del lector: colocar

un asesinato en las páginas iniciales, como manda la tradición; que el investigador de turno viera fracasar a continuación sus tentativas, una por una; y que al final, tras numerosas persecuciones, peleas, flirteos y diálogos chulescos, terminara todo en el punto en que empezó.

Como el detective de nuestro corto, dice Marta, leyéndome el pensamiento. Ya ni me acuerdo, digo. Yo mismo, hace no tantos años, es probable que hubiera defendido lo contrario, sigue Roberto, ahora provocador. Cuando careces de la experiencia necesaria, tiendes a ver en las normas del juego una limitación absurda, en lugar de valorar el largo proceso de ensayo y error del que proceden. A falta de oficio, entonces, y sin mejor alternativa que echarle morro al asunto, acababa siempre embarullando géneros, tramas y estilos con escaso criterio. Cuanto más descabellada me sonaba una opción, más cachondo me ponía. A mí me suele gustar lo que se sale de la norma, dice Silvia sin amilanarse. Genios hay cuatro, ya está todo inventado, arguye él, entre trago y trago. Ella alude entonces a la necesidad de prestar atención a nuestros auténticos impulsos creativos, y Cecilia apunta que habría un artista en cada esquina si redujéramos los requisitos a «sentirse artista». Yo no he dicho eso, dice Silvia, aunque cualquiera tiene derecho a sentirse lo que le apetezca. Estaba pensando en el puro placer de crear, incluso al margen, si quieres, de los resultados. Hay una fuerza esencial, un instinto, llamadlo como os dé la gana, que no deberíamos someter a modelos prefabricados, hechos a la medida, qué casualidad, de aquellos a los que el sistema considera oficialmente *creadores*. El mundo está lleno de supuestos escritores que jamás escriben, dice Paula; yo conozco a unos cuantos. Y peor aún, dice Roberto: de supuestos escritores que *sí* escriben. Separa la espalda del cojín, tensa las cejas, comprendo que se dispone a reconducir la charla con el objeto, más bien improbable, de

meterse en el bolsillo a la amiga de Solange por otros medios. No tarda en introducir, en efecto, la primera de esas anécdotas del mundillo literario que la mayoría le hemos oído un sinfín de veces y cuyas proporciones de realidad e invención son a estas alturas imposibles de delimitar. Roberto tiene claro que solo hay una estrategia expositiva más eficiente que la parodia: la autoparodia, aunque a menudo dé también la sensación de no saber hasta dónde conviene forzarla. Vuelve a mofarse de sus años de poeta descreído, habla de las decenas de concursos de baja estofa de los que vivió durante una temporada, de su experiencia como negro de un autor medio famoso, y acaba refiriéndose a su agente, un buen tipo, diría yo, pese a su tanoréxica pinta de cantante de casino, a cuyas habilidades insiste en achacar las considerables ventas que han tenido sus tres novelas, en lo que supone a mi juicio más una descarga de conciencia que una declaración pública de gratitud.

¿Y tú a qué te dedicas?, pregunta por fin Paula, al tiempo que deja su copa junto al borde la mesa.

Silvia alarga una mano, estira el cuello de la blusa de Solange y libera parte del hombro izquierdo, por donde asoma con desparpajo la cabeza tatuada de una pequeña lechuza.

Destapo el hombro derecho de Cecilia en busca de dos lunares sobre los que paso la lengua pastosa de vino. Estamos en nuestra habitación, todavía se oye actividad en la planta de abajo, veo a Solange sacando el coche para llevar a Silvia de vuelta al pueblo.

Digo: ¿Te imaginas a la gente de por aquí tatuándose? Todo el mundo se tatúa, dice. Al menos no tendrá mucha competencia, digo.

Miro de nuevo por la ventana. Me hubiera gustado dormir en la parte opuesta de la vivienda, de modo que el cuarto diera a esa suave pendiente coronada de bosque por la que hemos caminado a media

tarde. Examino luego la foto colgada en la pared del fondo, frente a la cama, en la que figura la casa antes de su restauración.

Cecilia se lamenta de la intrusión de Silvia, del poco acierto, señala, que ha tenido Solange al meterla con calzador en la cena. «Todo es política», se burla. ¿Cuántas veces lo ha repetido? Hay que ser boba. ¿Por qué no «todo es historia», o «todo es tiempo», o «todo es discurso», o «todo es teoría»? Más bien todo es práctica, digo. Cualquier generalidad sirve, concluye, decir que *todo es algo* es como no decir nada. Buen argumento, admito, podrías haberlo utilizado antes. No me apetecía seguirle el rollo, dice. Pues yo me lo he pasado en grande con la monserga sociológica, digo: la mitad de los autores que he citado me los acababa de inventar. Hay que ponerse un poquito estupendos de tanto en tanto, añado, en respuesta a su mohín; lo justo para no perder la práctica. Tú te entrenas a diario, dice. Si no hubiera venido te estarías quejando de que siempre hablamos de lo mismo. O de Paula, para variar. Es la pareja de Roberto, no me queda otra que aguantarla. Vete a saber a quién se tira Silvia, digo; seguro que a las dos. Ya te gustaría, dice, mientras se mete en el lavabo del cuarto.

Es cierto que la presencia de Silvia ha condicionado por entero la charla, pero no me importa. La tentación de retomar una serie muy limitada de conversaciones es menos ineludible que la decepción que comparece tras ellas, como esos sedimentos que persisten a veces en el fondo de las copas de vino y que descubrimos con hastío por la mañana, rimando con los ceniceros llenos y con los platos encostrados. La constatación de que no hemos sido capaces de trascender el gran lugar común del pasado y de que ninguna novedad tendrá nunca la más mínima posibilidad de competir con cualquier vivencia enromada por la lija de la nostalgia.

Cecilia reaparece en bragas. Lo raro, prosigue, es que Paula no se

haya puesto de su parte. O que lo haya hecho de manera tan sospechosamente tibia. Compromiso de pacotilla, radicalismo barato, militancia *full time*: ha tenido infinidad de ocasiones de formar con ella la mejor pareja cómica de la temporada y las ha desperdiciado todas. Vete a saber, repito, y me dejo caer a plomo sobre la cama. Deberíamos aprovechar los chirridos de nuestro catre; ¿te acuerdas de aquella secuencia de *Delicatessen*? Es tarde, dice, estoy muerta de sueño.

Apaga la luz de la habitación. Enciendo la de la mesilla. El techo se llena de manchas selváticas. Me tienta la idea de bajar en busca de una última copa para beberla con tranquilidad en la cama y descifrar, antes de dormir, mi futuro en los posos. Rescato de la bolsa el libro de Asimov y lo hojeo cerca de la nariz, inspirando el aroma a vainilla del polvo sedimentado. Me topo con un par de frases subrayadas, presiono el lomo con precaución, noto su reumático crujido:

Leo en los cerebros, ya lo sabes, y no tienes idea de lo complicados que son — continuó el robot—. Me es difícil entenderlo todo porque mi mente tiene muy poco en común con ellos, pero lo intento, y vuestras novelas me ayudan...

Nos distribuimos en dos coches. Solange conduce, Cecilia se adjudica el asiento del copiloto, yo voy solo detrás, los luminosos susurros de Hope Sandoval se sincronizan con la mañana, la carretera mal pavimentada despliega su piel de lagartija por entre los montes.

Visitamos un pueblo conocido por su puente de piedra y otro con una plaza dudosamente renacentista. Almorzamos en un restaurante con ruedas de carro en las paredes, lámparas colgantes de hierro forjado, bancos en lugar de sillas y diez o doce mesas de madera resobada. Paula se levanta a media comida para ir al baño, los cuellos de los chicos de una mesa cercana se tensan como accionados por un resorte. Roberto los observa sin interrupción, más abstraído que desafiante, durante el momento que tarda ella en volver. Yo trato de imaginarme cómo nos vería a nosotros si tuviera su edad, pero me aburro enseguida.

Nos reubicamos en los vehículos: Paula, dolor de cabeza mediante, ha optado por regresar con Roberto, solícito. Invertimos algo menos de media hora en el trayecto hasta el valle. Marta aparca en un margen de la carretera y descendemos a pie la trocha que desemboca en los alrededores de la antigua población.

Digo: Lo bueno sería ver esto de noche, ¿no? Tiene una fama exagerada de sitio misterioso, dice Solange. Que yo sepa nunca sucedió nada extraordinario, ni hubo una epidemia ni una matanza

durante la guerra civil; solo miseria. La gente se fue yendo poco a poco, como en tantas otras zonas. Cecilia asegura en cambio que el conjunto de restos le resulta aún más inquietante de lo que esperaba. Una punzada de lascivia me atraviesa en cuanto la oigo mentir con tanta desfachatez: enigmas de la naturaleza. Propone que nos separemos, aduciendo que percibiremos mejor la soledad del lugar. A nadie le parece mala idea, aunque dudo que sea lo bastante extenso como para que no nos reencontremos prematuramente.

Exploro una calle paralela a la que aparenta atravesar el poblado por la mitad, y giro después a la izquierda, internándome en una parte más umbrosa, donde los muros han tendido a resistir. Me vienen a la cabeza los escenarios ruinosos de Tarkovski y de Béla Tarr, los escombros urbanos de *Permanent Vacation*, e incluso, por asociación, el París devastado de *La Jetée*, el Berlín de Wilder, de Tourneur, de Rossellini, la imagen de Ingrid Bergman recorriendo los metafóricos yacimientos de Pompeya mientras su vida conyugal se desmorona. Se me ocurre que podría seguir tirando del hilo y extraer de ahí un buen texto para la revista, por lo que tomo cuatro notas apoyado en un murete.

Descubro más adelante, cerca de la plaza, una edificación de mayor tamaño. En la fachada persiste la sombra de una inscripción, por la que infiero que se trataba de algún tipo de centro social. Franqueo el umbral. No queda nada del techo, y apenas vestigios de los tabiques. En el suelo se pueden distinguir pequeños segmentos de terrazo ajedrezado.

¿Qué escenas se vivirían en este sitio? ¿Cuántos cuerpos aspirarían a olvidarse aquí de las penurias cotidianas, antes de que la escasez terminase con todo, de que las voces cesaran de rebotar contra los muros, contra otras voces, de que los matojos lograran abrirse paso a través del piso, multiplicando impudicamente su cuadrícula? Vuelvo

a pensar en el vídeo de Roberto. El rincón desconocido en el que aparezco bailando se me antoja tan espectral como este, y mi propia imagen, tan antigua como la de los olvidados pobladores del valle. Un depósito de tiempo. Un telón de fondo ante el que confluir de forma azarosa, igual que en las fotos de Solange. La cámara se mantiene fija, encuadrando el espacio, expectante. Todos desfilamos frente a ella. Miramos al objetivo o simulamos que no existe. Pronunciamos nuestro nombre o escribimos el de otros en el aire. Nos sentamos durante unos minutos o nos limitamos tal vez a pasar de largo, fugaces, con las manos en los bolsillos. Me veo bailando en el centro de ambos habitáculos, con mi rostro impreciso de adolescente. Las guitarras distorsionadas se mezclan con los arabescos de un acordeón, enredados en el dos por cuatro en el que se empeña la orquestina instalada en uno de los laterales de la sala. El temblor es el mismo. Compartimos la memoria de la carne. El cosquilleo en las lenguas. El hormigueo en los sexos. La realidad, el deseo y de nuevo la realidad.

Regreso al empedrado, desando unos metros, me escondo en una esquina y salgo al paso de Marta. No consigo asustarla, pero me insulta con tanta creatividad como si lo hubiese logrado de pleno.

Caminamos juntos. Probamos a forzar varios portalones, y accedemos por fin a una de las viviendas. Avanzamos por el interior con menguante entusiasmo, hay poca luz, no sería extraño cruzarse con una rata o con el tataranieto de Max Schreck disfrazado de yonqui. Su capacidad es muy reducida, dos piezas unidas por una sola puerta. La primera de ellas dispone de una ventana mal cubierta con un cartón, las paredes están llenas de pintadas que van y vienen, inevitablemente hermanadas, de las reivindicaciones nacionalistas de todo signo al fanfarroneo genital, hay una pirámide carbonizada en

el hueco de la chimenea, alguien habrá pernoctado no hará mucho por necesidad o diversión. Marta enciende un mechero para entrar en la segunda, más oscura y por completo vacía. El contorno de su imagen retiembla, mis pupilas responden con exasperante lentitud, solo se oyen los chasquidos de nuestras pisadas sobre la grava; el olor a meados se intensifica. Le toco la nuca con la yema de dos dedos, pero el contacto queda indefinido, a medio camino entre la broma y la caricia. Se gira, la llama se apaga, la expresión de su rostro se pierde en la oscuridad.

La acción se interrumpe entonces, o la acción en realidad había permanecido interrumpida y es este el instante en que se pone en marcha. Quizás, me digo, ya no seamos exactamente nosotros cuando salgamos a la luz. Nuestras palabras sonarán enrarecidas, el tempo se acelerará, aumentará el grano de la imagen, nuevos actores procederán a dar vida a nuestros personajes fingiendo apenas que todo sigue igual, como en aquella película de Lynch o en aquella otra de Buñuel.

Nada, dice Marta, pulsando con insistencia el encendedor.

Espera, digo, y rebusco en mis bolsillos.

Vámonos ya, esto da asco, dice.

Cecilia nos espera sentada con temeridad bajo un alero desdentado. Caminamos de nuevo hasta alcanzar la plaza. Nos asomamos al pozo, lanzamos piedras a su interior, invocamos a los dioses del abismo. Solange acude guiada por nuestro vocerío y nos hace unas cuantas fotos. Pronto nos cansamos y retomamos el vagabundeo, ahora en grupo, por lo que un día fueron las calles de una población de montaña cualquiera. Solange nos pregunta si queremos visitar lo que queda de la escuela, a las afueras de la villa. Acordamos dejarlo para otra ocasión.

Cecilia vuelve a ocupar el asiento delantero. Marta se sienta a mi

lado y de vez en cuando, avisado por el avistamiento de un ave rapaz o de la minucia agreste que haya creído que podía despertar mi interés, como si estuviésemos en medio de la sabana y no a ciento cincuenta kilómetros de Barcelona, me inclino hacia ella para echar una ojeada por su ventanilla, que da al lado más despejado de la ruta. Se quita la chaqueta, percibo el olor dulzón de sus axilas. Las chicharras improvisan sobre el bajo continuo del motor. Cecilia parece haberse quedado dormida tras sus grandes gafas de sol y Solange, por contagio o solidaridad, reduce el ritmo de la charla. Conseguimos llegar poco antes de que comience a anochecer.

Paula y Roberto comparten un porro junto a una de las ventanas del salón. Me quita la jaqueca, dice ella, casi disculpándose. Lamenta una y otra vez haberse perdido la visita al poblado. Le pide a Solange que le muestre las fotos. Me temo que no va a ser posible, dice, las he tomado con la Leica. Paula hace una mueca y Solange le toca la cara, enternecida por su decepción. Las positivaré pronto, añade. No te preocupes, contesta, obligándose a recobrar el sentido de la proporcionalidad. ¿Cuánto tiempo hacía que no visitabas el valle? Ni lo recuerdo. Y aunque no te lo creas, nunca lo había fotografiado. ¿Bromeas? Cuando se tiene algo tan a mano, ya sabes. Claro, confirma, antes de preguntar a Roberto si pasarán por allí de vuelta a Barcelona, dar su calada final y pasarnos el porro languideciente. No es lo mismo, pero al menos te puedes hacer una idea, dice Cecilia, mientras le coloca ante los ojos la pantalla del teléfono y me tapa con el cuerpo su último cambio de expresión.

Comenzamos a cenar bastante tarde. Las botellas de vino se suceden con virtuosismo. Comento que quizás se podría rodar un documental potable en torno al pueblo abandonado. Fantaseo sobre la cotidianeidad de sus habitantes, las reuniones en el centro social, las fiestas estacionales, la suma de borrosas adversidades que condujo a su definitiva despoblación. Paula se revela tan receptiva a mi idea, transformada su frustración anterior en un interés aún más

desmesurado, que hasta me planteo valorar en serio sus posibilidades. Todos acaban sumándose a la discusión.

He experimentado las suficientes veces esta clase de impostado entusiasmo creativo, circunscrito al contexto y avivado por el alcohol, como para saber de sobra que las propuestas quedarán en nada, que se volatizarán en cuanto nos separemos y cada uno vuelva a su vida real. Aun así, me someto al simulacro de buena gana. Decido que la forma óptima de afrontar el proyecto sería asumiendo la precariedad de medios y haciendo de ella virtud. Solange menciona un par de películas de Agnès Varda, mi directora favorita, dice, y una estupenda fotógrafa. Sí, algo ostentadamente humilde, digo, como los diarios de Mekas. A Marta le parecen demasiado personalistas y opina que para una historia de ese tipo haría falta una mirada más objetiva; le aclaro que nos referíamos solo al aspecto técnico, e invoco a Jean Rouch, y me enredo en una disquisición sobre los límites de la representación documental que Cecilia corta sin contemplaciones: Únicamente conseguiríais declaraciones de cuatro viejos dispuestos a inventarse lo que fuera con tal de que les prestaseis atención. Exacto, confirma Roberto. Mejor un asesino en serie aficionado a perseguir a los adolescentes que van allí a echar un polvo. Un paleta con una sierra mecánica y una boina en lugar de máscara de hockey. Le informo de que está confundiendo los atributos de dos personajes. Me manda a la mierda. Paula ríe. Daría el pego como *scream queen*, pienso: una Barbara Steele, una Jamie Lee Curtis, una Heather Langenkamp del siglo XXI. La imagino con facilidad en la preceptiva tienda de campaña, desnuda junto a su novio universitario, a punto de follar sobre una lona, ajenos a la amenaza que acecha ahí fuera. La observo con mayor detenimiento. Visualizo el perfil de sus pequeños pechos, su rostro transformado durante los momentos previos al orgasmo.

Me sorprende mirándola. Sonrío.

Roberto desarrolla un argumento al que no atiendo. A menudo se me olvida que la conoció siendo una cría, que se tiraba a su madre mientras ella dormía en su camita rosa a pocos metros de distancia. Esta mañana, en un aparte, me ha vuelto a hablar de su última aventura con una de sus entregadas lectoras. Desde el principio de su relación con Paula ha tenido líos similares. Arguye que es el único modo que se le ocurre de combatir sus celos (unos celos más bien abstractos, por otro lado) antes incluso de que comparezcan, y que la engaña por sistema solo para llevar ventaja. El día en que ella le dé la patada (lo que está convencido de que sucederá tarde o temprano), él podrá compensar la situación exponiendo su larga lista de escarceos; una pobre justificación de su incapacidad de renunciar a toda ocasión que se le presenta. Le he preguntado por enésima vez si cree que ella sospecha algo. Me ha contestado lo mismo de siempre: que le da igual, lo que desde luego es mentira. A continuación, ha asegurado que es idéntica a su madre en muchos sentidos, pero la llegada de Cecilia me ha impedido saber en cuáles.

Paula propone un punto intermedio. Abriríamos con un equipo de estudiosos que rueda un documental sobre pueblos abandonados. Las primeras secuencias mostrarían convencionales imágenes de reportaje etnográfico: entrevistas con vecinos de localidades cercanas, insertos de fotos antiguas, etc. Sería después, avanzado ya el metraje, cuando comenzaran a producirse incidentes extraños asociados al pasado del lugar. Pintadas satánicas en los muros de la iglesia, digo; runas en el pretil del pozo; un buñuelesco burro muerto en el sótano de la escuela. Y todos la palman y alguien encuentra la cinta: lo del falso *found footage* está más que visto, dice Marta. Pues a mí me encantan esas películas que de repente se convierten en otra distinta, dice Solange.

Miro a Cecilia, que mira a su vez la pantalla de su teléfono. Le acaricio un muslo. Digo: ¿Estás bien? Asiente y me besa en la mejilla. Paula pregunta, en un alarde de originalidad, si nos atreveríamos a volver de noche, provocando que la conversación derive enseguida hacia uno de esos intercambios de anécdotas misteriosas de segunda mano, presuntamente sobrenaturales, postizamente inquietantes: aquella ocasión en que una fuerza invisible nos rozó el hombro, el desplazamiento autónomo de un objeto en nuestra habitación infantil, el inexplicable episodio que marcó la vida del amigo de un amigo de un amigo tras una inocente sesión de güija o de bibliomancia... Limosneo un poco más de hierba mientras Solange ya reta al personal a confesar sus temores inconfesables, aparentemente interesada en espesar el aroma a espiritualidad barata que pugna por adueñarse del ambiente. Las fotos de escritores con una mano en el mentón me hacen convulsionar, dice Roberto, sobre todo si gastan perilla. Vamos, hablo en serio, insiste, nos examina con ese aire suyo a lo Emmanuelle Seigner, demandando respuestas tan prescindibles como su pregunta. La falta de sentido, se aventura Paula; que nada de lo que hagamos acabe sirviendo para nada. Con lo joven que eres, gesticula Solange, satisfecha, las malas compañías, paladea Roberto, no tiene que ver con la edad en absoluto, se justifica ella, siempre me ha dado pánico esforzarme en vano. Sufrir en vano, apasionarse en vano: a eso se le llama experimentar, y nunca es en vano, opina Marta, cediendo también al pringoso empuje de la charla. Yo no lo tengo tan claro, prosigue Paula. ¿Y si todo se reduce a equivocarse una y otra vez? Algunas erratas, según el tópico, mejoran el original: lo perfecto es aburridísimo, digo, además de reaccionario, añade Cecilia; no les hagas caso, la ampara Marta, justo antes de detallar su aversión a determinados patrones geométricos, como las retículas de los panales o las tramas de orificios. Solange recibe una nueva negativa

de mi mujer y decide dar ejemplo enumerando su propio repertorio de fobias, ninguna de ellas lo bastante llamativa como para justificar su insistencia. ¿Y tú?, prueba de nuevo conmigo, infatigable. ¿Yo? He conseguido acumular tantas que no sabría ni por dónde empezar. Cojo mi copa de la mesa, tomo un gran trago, los observo con teatralidad, haciéndoles creer que persigo la enésima ocurrencia. A los muertos, digo en cambio; bah, desdena ella. Nada de espíritus ni de apariciones, puntualizo, me refiero a los muertos reales; a nuestros muertos. ¿Al duelo?, preguntan Paula y la anfitriona deliciosamente sincronizadas. Más bien a su terrorífica costumbre de transformarse en personajes de ficción, respondo. Los muertos son incontestables. Los muertos son irrefutables. Los muertos, querida Solange, son unos perfectos hijos de puta.

¿Qué sería de una reunión de viejos camaradas sin el difunto de turno? Constituye un ingrediente emotivo fundamental, como cualquier guionista mediocre sabe. Supongo, aun así, que nadie se arriesgará a prestarle el trampolín de sus cuerdas vocales al nombre que sobrevuela la habitación. A buen seguro se ha desdibujado en la memoria de Marta y de Roberto tanto como en la mía, y eso nos avergüenza, aunque no tengamos la menor culpa de que no contase siquiera con la oportunidad de encadenarse a un trabajo frustrante, de echar barriga, de cansarse de sus sucesivas parejas, de sus amigos, de decepcionarse con la misma brillantez que los demás. Hace demasiado que se convirtió en un desconocido, en efecto: ya apenas lo nombramos. ¿Cómo encajar a ese eterno veinteañero en este salón de catálogo, entre el decantador de vino y la lámpara Fortuny? Durante los primeros años aprovechábamos el aniversario de su muerte para tomarnos unas cervezas en su memoria, una ingenua terapia colectiva consagrada a repetir anécdotas y a esmerarnos en fijar una imagen suya que se iba alejando a toda velocidad de la

persona que en realidad existió. Una vez desplazados de nuestras órbitas vitales varios miembros del grupo, los restantes comenzamos a arrastrar a nuevas parejas y a nuevos amigos, olvidados del verdadero sentido de todo aquello, con lo que el ritual, separado ya de fecha alguna, persistió en forma de esporádicos encuentros a los que no dejamos de guardar una fidelidad supersticiosa. En el fondo estoy convencido de que sin su desaparición nuestras vidas hubiesen acabado separándose. Su carne putrefacta alimentó nuestros vínculos. El polvo de sus huesos maquilló nuestras diferencias.

Cecilia ha sugerido que veamos por fin el corto. Roberto ha recogido el testigo y ha ido en busca de un lápiz USB que alza ahora sobre su cabeza a modo de minúsculo trofeo.

Recuerdo con cariño cómo hicimos los créditos: no disponíamos de tituladora, así que los pintamos en cartulinas que luego adherimos a la pared para filmarlas; el resultado, visto hoy, conserva cierta gracia primitiva. El resto del metraje, por contra, es aún más penoso de lo que mi desmemoria anticipaba. No ofrece un hilo discursivo claro, solo un apelotonamiento de breves escenas que se quieren oníricas, presumen de artísticas y terminan siendo poco más que pretenciosas. Una de ellas, donde se evocan los planos de apertura de *Persona*, obra el milagro, a estas alturas, de sonrojarme; qué manera tan prodigiosa de hacer el ridículo. Pero además de Bergman se citan infinidad de mis dioses tutelares en un juego que nos debía de parecer el colmo de lo arriesgado: cine que hablaba de cine, ¿había otra cosa en este mundo que valiese la pena rodar?

A pesar de los pesares, detecto algo vivo bajo ese guion absurdo que pergeñamos en una sola tarde, que yo me encargué de dirigir, de montar y de fotografiar de forma estrictamente intuitiva, Roberto de producir (esto es, de pedir prestado el viejísimo equipo y de conseguir un par de modestos patrocinios con los que sufragar el

rollo y el proceso de laboratorio) y Marta de protagonizar. La insolencia de la edad, imagino, inmune a cualquier desastre anunciado.

Aplaudimos el desnudo de Marta, su timidez sepultada bajo una máscara de arrogancia, brotando de un espejo desportillado que encontramos en la calle. Rescatamos también una bañera que trasladamos a la playa para rodar la escena más estrafalaria de todas, con otra amiga medio desnuda de cebo visual. Entre cada alarde de erotismo ensoñado y el siguiente, largas tomas de un supuesto detective deambulando sin pausa (a imitación, acaso, del Alain Delon de *El silencio de un hombre*) en busca de algo (¿un objeto?, ¿una persona?, ¿la clave de una conspiración?) denominado «la tortuga». Yo mismo aparezco reencarnado por obra y gracia de un cameo que habría pasado desapercibido si Marta no hubiese llamado la atención sobre el tipo con sombrero que acaba de cruzar el plano como un Hitchcock de pacotilla.

Mientras los aplausos se extinguen, Solange pregunta por el título. Lo sacamos de aquel proverbio latino tan manoseado, dice Marta: *Post coitum omne animal triste est*. «Todo animal está triste tras el coito», traduce Paula aplicadamente. Algo así, apruebo sin disimular mi repentina, confortable tristeza.

Roberto y yo luchamos por resistir despiertos en el sofá. Aprovecha que estamos de nuevo a solas para seguir diseccionando alguna de sus magnificadas andanzas sexuales. Luego volvemos a hablar de nuestra película. No recordaba que Marta estuviese tan buena en aquella época, dice. Creo que me gusta más ahora, digo. Lo llevas crudo, dice. Solange me parece un encanto, digo, interrogatorios aparte. Su culo sí que es un encanto, dice. Lástima que la imagen se haya empastelado de ese modo, digo, cuesta reconocer a la gente. He buscado a todo el mundo por internet, me asegura. ¿Tú nunca lo has hecho? No, miento. ¿Y? Nada de interés, contesta, lo que no le impide ofrecerme un repaso pormenorizado de sus pesquisas. Después dice: ¿Y aquella gorda? La que te sacaba un palmo. La gallega. ¿Cómo se llamaba? Elisa, aclaro; de León. Sí, esa, joder. Te la tiraste y nos dio el coñazo durante todo el rodaje. Eres un maestro de la sinopsis. ¿Fue así o no? Más o menos. Ojalá por entonces hubiésemos podido hacernos la mitad de las fotos que nos hacemos ahora, dice. Al contrario, digo: da gracias por que nadie tenga imágenes tuyas vomitando garrafón o metiéndote una raya. La juventud de hoy está condenada, es cierto, admite, viva el ludismo. Por Thoreau y sus puñeteros bosques, digo, alzando la copa. Dice: Por el tontaina de Rousseau.

Cecilia duerme a placer. Retomo el libro de Asimov. Aguanto apenas

tres o cuatro páginas. Apago la lámpara y consiento que la duermevela yuxtaponga planos con la destreza de un montador soviético. Pienso en la imagen de Marta desnuda en el espejo abandonado, e imagino a Solange desnuda en la bañera abandonada, y a Paula desnuda en una película de terror, follando con Solange en su tienda de campaña, o follando con Marta, o follando con Cecilia, mientras Silvia se aproxima amenazante con un gigantesco machete rezumando tinta roja. Pero la acidez interrumpe mi rijoso flujo de conciencia y me obliga a levantarme. Rebusco en la farmacia portátil de Cecilia, quien ni siquiera ha cambiado de posición en la cama. Me desvelo totalmente. Salgo del cuarto, recorro el pasillo, capto movimiento en otro de los dormitorios. Bajo a la cocina en busca de un vaso de leche. Abro la nevera y un trozo mal cortado de *roast beef* me saluda con su grotesca mueca. Marta aparece de improviso. Sin mediar palabra, sirve la leche en un par de tazas y trastea en un armario en busca de algo para comer. Creía que estas cosas solo sucedían en las series americanas, digo. Y así es, Jonás, estás soñando; este bizcocho y yo no somos más que un producto de tu vulgar fantasía. Tanto *revival* me da insomnio, explico. No te quejes, dice ella, nuestra habitación es contigua a la de Roberto. Sus ronquidos: eso sí que es un viaje en el tiempo. ¿Y Cecilia? Somníferos. ¿Solange? Envidiable somnolencia natural. Dice: ¿Qué hora es? La acabo de mirar, pero estoy tan cansada que ni me acuerdo. Casi las cuatro, respondo. La hora del lobo, digo. Me saca la lengua. Le cuento que he estado pensando en la primera película que vimos juntos. Espera, pide, déjame... *El manantial de la doncella*, seguro. Bravo, digo, sin la más mínima intención de corregirla. Y la última, ¿cuál fue?, pregunta. La hemos visto hace un rato, una obra maestra del cine independiente. Idiota. Yo diría que *El rayo verde*, digo, al menos en la Filmo. Huele a topicazo, dice. Nos veo en el

vestíbulo, escandalizándome cuando reconoces que jamás has leído a Verne. Venga ya. En serio. Sigo sin haberlo leído, dice, pero nunca sé si creerte.

Acepto un pedazo del dulce, que mi estómago en tregua acoge con avidez, y hago referencia a continuación a la espantosa hierba de Paula, pretendiendo disculparme por mi salida de tono durante la cena o afianzándola, quizás. Si bien ella parece negarle importancia, no dejamos pasar ahora la oportunidad de referirnos a nuestro muerto común, a nuestro relegado fantasma. Nos contentamos aun así con rescatar las consabidas historietas. A ambos nos sorprende desconocer algunos de los detalles que el otro aporta, aunque es posible que tan solo los hayamos olvidado, o incluso que no sean por completo reales, que hayan ido germinando en nuestras memorias de manera interesada o caprichosa. Hablamos, por ejemplo, de su fastidiosa afición a los neologismos absurdos y las falsas etimologías. Hablamos de su facilidad para ligar sin mover un dedo, sin ser especialmente guapo, ni especialmente simpático, ni especialmente tímido, ni especialmente casi nada. Hablamos de lo mucho que nos costó averiguar su fecha de nacimiento: odiaba que lo felicitasen, por lo que trastocaba la auténtica efeméride haciéndola saltar al mes que acabábamos de dejar atrás. Para su fastidio, nos acostumbramos a felicitarlo doce veces al año, y se me ocurre de pronto que esa inocente excentricidad acabó cobrando un sentido más profundo, ya que «cumpliendo» años cada mes pudo en cierto modo vivir todos los aniversarios que el destino tenía previsto estafarle. Un raptó sensiblero que me abstengo de verbalizar, por descontado. ¿Conservas los papeles?, pregunto en cambio. ¿Qué papeles? El cuaderno, digo. Asiente. Vete a saber si hubiera seguido escribiendo, todos lo hacíamos por entonces. Sí, quién sabe, dice. Un simple consuelo: somos capaces de rememorar de inmediato el asombro que

nos producían los textos que de tanto en tanto nos leía o nos permitía leer. Narraciones escurridizas, versos que no se parecían a nada de lo que conocíamos, inclasificables artefactos literarios. De aquella obra de por sí fragmentaria no subsistieron, que nos conste, más que los retazos que heredamos ilícitamente poco antes de que llegaran sus familiares a vaciar el cuarto del piso que compartía con Roberto. Repartimos luego entre los tres el simbólico botín. Roberto se quedó con una carpeta que contenía una serie de poemas entreverada en un farrago de fotocopias de libros, y Marta con un cuaderno barato repleto de anotaciones, dibujos, listas y, lo recuerdo bien, infinidad de tachaduras, algo así como un diario de trabajo, según nos dijo con posterioridad, aunque sin ofrecer muchos detalles; yo, en fin, me llevé un puñado de relatos, también manuscritos, que reposaban en su escritorio bajo un insensato pisapapeles en forma de pagoda y que durante meses leí y releí en busca de no sé bien qué. ¿Lo tienes por aquí?, le pregunto. Me encantaría verlo. Es muy tarde, se excusa. Reprime un bostezo. Mejor mañana. Ya es mañana; pero tienes razón, concedo. Intentemos dormir un rato, dice. Voy a fumarme el último, digo. Me planta un brevísimo beso en los labios y se marcha en silencio.

Salgo de la casa y enciendo un pitillo a la luz pajiza del farol que cuelga sobre el portal. Contemplo la masa vegetal que se extiende a unos cuantos pasos. Es significativo, pienso, que jamás hayamos intercambiado los textos que cada uno ha custodiado desde aquel día: los sepultamos en nuestros mausoleos domésticos, convirtiéndolos al instante en puros fetiches. Porque el auténtico legado de su autor no fue ese. Su desaparición tuvo el indudable efecto de sugerirnos nuevas posibilidades, y es ahí donde deberíamos rastrear cualquier hipotética herencia, por idealizada que resulte. Mi historia con Marta, sin ir más lejos. La mayoría dábamos

por sentado que ellos acabarían juntos, parecía cuestión de tiempo, una conclusión tan evidente que ni se me había pasado por la cabeza plantearme mis opciones al respecto o interrogarme siquiera por la hondura de una atracción que, amistad aparte, se me había antojado hasta el momento básicamente sexual, y no muy distinta a la que me despertaban otra media docena de condiscípulas. Algo similar ocurrió con la actividad literaria de Roberto, quien de la noche a la mañana, propulsado supongo que por determinado sentido de la responsabilidad, lindante quizás con la resbaladiza idea del relevo, cesó de mariposear y se volcó con convicción en aquello que ha terminado aportándole, tras sobradas decepciones, una notoriedad que ninguno de nosotros hubiera previsto nunca. Con Marta, no obstante, puede que sucediese lo contrario: que dejara de escribir entonces, o cuando menos de hablar de su propia escritura, lo cierto es que no llegué a leer nada suyo, ni antes ni después, nada con pretensiones literarias, quiero decir, ella siempre se esforzó en considerar que sus textos no pasaban de meras probaturas destinadas a estrellarse contra su plomiza autocrítica. Para ser sincero, ignoro cuándo tiró la toalla, si es que lo hizo, una mañana, una noche cualquiera, poco importa, qué impide a mi memoria ceder a la tentación de ubicar ese imaginario instante en el rincón del calendario que más le convenga.

En aquella época todos queríamos escribir, no hay excepcionalidad en ello, era lo que se esperaba de nosotros. Él escribía, he acabado convenciéndome, con una desenvoltura resignada, como si no tuviera otra alternativa que dejarse llevar por la insistencia de su voz, tiránica y relampagueante. Marta escribía y se negaba a hacer pública su escritura (Marta escribía *para* negar en público su escritura). Roberto, en cambio, apenas escribía, aunque hablaba sin parar de lo que afirmaba estar escribiendo como una manera lamentablemente

previsible pero sorprendentemente efectiva de seducir a la fauna libresca de nuestra benemérita Facultad de Letras. Luego, cuando comenzó a escribir en serio, tal aptitud pareció tambalearse, al igual que tantas certezas se deterioran en cuanto somos desterrados de las aulas. Comprendió al fin que tenía que volver a los orígenes: su literatura se convirtió de nuevo en una elemental táctica de seducción, en un vistoso dispositivo económico. Por mi parte, la escritura también ha sido un medio para otra cosa, aunque en un sentido diferente. Escribir con el objeto de que tus palabras desaparezcan a lo largo de un posterior proceso creativo, y eso es en esencia un guion de cine, constituye la forma de expresión más frustrante y masoquista que conozco, al menos si uno no está al mando de dicho proceso. He elaborado contadísimos guiones desde entonces, pero la crítica, claro está, se fundamenta también en su sometimiento a una escritura ajena, a la que a menudo mira por encima del hombro con el milenarismo desprecio de los esclavos.

Me apetece revisar aquellos relatos, los releería ahora si pudiera, hace mucho desde la última vez, o puede que no tanto, me pregunto si continuarán provocándome las mismas sensaciones, si lo conseguirán con la misma intensidad, me acuerdo de la inquietud que sentía ante la combinación de cotidianeidad y extrañeza a partir de la que se construían, un roce, más que una mezcla, un contacto tenaz pero entrecortado, de hecho uno de ellos se titulaba *Unheimlich*, qué título tan presuntuoso y a la par tan ingenuo, tan característico de un adolescente, como de lector de Hoffmann disfrazado de lector de Freud, ¿o era *Weltschmerz*, el título de marras?, no estoy seguro, qué más da, ya lo comprobaré cuando vuelva a mi madriguera, lo sustancial es que dicha fascinación, o buena parte de ella, se debía sin duda a su excéntrica naturaleza, dado que si bien los textos se empeñaban en cuestionar inmoderada,

militantemente, todas las convenciones narrativas que uno pueda imaginar, en dinamitar conceptos tan gratamente dinamitables como el psicologismo de los personajes, el culto a la verosimilitud, el pacto ficcional y demás utilería académica, de pronto se concedían también el lujo de precipitar en pasajes de un clasicismo conmovedor: la descripción de una jornada en la playa, por ejemplo, vista desde los ojos de ese niño que tanto aparentaba añorar el autor pese a su relativa cercanía temporal con él, o desde los ojos de un narrador que observaba al niño, no estoy seguro tampoco, plenos de una sensualidad, eso sí lo recuerdo a la perfección, eso sí lo recuerdo siempre, capaz de contradecir sin reparo los áridos posicionamientos teóricos del propio relato: un juego de brillos anidando en la nuca de cada frase, una sutil gradación de gestos aleteando en torno al lector, mientras la piel de una manzana se ablandaba sobre la arena y el verano desplegaba su omnívora coreografía, la incertidumbre ante un presente que se percibe memorable y que se complace amenazándonos con su volatilidad.

Rodeo la casa. En la parte trasera, apoyado en el muro, reposa el viejo ciclomotor de Marta, que en más de una ocasión conduje creyéndome el Nanni Moretti de *Caro diario*. Paso un dedo por las grietas del sillín. Podría arrastrarlo con sigilo hasta la carretera, pienso, y una vez allá ponerlo en marcha. Dar una vuelta en busca de espectrales autoestopistas. Internarme en el bosque o acercarme al valle. Encender un fuego en una de las viviendas. Dibujar bisontes sobre sus vestigios. Regresar antes de que nadie se haya levantado todavía. Esperar a que amanezca. Renacer de entre las sombras.

Doy cuatro caladas más, tiro la colilla, levanto el pie para aplastarla y solo entonces me doy cuenta de que voy descalzo.

Comemos en una tasca demasiado pintoresca y demasiado bulliciosa, más propia de lo que uno esperaría encontrar en un villorrio napolitano que en el Prepirineo. Todo el pueblo —una microscópica ciudad, para ser precisos— respira ya el inconfundible ambiente de verbena. Nos reunimos con Silvia y encadenamos cervezas y tragos de un sospechoso licor de hierbas en una terraza donde tenemos la oportunidad de hablar sin interferencias durante un rato en que la conversación se atomiza. Si bien lejos de la estudiada beligerancia de la otra noche, su discurso sigue obstinado en subrayar su imagen de mujer hecha a sí misma, obligada a trabajar duro desde muy joven, orgullosa de haber conseguido sacar a flote un negocio tras los consabidos sacrificios. No detecto ningún asomo de pudor bajo la rigidez del arquetipo que ansía representar, aunque por fortuna evita empalagarme con detalles excesivos. Decido matizar mi propio personaje (No me aburre tanto Ken Loach como te hice creer) para avivar la chispa de una eventual complicidad. Se interesa por el tiempo que hace que conozco a Marta. Su vestido sin mangas me permite contemplar a voluntad el complejo entramado de tinta de sus brazos (¿Cuántos tienes? Seguro que es la primera vez que te lo preguntan) y descubrirme de paso poderosamente interpelado por una suerte de raíz nudosa que asciende los escalones de su esternón. Damos después una vuelta por la feria, igual de decrepita que todas las ferias, lo que en mi caso

no impide, más bien al contrario, que las atracciones acaben haciendo honor a ese dudoso nombre, seducido en especial por los chirriantes autos de choque y por la caseta de tiro al blanco, con sus premios de pesadilla. Nos limitamos a curiosear mientras el aroma a fritanga de la churrería compite con la proustiana pegajosidad de una manzana de caramelo que Cecilia abandona, casi intacta, tres papeleras más tarde. Asistimos a un espectáculo de fuegos artificiales de una modestia asimismo ejemplar y terminamos en el polideportivo donde se va a celebrar el baile de turno. Varios amigos de Silvia se han sumado al grupo. Nos abalanzamos hacia la barra. Miro con complacencia a mi alrededor, como un inofensivo demiurgo dominguero. Estás acabado, me digo, recreándome en el entorno y tolerando que me invada una infrecuente sensación de placidez, persuadido de que todo encaja sin esfuerzo alguno.

Las chicas ya bailan, Roberto balancea el torso de forma apenas perceptible. Solange trata de contagiarme, pero le señalo mi gin-tonic con un gesto que tanto puede significar «no soy capaz de hacerlo sin echármelo encima» como «necesito aún unos cuantos más para convencer a mis pies».

Desiste. Sigo bebiendo.

Observo al tipo del saxo. Examina el foco que tiene justo encima, como si quisiera cauterizar su mirada. Ante él, la noche sobrevenida, la constelación de vasos de plástico, un par de ancianas enlazadas por el palpito ancestral del pasodoble, los gritos saboteadores de los chavales, las parejas más baqueteadas remedando secuencias en blanco y negro. Acaba el breve solo y vuelve a esperar el acompañamiento del estribillo. La trompeta entonces se anticipa, o entra tarde, y al igual, imagino, que en tantas otras ocasiones, el saxo

se acomoda a su chirrido con familiaridad y resignación. Suda, bajo las luces giratorias, tras los altavoces reverberantes, frente a las líneas de colores desdibujadas en el pavimento de la pista. Una gota de sudor cae en la puntera de uno de sus zapatos recién lustrados cuando se inclina para recibir los aplausos. Y vuelta a empezar.

¿Cómo has llegado hasta aquí, te atreves a recordarlo? Vamos, yo te ayudo: la agotadora búsqueda de un futuro específico entre los infinitamente posibles, el vertiginoso estrechamiento de ese horizonte, los proyectos fracasados, la competencia feroz, el abatimiento, el tedio, la claudicante tentación de tocar en orquestas de pachanga, las giras estacionales con cuyos beneficios podías ir tirando gran parte del año, las fiestas mayores, clónicas vísperas de nada engarzadas en un verano perpetuo, el tiempo que pasa sin que uno se dé apenas cuenta, el trabajo es fácil, tampoco te vas a quejar, aunque tengas que recurrir al alcohol con preocupante insistencia, aunque la llamativa cicatriz de tu labio tiemble como un neón cada vez que te da por ponerte a pensar en qué momento te convertiste en ti mismo. Melodías simples, frases repetitivas, ocho compases durante los que te dejan improvisar un poco. El guitarrista, con su incesante sonrisita y su cráneo rapado, tiene pinta de dirigir el cotarro, de trapichear con los intermediarios y sacar siempre tajada. Y el resto, sometidos a sus órdenes sin demasiada resistencia, complacidos con dejarse la piel en entarimados municipales. No está tan mal pagado, te repites, en comparación con muchas ocupaciones. Pero no es el sueldo lo que en última instancia determina que todos se muestren conformes con su papel. Es el simulacro. La artificiosa erótica del escenario. El exhibicionismo de medio pelo. Ahí tienes a la cantante, por ejemplo, cambiando de vestido tres veces por velada, del rojo al blanco, del blanco al verde, del verde al negro, cada uno más brillante que el anterior, todos formando parte de la misma

pantomima. Te parece mentira que al principio te sintieras atraído por ella. ¿Cuánto hace de eso ya? Más tarde llegó el actual bajista, o un nuevo batería, o el otro cantante, su pareja de gorgoritos, su rival en la primera línea del *show*. Lo de ellos duró poco, claro, es joven y casi guapo, rara la noche en que no desaparece tras el concierto con alguna chica del lugar. Antes tú también te las apañabas, no era difícil, en las noches de fiesta todo ocurre con naturalidad, y la idea de liarse con un músico, aunque sea de vuestra categoría, debe de poner en funcionamiento algo bien arraigado en el imaginario femenino, te convences, y más si uno está de paso. Luego las aventuras fueron espaciándose, ¿no es así?, quizás a causa de tu desinterés, o de ese tosco cansancio que se nos va grabando en la cara con tanta lentitud, de manera tan inapreciable, que cuando cobramos conciencia de él ya no hay forma de borrarlo. La sensación de que cada día es más difícil corregir cualquier mínimo error. La dificultad de continuar creyendo que uno aún sostiene las riendas de su futuro.

Y sin embargo esta noche es posible que tome un rumbo imprevisto: hace rato que te sientes observado por una mujer del público. Aprovechas los intervalos en que no intervienes para desplazarte a un extremo de la tarima y mitigar el contraluz. Así la puedes mirar mejor, concretar sus facciones, veamos, sí, no está mal, es evidente que te busca con la mirada en cuanto te desplazas. Sigue el ritmo agitando con suavidad los brazos flexionados. Disimula, ríe, atiende a los cantantes, enseguida vuelve a ti, y tú te alientas, a la espera de una oportunidad para lucirte. Examinas con impaciencia la lista de canciones como si eso pudiera acelerar la llegada del instante en el que está previsto que abandones tu posición accesoria y regales al respetable un solo postizo y esclerotizado, dispones de esa minúscula porción del espectáculo para convertirte en el centro de atención y hoy estás decidido a no malgastarla. Dejas pasar el

tiempo. Contemplas el techo metálico del recinto. Mueves los dedos para que no se enfríen. Te presionas con cuidado las cervicales. Por fin te desplazas con desenvoltura hacia el proscenio, flexionas el abdomen, empuñas el saxo con decisión, te llevas la boquilla a los labios, te dispones a soplar como si te fuera la vida en ello, pero la guitarra y los teclados tartamudean, un bafle emite un contrapuntístico crujido, la batería enmudece, las luces vacilan, se extinguen, se activan las de emergencia tiñendo apenas el murmullo general sobre el que despuntan algunos gritos jocosos, una voz desconocida diagnostica la bajada de tensión, y tú todavía con el saxo en la boca.

No te lo piensas dos veces: como si nada hubiera cambiado, das inicio a tu exhibición. La oscuridad es considerable, pero aun así cierras los ojos. Las notas se suceden con soltura, dirías que el murmullo va decreciendo, supones que buena parte de la concurrencia está pendiente de lo que tocas, también en el escenario parece haber menguado el ajetreo, te concentras en la melodía. Tu música te saca del tiempo, y de ese modo te hace formar parte del tiempo, o algo por el estilo hizo decir Cortázar al trasunto de Charlie Parker en aquel viejo relato (cuántas vidas hace que no leo al trilero de Cortázar, pienso). *Perseguir*, eso es. *Perseguirse*. Su protagonista, haz memoria, se lamentaba de que todo lo que podía tocar «ya lo había tocado mañana», qué frase portentosa, no hace falta añadir mucho más, para qué soltar ninguna otra palabra, interpretar ni una sola nota después de ese puñetazo en el cerebro. La frase se niega a ser digerida, no obstante, emprende ahora el camino contrario a través de mi silencio para que la marques con tus dientes y la escupas convertida en un amasijo de corcheas. Le damos vueltas durante unos segundos, practicamos variaciones innecesarias, tú con tu saxo

velado, yo con mis palabras mudas. Por ejemplo: «Todo lo que hoy estaré tocando ayer». O bien: «Todo lo que mañana ya no pude tocar».

Pero es el peor momento para divagaciones. Solo ha de preocuparte luchar contra tu cabeza, contra la mía, contra cualquier clase de distracción. Debes olvidarte del resto. Del entorno. Del calor. De las palabras sueltas que se cuelan entre las líneas del imaginario pentagrama. De la mentira que condecora tu labio. De la historia que reinventas noche tras noche. De su salvaje marca mal cicatrizada. Para tocar no es preciso pensar. Para tocar como si el mundo fuera a acabarse uno tiene que convertirse en un apéndice del instrumento. Se trata de un acto rotundamente fisiológico. Así que ahora solo has de soplar y digitar, dejar de regurgitar toda esta filfa, concentrarte en el sonido que emana de tus pulmones, las escalas que bajan y suben, los arpegios enlazados, las síncopas que ornamentan el monótono compás, ese tempo insistente que te lleva en volandas. Los ojos siguen cerrados, una oscuridad se sumará a la otra para que nada más exista la música. No importa si cuando termines la gente te ovaciona o prescinde por completo de ti, si el jefe te mira con odio, tus compañeros con indiferencia o la cantante con repentino y renovado deseo. Si la mujer del público ha desaparecido o si salta al escenario alterada como una quinceañera. La Tierra ha detenido de pronto su movimiento rotatorio. Solo existe tu música. El sonido de tu saxo. Solo existís tu saxo y tú, un único cuerpo pretendiendo probar que hasta el más oculto rincón, el pueblo más perdido, la más insignificante de las esquinas, puede convertirse de repente en el jodido centro del mundo.

La energía vuelve a fluir por las venas del polideportivo antes de que el tipo finalice su demostración, mermando el efecto de la ocurrencia. Saluda. Regresa a su lugar en la última fila. Prosigue la fiesta como si

nada. Roberto me hace un gesto familiar. Nos escabullimos hacia los servicios. Entra él primero, y a continuación me pasa la bolsita sin el menor disimulo. El lavabo está inundado, no hay ninguna superficie practicable, me acuclillo, coloco el móvil sobre mi muslo derecho y dispongo un par de rayas. En el momento de aspirar recibo un mensaje, la pantalla se activa y la coca entra acompañada de un haz de luz que acojo con satisfacción. Loada sea la tecnología, a pesar de todo.

Vuelvo a la pista habiendo recobrado la fe en el género humano. La orquesta cambia de tercio y ofrece una inverosímil versión de Radiohead que ninguno de nosotros está dispuesto a desaprovechar. Paula, teléfono en mano, graba nuestra lenta danza ritual, primero a Roberto, luego a las chicas, por fin a mí, algo apartado del resto. Miro de nuevo a mi alrededor. No conozco a ninguna de las personas cuyos cuerpos me sirven de telón de fondo. La música, convenientemente distorsionada, podría ser sin problemas la del remoto vídeo de Roberto. Mi camiseta negra, mis vaqueros, mi flequillo desplomado: ¿acaso no encajan a la perfección? Las mismas imágenes, veinte años después, ¿qué lo impide? Todo es relativo, me digo, mientras grito *What the hell am I doing here?*

Cierro los ojos y sigo bailando, pues en el límite del tiempo poco más tiene sentido.

Nos metemos en la cama reprendidos por el lejano canto de un gallo. No tengo sueño y trato de contagiar a Cecilia, ya de bajón. Invento que me he dado cuenta de su tonteo a distancia con uno de los músicos. Si bien al principio se lo toma a broma, mi insistencia, más deportiva que acusatoria, consigue que acabe reprochándome no haberle quitado ojo a Silvia durante ninguna de las numerosas veces en las que, según ella, se ha puesto a bailar como una demente, e

incluso acusándome de haberme pasado la noche patéticamente ocupado en secretar con Marta. Había mucho ruido, me excuso, victorioso, por eso tenía que hablarle al oído. Rescato a modo de contraataque un lejano e irrelevante episodio que nada tiene que ver con la discusión, aunque mi lengua, convencida de lo opuesto, se empeñe en trenzar conexiones. Cecilia casi cae en la trampa; por suerte está demasiado cansada y bastante más serena que yo. Se da media vuelta, apaga la lámpara de su mesilla. Todavía añado algunas frases que la falta de réplica neutraliza. Mañana sin duda me alegraré de su prudencia.

La resaca amenaza con apelmazar nuestras últimas horas en casa de Solange. Le pido que me deje sacar al perro. Paula se ofrece a acompañarme.

¿Te gusta Linklater?, me pregunta. Contesto con el tipo de frase que se espera de mí: No está mal, aunque se le suele ir la mano imitando a Rohmer.. ¿Has visto algo de Rohmer? Uno de los cuentos de las estaciones, el de otoño; puede que fuera el de invierno, no estoy muy segura. Prueba con *La rodilla de Clara*. O con *La coleccionista*. OK, dice. Bueno, si te apetece. Y tanto que me apetece. Tengo grandes lagunas cinematográficas. Tampoco hay que excederse, digo. Dedicar media vida a hacerse el listo ante una pantalla no te lleva a ningún sitio, hazme caso. Tú no puedes quejarte, dice. No sé yo, digo. Me gusta mucho cómo escribes. De vez en cuando Roberto me pasa algún artículo tuyo. ¿Roberto lee mis artículos? Creo que me va a dar un infarto. Nunca habláis de lo que escribís, ¿verdad? Jamás. Los amigos no están para eso. Me encantó uno sobre Wes Anderson, dice. Gracias, digo; ya ves: no solo me van los directores sesudos. No te tienes que justificar, Jonás, y menos ante mí. No lo hago. Quería decir que encuentro tan meritorios según qué discursos de apariencia ligera como una parte considerable de los que supuran trascendencia. La levedad se identifica a menudo con la falta de ambición; piensa en Lubitsch, sin embargo, o en Jarmusch, o en Kaurismäki, o en el mismo Rohmer. En

algunas novelas de Rosalía Vargas, la escritora de mi tesis, dice, se plantean cuestiones muy avanzadas para su contexto histórico a pesar del aire folletinesco de la narración, y yo sostengo que es ese tono el que las acaba haciendo más efectivas. Pero es que el cine, digo, siempre tuvo algo de epidérmico, en el mejor sentido: es un muestrario de cuerpos, una combinatoria de apariencias. Hay películas que se sienten cómodas entre los márgenes del espejo, y otras que, por contra, juegan a atravesarlo o a destrozarlo, así de sencillo. ¿Y no pasa lo mismo con todos los lenguajes artísticos?, se pregunta ella. El cine nació bajo el signo de la sospecha, argumento, su historia es la de un esfuerzo continuo por librarse de su complejo de inferioridad. Supongo que ahí está la gran diferencia. Me encanta ese adjetivo, *epidérmico*, a todo esto; deberíamos reivindicarlo. Prefiero *epitelial*, dice, siguiéndome la corriente. Mejor aún. Interno y externo a la vez. La corteza dentro de la cáscara. *Epitelial* gana. Te lo copiaré en alguna crítica. Espero que cites tus fuentes. Con rigor académico. Sonríe, dice: ¿Y libros? ¿No tienes ninguno en marcha? Llevo años peleándome con un ensayo sobre Bresson, seguro que Roberto te lo ha comentado. Puede ser, no me acuerdo. ¿Bresson el fotógrafo? No, ese es otro Bresson. ¿Te confieso un secreto, ya que estamos?, propongo. Te aviso de que no existe tortura con la que volver a arrancarme en público las palabras que voy a pronunciar. No abriré la boca, dice, lo juro por mi virginidad. Bresson ya no me atrae demasiado, digo, o al menos no tanto como antes. Vaya, dice, qué lástima. Veamos, lo admiro enormemente, era un genio absoluto, un director imprescindible; pero en algún momento dejé de sentirme aludido, no sé si me entiendes. Es decir: ya no lo *necesito*. Me temo que comencé ese libro por pura nostalgia. El primer artículo que publiqué fue acerca de él. El primer ciclo íntegro que recuerdo haber visto estaba dedicado a su filmografía. Dudo que lo termine de

escribir nunca, quizás me fatiga tanta severidad. En general he acabado distanciándome de esas obras que se arrodillan ante su propio mensaje, como si les hiciera falta un propósito superior que las respaldara. Bresson, además, se imponía normas formales obsesivamente estrictas. Todo lo que se alejaba de su doctrina era por definición inválido. Y ni siquiera le tentaba el proselitismo: lo suyo era arte y lo de los demás vulgar teatro filmado, sin derecho a la redención. Un discurso irresistible para un postadolescente como yo, hambriento de sublimidad estética, encantado de lamerse la herida de los elegidos en su pequeña buhardilla mental. Qué exagerado, dice. No creas, digo. Con el tiempo, vas comprendiendo que no puedes amar el cine sin que te seduzcan formas muy diversas o incluso contradictorias de entenderlo; que definirse siempre en negativo, por oposición al otro, es agotador. También que no es justo pedirle a una película que nos aleccione sobre nada... A mí solo me gustan las películas que me hacen pensar, dice. Una cosa es estimular ideas, digo, y otra muy distinta ejemplarizar sin descanso. Pero tendrías que haberme visto por entonces, insisto: las salas de cine eran criptas consagradas a un culto misterioso, y yo el más fervoroso de sus fieles, bien pensado es lógico que sintiese especial devoción por esa clase de autores que parecen llevar un palo metido en el culo. Se agacha, recoge un trozo de rama seca, me lo muestra, lo lanza y azuza al perro, que se limita a mirarla con melancolía. Me sobreviene la estampa de Gérard Philipe en *La ronda*, caminando de madrugada junto a su galgo. ¿Es posible que la viera por primera vez con Marta? Seguramente. Ophüls, qué inmenso Ophüls, sobre Max Ophüls sí que podría escribir acaso un libro o dos docenas, un ensayo completo por cada una de sus películas, por cada uno de sus majestuosos reencuadres. Estoy a punto de comentárselo a Paula, quien debe de tener la misma edad que tendría Marta aquella noche en que

salíamos del cine o volvíamos a entrar en nuestra ronda perpetua, de elogiar la profundidad revestida de ligereza de su obra, solo comparable, en este sentido, a la de Renoir, de decirle: tienes que ver *Liebelei*, de decirle: tienes que ver *El placer*, pero me disuaden la jaqueca y las escasas ganas de sostener el zumbido de mi voz, conque miro el reloj y digo: ¿Regresamos? Sigamos un poco más, propone. Asegura que continúa intrigada por el pueblo del valle. Como era de esperar, ha convencido a Roberto para pasar por allí antes de regresar a Barcelona. Me cuenta que se le ha ocurrido una historia que no puede quitarse de la cabeza, un posible relato ambientado en los meses previos a la guerra civil, protagonizado por un maestro; Solange, dice, le ha hablado de la escuela que no llegamos a visitar. *El diario de un maestro rural*, digo. ¿Cómo? Un título de Bresson, invento. Estoy tentada de copiaros el vuestro, dice. Es lo único salvable de ese engendro, digo. La guerra sería un simple trasfondo, explica, me atrae ante todo la confrontación entre el idealismo de un pionero comprometido con su época y el oscurantismo de los habitantes de una aldea perdida. Suena bien, exagero. ¿Puedo pasarte lo que vaya escribiendo? Me fiaré de tu opinión. Ni siquiera yo me fío de mi opinión, digo. Roberto es incapaz de leerme con objetividad, no quiero que lo vea hasta que esté muy trabajado. ¿Y Marta? Sabe bastante más de literatura que el farsante de tu novio. Casi no la conozco, me da un poco de corte. Además, es profesora. Estoy cansada de correcciones, me vendría bien otro tipo de mirada, menos reglamentaria, digamos. Me lo tomaré como un cumplido, bromeo. Es un cumplido, dice. Y también pretendo incluir varias referencias cinematográficas, así que eres mi hombre. El cine de la República no fue ninguna maravilla, señalo, aunque encontrarás cosas interesantes. ¿Cuento contigo, entonces?

El tiempo transcurre desmañado durante el resto de la jornada. Apenas hablo con Cecilia. Roberto y Paula, obligados a dar un rodeo, salen antes que nosotros. Nos vemos el jueves, me dice él. El jueves, sí, digo, pese a que no acierto a recordar para qué habíamos quedado. Te escribo, me susurra Paula, entre beso y beso, el segundo muy cerca de mi comisura izquierda.

Abrazo a Solange. Abrazo a Marta. Me mira a los ojos, parece que va a hablar, pero al final no dice nada.

Subimos al coche. Me pongo al volante. Las saludamos otra vez al abandonar la finca.

No consigo sintonizar la radio. Ensayo frases de reconciliación escasamente afortunadas.

Cecilia me pide que no conduzca tan rápido. Yo le pido que busque en la guantera un disco de Charlie Parker.

La melodía de *Ornithology* se adueña del universo. Un sonido de otra época acompaña el cambio producido en el paisaje, del verde al pardo, del pardo al gris, al blanco y negro.

Un par de kilómetros más tarde nos vemos forzados a reducir la marcha.

Giramos nuestras cabezas a cámara lenta.

En el arcén, un todoterreno con la parte trasera abollada, una furgoneta con el parachoques caído y los faros reventados, una grúa, dos coches de policía, una ambulancia. Los agentes hablan con una pareja, ella mueve mucho los brazos, él asiente.

Reconocemos algunos de esos rostros, el distintivo altisonante de la Orquesta Paradiso en el lateral magullado de la furgoneta. Sentado en el suelo, atendido por un enfermero, el saxofonista se presiona una gasa sobre los labios. Alza la mirada. Nos mira. Su imagen sale

de cuadro por la derecha. Lo dejamos atrás, sangrando en nuestra memoria.

Avanzamos. Cecilia quita la música. Poco después me pide que pare.

Aprovecho un pequeño terraplén. Bajamos. Nos internamos en la arboleda.

Se inclina y apoya las palmas en uno de los troncos.

Me desabrocho los pantalones.

Me asalta una imagen, el temblor de una escena, un recuerdo improbable.

Dejo de pensar. Entro en el cuerpo cálido y distante de mi mujer.

Comienza a llover de nuevo.

Volvemos a la carretera. Permanecemos en silencio. La música y el asfalto mojado se estratifican frente a nuestros ojos.

¿Oscurece? Quizás sea ya de noche. Puede que estemos retrocediendo, volviendo sin remedio a casa de Solange, dando vueltas en una danza hilvanada por las rayas discontinuas.

Tres días atrás.

Tres años o tres siglos.

Me miro los ojos en el retrovisor, pero no reconozco la mirada.

¿Quién conduce? Un extraño dispuesto a pisar el acelerador eternamente, a monologar para sí en un lenguaje distorsionado.

¿Es este el idioma de los muertos?, me pregunto mientras descifro los carteles con dificultad, como un niño que está aprendiendo a leer, y olvido el nombre de los diferentes árboles, el de cada uno de mis dedos translúcidos.

II

El animal más triste

Lo miraba todo como dentro de una posibilidad.

Los anticuarios,
CARMEN DE BURGOS

... y esta conjugación tristísima perdida entre los
árboles.

*Yo era un tonto y lo que he visto
me ha hecho dos tontos,*
RAFAEL ALBERTI

El pozo: ese es el principio.

El hombre rastrilla su memoria rascándose el cuero cabelludo con las uñas negras de betún.

El pozo, repite.

Contar historias que han sido contadas en infinidad de ocasiones resulta a menudo más difícil que inventarlas. Las frases aparecen regurgitadas, amorfas y reseca, picoteadas como frutos silvestres.

En el valle no había nada, vuelve a empezar. La tierra era poco agradecida. Un pedregal salpicado de malas hierbas.

Algo ocurrió. Hace mucho. En tiempos del abuelo del abuelo de mi abuelo.

El niño escucha con los ojos muy abiertos. Se mira las manos durante unos instantes. ¿Cuántos dedos harían falta para convertir esa bruma en una tranquilizadora cifra? Luego posa la vista en el mentón partido de su padre, donde los puntos de la barba proliferan como minúsculos insectos.

Él venía del norte. Allí había pasto en abundancia, más que ahora. Tenía unas cuantas ovejas flacas, que cuidaba junto al rebaño de uno de los amos de aquellas tierras. Era joven. Sabía cantar. La sangre le hervía en las venas.

El hijo del zapatero se imagina el rojo borboteante dentro del perol que su madre atiende a escasa distancia. Ella se gira, no le gusta que escuche esas historias. Tiempo habrá de que el mundo le

ensucie el carácter con su venenoso soniquete. En vez de quejarse al marido, apunta una sonrisa que multiplica los surcos de su piel y que el humo del hogar difumina sin que el niño, absorto en el relato, se nutra de ella.

Cada verano cruzaba el valle para vender los quesos que por derecho le tocaban. Pasaba por todos los pueblos del otro lado de la colina. Juntaba cuatro cuartos y volvía a su majada.

Un día en que el sol espesaba las sombras y derretía las seseras, y habiendo vendido ya toda su mercancía, llamó a una puerta para pedir agua. Abrió una muchacha con los ojos de un azul como no había visto jamás. Hubiera bebido de ellos hasta vaciarlos, dice el padre, entregado a la inercia de la metáfora.

La chica se volvió sin responder. Al poco reapareció con un cuenco en la mano. El pastor refrescó su garganta, dio las gracias, y siguió su camino. Las piernas le temblaban. La frente le ardía por dentro.

Pasó una semana en su camastro, delirando. Una insolación, aseguraba el matasanos al que el amo había mandado traer. La esposa del amo negaba con la cabeza. Sabía cuál era la verdadera causa de la enfermedad.

¿Y cómo lo sabía?, se atreve a interrumpir el niño.

Un demonio se lo susurró al oído, afirma el padre, aplastando ulteriores preguntas bajo la gravedad de su voz.

El muchacho logró recuperarse, aunque ya no era el mismo. Una parte de él había muerto sobre el lecho. La parte que echaba a caminar era únicamente un reflejo, el fantasma del pastor.

Estaba tocado de aquí, ¿entiendes?, dice el padre, llevándose un índice a la sien.

El hijo asiente.

Ya no le importaba nada que no fuera hablar otra vez con la muchacha de los ojos de agua. Pasaba las horas tumbado,

susurrando, mientras el rebaño pasturaba sin que nadie lo vigilase.

Por fin atravesó el valle de nuevo. Era de noche cuando llegó a la casa. No había ni un alma en las calles. Permaneció allí, mirando las ventanas, intentando averiguar tras cuál de ellas dormía la joven. Entonces un postigo se abrió y aquellos ojos le retorcieron el poco entendimiento que le quedaba.

Temiendo que alguien los descubriera, la muchacha le suplicó que se marchase. Pero el pastor era incapaz de dar un solo paso sin llevarse la promesa de un encuentro. Acordaron verse a la noche siguiente, fuera del poblado, en el bosque.

Corrió hasta allí y aguardó con impaciencia. El sol salió y volvió a ponerse. Temía que ella le hubiese mentido. Pero la muchacha acudió.

La madre gira la cabeza una vez más, alarmada, temiendo que el hombre ofrezca algún detalle de los amoríos carnales del pastor y la doncella.

Se separaron al alba, prosigue el marido, recurriendo con naturalidad al milenar arte de la elipsis. Juraron reencontrarse un mes más tarde, el primer día de luna llena. Y así lo hicieron, y al mes siguiente, y al otro también.

La historia continuaba con el embarazo de la joven y la consecuente huida de la pareja. El padre y el hermano de ella los perseguían a través del valle. Un grito de dolor detenía a los fugitivos. La muchacha se desangraba por el esfuerzo, su sangre regaba la tierra huraña. El pastor, despreocupado de su suerte, se dejaba abatir. El cuerpo agonizante de la mujer era devuelto a su villa natal. El del hombre, un irreconocible amasijo de polvo y carne, abandonado sin el privilegio de la sepultura.

No obstante, el narrador, próximo el final del relato, reconduce con decisión la trama. Omite alusiones al estado de la joven o a la

implacable cacería de sus paisanos. Se saca de la manga un nuevo personaje. Sustituye la crueldad de la vida real por la fiereza del arquetipo.

Entonces vieron dos ojos encendidos que se acercaban, fabula, enfatizando cada palabra.

Era un lobo enorme, negro como la muerte.

El niño tiembla y mira, ahora sí, hacia su madre, de espaldas junto a la lumbre.

Los derribó de un zarpazo. Su sangre se unió igual que la de dos riachuelos. Y poco después, justo en el sitio donde se encharcó la tierra, nació una fuente.

El niño abre la boca.

Los habitantes de los contornos se congregaron para ver el milagro. El agua brotaba sin parar. Decidieron excavar, antes de que el manantial se seicara: así se fabricó el pozo. El valle pronto verdeó. Los terrenos se hicieron fértiles. Llegaron los primeros pobladores. Levantaron casas. Cercaron parcelas. Plantaron sus cosechas.

El pueblo nació y creció alrededor del pozo.

Ese es el principio.

Pero la leyenda asegura que se secará en cuanto se repita la historia. Un hombre enamorado, quién sabe si una mujer, verterá su sangre en el mismo lugar. Ese día el valle se convertirá en el pedregal que fue hace siglos.

Porque eso es lo que hay bajo la hierba, las flores y los árboles, improvisa por último; bajo las casas, bajo el colegio y bajo la iglesia. Solo tierra muerta. Nada más.

El niño se mantiene inmóvil, tratando de asimilar lo narrado. No ve el momento de correr hacia la plaza para examinar el pozo, ese objeto cotidiano que de golpe ha adquirido la categoría de excepcional. Tiene miedo de hacerlo, simultáneamente.

Ahora tráeme el vino, ordena el zapatero, mientras se saca del bolsillo el papel y el tabaco.

El niño se levanta. Se aproxima al hogar. Su madre le alcanza la jarra de barro.

Las siluetas de ambos se estiran sobre los muros. El niño agarra el recipiente, aún tembloroso, y un par de gotas se escurren hasta el piso ennegrecido.

Una línea sobre el suelo divide el mundo en dos mundos.

El hijo del zapatero esquivo el contacto arqueando la espalda. Regresa al refugio. Sale de nuevo, transformado en perseguidor. Toma una presa. La traslada a sus dominios.

«Toco marro y salgo», vuelve a gritar en cuanto recupera el resuello.

Esta vez tiene menos suerte. No importa: alguien acudirá en su rescate.

La casa rival es una cárcel. Los prisioneros trenzan sus brazos mientras uno de ellos está en contacto con la pared. Son las leyes del juego. Hay una transmisión desde el roce con la piedra hasta el brazo extendido del último integrante de la cadena. Una humanización de la inclemente geometría del campo de batalla.

Los cuerpos son piezas intercambiables. El brazo de Magda está pegado al suyo. Las dos pieles brillantes de sudor comparten la electricidad del enfrentamiento. Orden y desorden. Eslabones sometidos al deseo de victoria.

Cuando el sol no pega tan fuerte, prosiguen fuera de los límites del pueblo. Los árboles sustituyen a los muros de piedra. El tablero se expande al ritmo irreal del verano.

Magda es un manojo de nervios. A su derecha, una niña cualquiera. A su izquierda, el hijo del zapatero, más pendiente de la unión de sus pieles que de la disputa entre los equipos. Magda, en

cambio, solo atiende a la circulación de los contrincantes. Anticipa sus movimientos. Ansía que la liberen para volver a ponerse a prueba.

Al atardecer, la mujer del zapatero le quita la ropa al niño. Él se avergüenza, hace tiempo que su madre no lo ha visto completamente desnudo. Examina su piel bañada por la luz que todavía tamiza la persiana entreabierta.

«La Magda tiene una culebrina», anuncia. El niño calla sin entender. «En el vientre», añade.

La misma palabra reaparece durante la cena.

—Mal asunto —dice el padre.

—El niño está bien —puntualiza ella.

—Eso no se pega, mujer.

—Por si acaso. Nunca se sabe.

—Yo sí que lo sé. Mi hermano Antonio tuvo una. Así de grande.

—Jesús.

—Le dieron friegas y le pusieron emplastes. Pólvora también. Y hojas de olivo. Pero no se curaba.

La mujer asiente.

—A la niña tendrán que ensalmarla.

—Eso pensaba yo.

—Y más les vale darse prisa. Si la cabeza se junta con la cola, ya no hay nada que hacer.

El niño sorbe la sopa y visualiza la cadena de cuerpos del juego.

—¿Qué es una culebrina? —acaba por preguntar.

—Algo muy feo —dice la madre.

—Unos granillos —suaviza el padre—. En fila, con forma de serpiente.

—Puede ser macho o hembra. Si es macho, tarda más en curarse.

Pero si es hembra, es peor, porque es capaz de parir otras bichas.

—Hay que escribirlas, así no paren. Se escriben oraciones alrededor de la culebrina, en forma de círculo, para encerrarla.

El hijo del zapatero imagina a todos los habitantes del pueblo unidos por los brazos, creando un cerco en torno a la enferma.

—¿Y qué pasa si sale de ahí?

—No puede salir —zanja el padre.

—¿Se va a poner bien la Magda?

—Dios lo quiera.

—Hay que llevarla a una sanadora —insiste la mujer—. Se va echándole rezos. Aunque igual brota otra vez. Se queda debajo de la piel, como esperando.

—Sí —ratifica el zapatero.

El niño se rasca el antebrazo derecho. Observa las migas de pan sobre la mesa y las dispersa de un manotazo.

A lo largo del curso que pronto llegará a su fin, el maestro ha ido intensificando sus servicios como escribano oficioso del valle. No pide nada a cambio de plasmar en el papel las precarias palabras de sus vecinos, pero es imposible negarse a aceptar la chacina, los huevos, las hortalizas de turno. La gente se complace comprobando que ningún miembro de la colectividad elude el mandato divino del trabajo cotidiano, ni siquiera en sus horas libres, y él aprovecha para avanzar en el lentísimo proceso de integración: por mucho tiempo que lleve en el lugar, seguirá siendo un forastero mientras no se demuestre lo contrario.

En paralelo a la aplicación práctica de sus convicciones revolucionarias, que le condujeron a ejercer su profesión en este desfavorecido recoveco de la península, uno entre tantos, el maestro vuelca no pocos esfuerzos en un ensayo dedicado a un pilar de la existencia paradójicamente desatendido por demasiados pedagogos contemporáneos: la sexualidad. Bajo su cama, en un pequeño baúl cerrado con llave, guarda la parca bibliografía que pudo arrastrar hasta su actual vivienda, un puñado insuficiente de libros, revistas y folletos que la mayoría de sus vecinos no dudaría en arrojar al fuego: textos psicoanalíticos de Wilhelm Reich, ejemplares de la publicación alemana *Sexus*, un par de volúmenes de su amigo Ángel Garma, monografías y artículos de Armand y de Malatesta, de Bloch, Ellis y Hirschfeld, de Marañón, Saldaña y Lucenay, de Montseny y de

Maymón, de la añorada Hildegart. Qué dirían los habitantes del valle, en efecto, si supieran del contenido de ese cofre de Pandora, y en especial del centenar de páginas manuscritas que coronan la pirámide, encabezadas con el epígrafe *El animal más triste*. Claro que es imposible que el eco de sus charlas en la Sociedad Española de Higiene, de donde manan, haya llegado a estos remotos prados. Para sus pobladores no es más que un maestro de escuela, tan pobre como ellos. El profesorzuelo que ha de meter en las cabezas de sus hijos las cuatro reglas y el nombre de los ríos.

El calor comienza a ser considerable en la parte del edificio destinada a la vivienda, así que pasa gran parte de la jornada en el aula. Pocos minutos antes ha puesto el punto final de una nueva carta, en esta ocasión sometida a su propio dictado. La repasa y cobra consciencia del modo en que justifica su labor cada vez que escribe a cualquiera de sus amigos de Madrid. ¿Por qué invoca con tal insistencia las convicciones ideológicas, políticas y morales conocidas de sobra por sus corresponsales? Desgrana maquinalmente su particular rosario laico, y se pregunta si palabras como *vocación*, *militancia* o *solidaridad* no impedirán la aparición de otras, de cuáles, de cuántas. Imagina entonces sus ingravidas matrices flotando por encima de las elegidas, ansiosas también de abreviar en el tintero. Las ahuyenta con un brusco ademán, aparta la misiva, se concentra en el manuscrito: «La peculiar tristeza que sucede al trance sexual, de cuyos escombros se enseñoorea el fantasma de nuestra finitud, nos hace concluir que las intuiciones plasmadas por...».

La puerta chirría. Tapa el manuscrito con una pila de cuartillas en blanco, sobre las que deposita un diccionario. Reconoce al instante la figura que se perfila bajo el vano a contraluz.

—Pase, pase —pide, procurando que su voz no suene muy vehemente.

La mujer impone su presencia a su pesar, mientras camina hasta la mesa del maestro.

El trámite es rápido. Una anodina carta dirigida a unos familiares emigrados, repleta de trivialidades. Él se interesa por su hija: ha oído que está enferma.

—Una culebrina —confirma ella.

Le pide permiso para visitarla; un leve movimiento de cabeza lo concede.

—No se preocupe —añade el maestro—. Ni haga caso de lo que oye. Eso no es más que un sarpullido.

La madre de Magda da las gracias, extrae unas cuantas ciruelas de su capazo y las coloca en el escritorio.

El maestro deja transcurrir tres días antes de acercarse a la vivienda. Se convence de que la convalecencia de la niña disculpa con creces el atrevimiento de visitar a una mujer que vive sola. Magda lo mira con curiosidad desde la cama. Únicamente a ella se le antoja de lo más natural su comparecencia en la pequeña habitación. Le presta un libro.

—Cuando tenía tu edad era el que más me gustaba —explica.

Magda lo abre, pasa páginas, se detiene en una de las ilustraciones: un mapa del viaje siberiano de Miguel Strogoff. Repasa con el índice la línea de puntos que lo atraviesa.

—Más le valdría hacer cuentas —se queja la madre.

—Ahora toca descansar —excusa el maestro—. Es lo bueno de estar un poco pocho —añade, guiñando un ojo a la niña

La erupción ha dado paso a las características ampollas. El doctor ha prescrito reposo y la aplicación de paños con vinagre sobre la zona afectada. La mujer expresa su inquietud. Su tío y sus primos se

proponen llevar a la niña a la curandera de una villa cercana. El maestro intenta disuadirla.

—Eso no sirve para nada —dice, ante su mirada escéptica—. Si quiere puedo escribir a un amigo médico de Madrid y pedirle consejo.

La mujer le ofrece un café y él lo acepta con alivio. Se sienta ante la mesa de la estancia mayor, que hace las veces de cocina, comedor y sala de estar. La observa mientras se mueve alrededor de los fogones. Jamás ha tenido ocasión de contemplarla durante tanto rato, salvo en la iglesia, a la que acude algún que otro domingo como estrategia para amortiguar el recelo de la comunidad. Pero hoy no es un simple busto cubierto con un velo. Sus rizos negros se rebelan contra la cinta que circunda el moño, la rotundidad de sus caderas tensa el recatado vestido. Se fija en dos lunares que flanquean el nacimiento de la columna vertebral, e imagina el recorrido del resto, su suave perfil sobre la piel sudada.

No puede evitar una erección, que persiste cuando la mujer se dirige a la mesa con la jarra en la que ha filtrado el contenido del puchero, las tazas y un plato con dulces. Recurre a una estrategia que acaso censuraría en su tratado pedagógico: concentrarse en otra cosa, subyugar el instinto, sepultar una reacción fisiológica bajo el peso de la más elemental represión. Aparta, en fin, la vista del objeto de deseo. Tropieza entonces con la foto de un hombre que descansa sobre la alacena.

—Es el padre de Magda —señala la mujer—. Murió antes de que naciera.

Todos comenzamos a morir antes de nacer, piensa el maestro, rescatando sus lecturas de Montaigne.

—Lo siento —se limita a decir, tras velar su lengua con el amargor de la bebida.

La mujer sumerge la mirada en su taza, y el silencio se sienta a la mesa durante unos instantes demasiado prolongados. Al maestro, antaño acostumbrado a la vida social, le sorprende que su experiencia mundana, las correrías universitarias, las interminables tertulias, no den muestra de servirle en el presente contexto.

—Este calor no es normal —añade por fin ella.

—Bah, esto no es nada. Le aseguro que en Madrid es mucho peor.

—Pues aquí nunca ha hecho tanto. Si hasta el agua del pozo sube caliente.

—Y en mi tierra, ni le digo.

—Ah, pero ¿no es usted madrileño?

—Nací en Córdoba, mi familia se trasladó a la capital cuando yo era un crío. ¿Ha estado usted alguna vez en Andalucía?

—Qué más quisiera...

La niña irrumpe en la sala sosteniendo el libro abierto.

—¿Qué quiere decir *perpetuo*? —pregunta, mientras señala una línea.

—¡Vuelve a la cama ahora mismo! —ordena la madre.

Mira a su profesor, solicita una respuesta antes de que la mujer la destierre a la alcoba.

—Para siempre —contesta él, levantándose también—. Que no se acaba nunca.

Advierte que es, por contra, momento de concluir la visita. Da las gracias por el café.

—Y tú pórtate bien, ¿eh? Volveré a verte dentro de unos días.

—Puede venir cuando desee —dice la mujer, sin apartar los ojos del rostro de su hija.

El maestro recoge esas últimas palabras con optimismo y las arrastra hacia el exterior. El sol se desploma sobre la calle desierta, puntuada por una sola figura que, unos metros más allá, parece

desafiar el rigor de la canícula. El maestro toca su sombrero en señal de saludo. La anciana permanece inmóvil, encadenada al luto de su sombra.

«María Magdalena fue una gran pecadora redimida por la gracia divina», escucha el hijo del zapatero, saliendo de su sopor. Piensa en la niña y en su madre, ambas ausentes hoy de la iglesia. «De su interior brotaron siete demonios», sigue el sacerdote. ¿Serán siete las ronchas que dibujan la culebrilla de su vientre?, se pregunta.

La exégesis provoca también diversos cruces de miradas entre los congregantes. El tema de la homilía no es casual. Algunos de ellos han visto al maestro frecuentar la casa de la viuda durante los últimos días. El resto se aviene a imaginar tales ocasiones como si las hubieran presenciado. Las trasladan a horas poco decentes. Las complementan con todo tipo de detalles.

El cura advierte a los vecinos de la necesidad de preservar la moral y las buenas costumbres. El niño se acuerda mientras tanto de una película que vio tiempo atrás, en la que aparecía la misma escurridiza figura bíblica. Evoca la imagen de un lujoso banquete, así como la de un leopardo que se dejaba acariciar por la futura santa, ambos hermosos, ambos salvajes, ambos refulgiendo en sus fascinadas pupilas.

El hijo del zapatero no acierta a recordar el argumento de las películas escasas jornadas después de haberlas visto. Vuelven sin embargo a acecharle con frecuencia, emancipadas, algunas de sus escenas, la carrera endemoniada de un mendigo, la histriónica muerte de un enfermo, el gesto de un héroe, la carcajada de un

villano, una simple mirada, quizás, la imposible cabellera de uno de esos espectros con forma de mujer.

Magda, por el contrario, lleva desde hace meses un registro concienzudo de las cintas proyectadas en el pueblo, inaugurado a partir del momento en que constató que, si no guardaba testimonio de ellas, su recuerdo tardaría tan poco en consumirse como el combustible de la lámpara ante la que se sienta a escribir sus títulos, los nombres de los personajes, a esmerarse en el resumen de sus tramas.

Como cada domingo de semana impar, hay programada una sesión en el salón bajo del Casino. Uno de los empleados llega a primera hora de la tarde con los rollos de las películas rebotando en la caja de latón que ha acoplado precariamente a su bicicleta. Los niños se precipitan al encuentro del mercader de sombras y preguntan, impacientes, por el programa.

—Una de Pamplinas.

—¡Esa es de risa! —se repiten, más celebrativos que aclaratorios.

—La otra se llama *Nobleza baturra*.

—¿Y esa de qué va?

—¡Yo qué sé! Anda, largaos a dar la murga por ahí, que no tengo todo el día.

Medio pueblo se apretuja en los dispares asientos dispuestos frente a la sábana colgante. Al maestro, que también ha acudido a la proyección, no le parece mal que se pasen historias folclóricas, ingenuas cintas de humor o pomposos melodramas, pero sin duda preferiría que se alternaran con películas instructivas como las que los camaradas de las Misiones Pedagógicas perseveran en llevar hasta el último rincón del país.

Pamplinas es perseguido por un grupo de policías. Luego por un gigantesco fulano. Más tarde por una tribu de indios. Se sube a un tren en marcha. Pilota una bañera a modo de barco. Intenta ahorcarse; la cuerda se rompe. Corre de nuevo ante un agente de la ley. Se disfraza de espantapájaros. Roba una moto en compañía de una muchacha y un cura los casa por el camino.

Magda suele registrar con mimo la sucesión de accidentes, está atenta a la causalidad de los hechos, a la implacable lógica del azar. Esta vez, no obstante, se descubre incapaz de dibujar la tranquilizante línea que debería enhebrar las acrobáticas desgracias del personaje. ¿Qué ocurre? ¿Por qué entre una escena y otra varían sin sentido los decorados, el peinado de la actriz, el disfraz del protagonista, los bigotes de su enemigo?

Trata de reír igual que los demás espectadores, pero no puede sustraerse a la desazón que le provoca la incongruencia de las imágenes. Aparta la vista de ellas. Mira a su alrededor. Los rostros se contraen, las dentaduras se desnudan, los ojos se agrandan o se achinan, nadie parece molesto o extrañado.

A su lado, el hijo del zapatero se deja invadir también por las titilantes escenas. La mayoría de ellas pasarán a través de su cerebro como por un cedazo roto; unas pocas quedarán en cambio atrapadas en algún indefinido rincón, agazapadas, a la espera de volver a ser proyectadas cualquier noche mientras da vueltas en la cama o durante una de esas mañanas en que mira sin ver la oscura superficie del encerado.

Es obvio, concluye el maestro, que el exhibidor ha aprovechado cortes de diferentes filmes. La bobina se reduce a una suma de restos de otras cintas. La falta de nitidez de la imagen, las rayas y los saltos indican que pertenecían a películas en mal estado, erosionadas por

mil y un países, de las que se habrán recuperado las partes menos deterioradas.

Qué importa, piensa. No son más que piruetas, caídas y persecuciones perfectamente intercambiables.

Magda busca al maestro, lo divisa en la penumbra. Confirma decepcionada que él también se desternilla, en apariencia ajeno a toda preocupación. Se siente sola, entonces; desamparada. Para su sorpresa, encuentra un matiz placentero en esa exclusión. La tristeza puede ser alegre, formula con su precario sistema conceptual. Y se plantea si la alegría, en consecuencia, podrá asimismo ser triste.

El maestro ha de reconocer que disfruta abandonándose durante dos o tres horas a los esquemáticos relatos que protagonizan esas siluetas materializadas sobre la pantalla. Nada que ver con la intensidad de la literatura ni con la pureza del teatro, por descontado. Si a algo se parecen las películas es a los sueños, se dice, recostándose en el tóxico. Cuerpos engrandecidos, evanescentes, en blanco y negro. Gestos redoblados bajo el lechoso haz de luz. La hipnótica salmodia del proyector. La suspensión del sentido crítico, de la racionalidad. Y luego, siempre demasiado pronto, la violencia del despertar, el retorno al implacable mundo de los vivos. La vigilia regresando a traición, más real que nunca.

A dicha violencia se superpone hoy la de alguna mirada censuradora. Procura no prestarles atención. Se obliga a convencerse de que cuanto menos relevancia les otorgue, antes perderán sus responsables el interés. La incomodidad no se disipa, sin embargo. Puede que justificar todo comportamiento ajeno enraizándolo en las endémicas carencias de la población no deje de ser, en el fondo, una muestra de ingenuidad por su parte, cuando no de vanidad. Como sus vecinos, él también se protege sintiéndose parte de un colectivo: el de los que pretenden sacar al país de la ciénaga histórica en que

sigue sumido, y tiende a ajustar sus criterios a las convicciones que lo cohesionan. Los de un lado se escudan en sus viejos prejuicios morales, los del otro en sus avanzados presupuestos pedagógicos, pero nadie se libra de permanecer amarrado a la misma cadena, articulando la temerosa danza que une a los hombres.

El maestro se aparta del grupo que alarga la sesión en el bar del Casino y se encamina hacia la escuela, silbando sin pensar una de las canciones que interpretaba Imperio Argentina en la película.

La luna nueva ciega el tramo que separa las últimas casas de la modesta edificación. *Cáustico lunar*, enuncia en voz alta al recordar el nombre que los antiguos alquimistas daban al nitrato de plata, el compuesto químico con el que se manufacturan las modernas cintas cinematográficas. Más poética una nomenclatura, más precisa la otra, ambas hermosas, no hay duda, aunque por motivos opuestos.

Se detiene y enciende un cigarrillo. La llama del fósforo ilumina durante un par de segundos sus facciones, transfiguradas por las agudas sombras. Un primer plano digno de un filme alemán, se dice, imaginando el efecto de esa visión. La máscara de la lujuria. El rostro deformado del deseo.

Sonríe y echa a andar nuevamente.

Por las noches, el maestro suele dedicar un rato al diario que comenzó recién llegado al valle. Más de una vez se ha cuestionado el sentido de seguir anotando banalidades en su cuaderno de tapas de hule, anécdotas relacionadas con los niños, preocupaciones de carácter material, resúmenes de su estado de ánimo que oscilan entre el entusiasmo por los pequeños avances de su cometido y la pesadumbre por el muro de indiferencia o de contenida hostilidad que a menudo percibe a su alrededor. Pero algo ha cambiado recientemente, los textos han ido ganando extensión, se diría incluso que han desplazado a la monografía que hasta no hace mucho concentraba sus desvelos. No es que la reflexión en torno a la pedagogía sexual haya quedado rezagada en su estricto orden de prioridades, solo que se le hace un mundo retomar la tensión expositiva mantenida a lo largo de las páginas previas. Por eso se refugia en el diario. Ese cuaderno es el espacio donde su escritura, liberada de apriorismos, encuentra una elemental razón de ser.

Muchas de las anotaciones que aglutina revelan evidentes puntos de convergencia con los temas abordados en su renqueante libro, aunque aquí las abstracciones dejen casi siempre paso a una frustración bien concreta. No ha podido quitarse de la cabeza a Magdalena desde su primera y ya distante visita. Se repite que no es más que el recipiente de sus necesidades eróticas, cortadas de cuajo con su marcha de la ciudad; ¿qué otra mujer de su entorno puede

comparársele? A buen seguro la está idealizando: se ha enamorado las suficientes veces, sabe distinguir la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Comprende al mismo tiempo que la improbable satisfacción de su deseo basta para que se haga engañosamente hondo. Lo mortificante del caso es que ella le corresponde: con lo sencillo que resultaría en otros ambientes, en otras circunstancias... Hace semanas que se prometió renunciar a toda tentativa, sin embargo. No vale la pena ponerse al pueblo en contra, atizar la incipiente animadversión de los familiares de la mujer, dificultar todavía más su trabajo diario.

Quizás por eso Magdalena se ha convertido en una referencia constante en sus anotaciones. En un trasunto escrito de la Magdalena real. En un personaje de ficción.

Imagina ahora sus pechos, tan alejados de la opulencia matronal de sus vecinas: breves pero rematados, decide, por unos grandes pezones, oscuros y desafiantes. Se acuerda de un libro de Gómez de la Serna que leyó con fervor durante los inicios de su adolescencia, y de inmediato se arrepiente de no haberle hecho un hueco en el equipaje, de no haber prescindido de cualquier otro volumen en su lugar, aunque lo cierto es que no pasa un día en que no eche en falta alguno de entre los cientos que se vio forzado a abandonar en Madrid, malvendidos, regalados o depositados en domicilios de amigos.

Se distrae evocando las secuelas de aquella remota lectura, su consecuente obsesión por imaginar la forma, el color, las características de los senos de las mujeres con las que por entonces se cruzaba. ¿Qué diría papá Freud de tan llamativa pulsión? ¿El fetichismo como expresión de una carencia infantil? Durante una buena temporada, sea como sea, se obstinó en tomarse al pie de la letra muchos de los hallazgos verbales que contenía ese libro, leído a

edad demasiado temprana. Si el autor aseguraba que las tenderas tenían los senos blancos y limpios, por ejemplo, él trataba de entrever tal cualidad en cuanto atravesaba el umbral de un negocio. Lo mismo con los senos silvestres de las criadas, los senos color café de las monjas carmelitas, los senos mortíferos de las viudas, los pálidos senos de las hijas de las porteras.

Incluso llegó a visitar el Museo del Prado en diferentes ocasiones, llevado por su afán registrador. De la Serna hacía mención a la altivez del busto de las muchachas de Botticelli, a la falsedad de los pechos de las modelos de Rubens o a los discretos y elegantes de las damas de Goya, y él se empecinaba en rastrearlos por la pinacoteca para ratificar las palabras del escritor o refutarlas.

Luego, por supuesto, establecía sus propias preferencias.

La imponente Eva de Durero, antigua y carnal.

La cortesana que ofrenda sus pechos en una tela del Tintoretto.

La mundana protagonista de una *toilette* de Madrazo, cercana e imposible como un sueño doméstico.

Añora aquella ingenuidad, para qué negarlo. Junto a la injusticia, la intolerancia y otras lacras del espíritu, el conocimiento, por desgracia, erradica también el misterio.

Soslayando su proverbial falta de talento artístico, bosqueja el imaginario busto de Magdalena en la parte inferior de la página. El resultado es grotesco, así que lo tacha enseguida.

Cierra por fin el diario, lo guarda en el baúl, baja las escaleras, franquea la puerta del aula, aspira el aire nocturno.

Camina.

Apaga su cigarro antes de acabarlo, se interna más y más entre los árboles.

Se masturba a oscuras, muy lejos, ya sin prisa, y eyacula traspasado por un silencio absoluto.

Los meses se relevan con lentitud, con paciencia de vasos comunicantes. Cada estación tiene su partitura, se dice el maestro, indulgentemente elegíaco. En la ciudad el calendario se impone a otro ritmo, uno no se da cuenta de lo condicionados que estamos por el ciclo natural, o al menos no del mismo modo. Mira por la ventana mientras los alumnos resuelven un problema. Continúa afanándose por introducir innovaciones en el trabajo diario, si bien ha aprendido a actuar con cautela, nadie entendería que no se ciñese a las materias básicas. Sabe maquillar sus métodos. Organiza salidas al bosque con la excusa de identificar árboles y plantas, y aprovecha la oportunidad para hablarles de Darwin o de Rousseau. Utiliza en los dictados textos literarios elegidos con criterio, en sustitución de las necias frases aliterativas de los manuales. Expone una teoría cualquiera y la contraria, desafiándolos con la intención de contagiarles una mínima sensibilidad crítica.

Los niños se han marchado hace rato y él sigue mirando hacia el exterior. Los días pronto dejarán de alargarse, se dice, remontando su modorra. Saca el cuaderno que con imprudencia guarda en el cajón del escritorio, junto al manuscrito, cansado ya del trasvase de un piso a otro. Repasa los fragmentos de texto que ha acumulado durante el curso. La sucesión de impresiones, ideas, recuerdos y propósitos le sume en una suerte de vértigo no del todo desagradable.

Después de año y medio enjaulado en la escuela, y pese que los

ahorros que ha alcanzado a reunir con su roñoso sueldo ni merezcan tal apelativo, ha tomado la decisión de pasar parte del inminente verano en Madrid. Perderá las horas en los cafés. Se emborrachará. Se acostará con todas las mujeres que pueda. Logrará no pensar en la madre de su alumna. Se olvidará de la mezquindad de la vida en el valle. Recobrará el vigor y la convicción que ahora percibe inevitablemente erosionados.

Guarda el cuaderno y extrae el manuscrito. Mira con culpabilidad la última página. Se sabe encallado en uno de los capítulos cruciales, y la labor que le queda por delante cobra tintes de epopeya. Lee por enésima vez el mismo párrafo:

No es difícil colegir, por tanto, que la sexualidad moderna constituye también una problemática de índole política. Todo verdadero movimiento de liberación —y de qué hablamos, si no, cuando proclamamos la vuelta a una conducta sexual natural, desencadenada de prejuicios históricos— ha de ir de la mano de una reformulación del pacto social, en el que la norma represiva ocupe menor espacio. Pero ¿existe ese marco político, siquiera en una dimensión teórica? Sobrevuela Europa todavía el vergonzoso humo de los volúmenes de W. Reich quemados por los nazis pocos meses después de ser prohibidos por el propio Partido Comunista Alemán. Acaso solo las líneas de pensamiento anarquizantes, consideramos, hayan sido capaces de proponer modelos de convivencia susceptibles de garantizar las condiciones esenciales para que la sexualidad humana rompa sin reparos el corsé que la constriñe: desde la pedagogía profiláctica hasta la reivindicación de la mujer como sujeto activo, pasando inexcusablemente por la aceptación de numerosas prácticas íntimas borradas de la memoria de la especie a golpe de crucifijo.

Sale a dar un paseo. La gente afronta con animación los preparativos de la fiesta. En la plaza varios hombres se ocupan de equilibrar los trastos viejos que los vecinos van hacinando para la hoguera. Al maestro le estimula la idea de celebrar una fecha ligada al solsticio de verano, aunque el ritual se reduzca a prender un gran fuego, beber tintorro y bailar al son de una primitiva orquestina. Esta misma mañana ha explicado a los chavales el origen de la tradición.

Ha mencionado el sentido metafórico del cambio estacional, y esbozado leyendas relacionadas con el tránsito. Durante la noche, les ha contado, se abren puertas a otros universos que permiten a seres fantásticos rondar por los bosques, las encrucijadas y los puentes; las plantas adquieren propiedades fabulosas; el rocío se convierte en un bálsamo protector; se puede adivinar el futuro en el reflejo del agua; la tierra se resquebraja para sacar a la luz antiguos tesoros. Los niños, acostumbrados a la convincente racionalidad del maestro, han escuchado embobados, con la imaginación a punto de estallar, ansiosos por que llegue la vigilia.

Qué más da que la Iglesia se empeñe en sepultar esa electrizante festividad pagana bajo la onomástica del Bautista, se repite. Hay sentimientos colectivos tan arraigados que ni la más restrictiva de las reformas podría hacerlos desaparecer. Permanecen soterrados en los cuerpos, nos erizan la piel sin que importe el motivo. Están por encima de nosotros. Nos definen como seres humanos, hijos de la naturaleza, ciudadanos del mundo.

Alza los periódicos atrasados que lleva bajo el brazo y los tira sobre el montón de madera. La brisa vespertina mueve algunas páginas. Una foto del zepelín *Hindenburg* queda al descubierto junto a la pata carcomida de una banquetta.

El hijo del zapatero propone a Magda buscar algunas de esas plantas colmadas de facultades mágicas por el poder de la noche de San Juan. Trébol, salvia, saúco, artemisa. Se han vuelto inseparables desde que el niño se acostumbrara a visitarla durante su convalecencia, a finales del curso anterior, encargado por iniciativa propia de llevarle las tareas escolares.

La gran hoguera arde todavía, alejando a los malos espíritus. No muy lejos de allí, en el Casino, la orquestina enlaza pasodobles. Pocas son las ocasiones en las que en el valle se celebran bailes; el entusiasmo es notable, por tanto. La figura hierática del alcalde consigue que el maestro piense en los bastoneros, aquellos individuos que en muchas fiestas del viejo Madrid ejercen todavía la misión de vigilar los desmanes. Al contrario de lo que había supuesto, la fiesta le ha sumido en una innegable melancolía. Lleva ya ingerida una buena cantidad de vino y aguardiente, pero a pesar del velo alcohólico sus ojos son incapaces de obviar lo grotesco de la situación. No rehúye volver a preguntarse si en definitiva vale la pena ofrendar parte de su juventud a ese hatajo de brutos, a esas mujeres sumisas, a esas pobres almas que protegen su estrechez de miras parapetadas tras la ceguera de la comunidad.

Desvía su atención a un lateral de la sala. Unas cuantas ancianas vigilan desde allí la evolución del baile, debatiéndose entre el espíritu festivo y su censura, pero unidas por el inmortal poder del

chismorreo. Magdalena ocupa también, incongruente, una de las sillas de enea alineadas junto a la pared. El maestro apura el chato, se ajusta la americana y se dirige hacia ella. Uno de los primos de la mujer toca entonces la espalda de su hermano y señala con un despectivo ademán al forastero.

Poco interesados en la matraca de la orquestina y el zapateo de los adultos, la mayoría de los niños rondan aún la declinante hoguera. Participan de la excitación general, potenciada por la anomalía de seguir despiertos tan entrada la noche. Magda y el hijo del zapatero han logrado escabullirse sin que nadie reparase en ellos. Se encaminan a las afueras del pueblo, a la reducida floresta que condecora uno de sus flancos.

—¿Has traído la vela?

La niña asiente. El hijo del zapatero enciende una de las cerillas que ha birlado a su padre. Los relieves del rostro de Magda estallan en la oscuridad.

—¿Tienes miedo?

—¡Qué va! —miente el niño.

Prenden la mecha y encorvan sus cuerpos en busca de muestras de la botánica oculta. Las van metiendo en una bolsa de arpillera que el hijo del zapatero se ha atado a la cintura. No están muy seguros del aspecto concreto de las especies pretendidas, así que recogen ejemplares de todo tipo, con el propósito de catalogarlas después, con menos prisas y más luz.

—¿Y qué haremos con ellas?

—Secarlas. Son amuletos.

—Pues yo pensaba que había que comérselas.

No tardan en aburrirse del juego y en emprender el camino de

vuelta. Pasan otra vez ante la escuela, sombría como el caserón de un relato gótico.

—¿A que no te atreves?

El hijo del zapatero se encoge de hombros. Comprueban que la puerta está cerrada con llave. Consiguen encajar un palo en la ranura que deja la madera combada de una de las ventanas. Se cuelan por ella. El opaco ronroneo festivo de la villa desaparece por completo en el interior del edificio. Pasean por el aula con arrogancia, igual que si hubieran conquistado un territorio enemigo. El hijo del zapatero escribe un par de palabrotas en la pizarra, que se apresura a borrar en cuanto obtiene la risa de su compañera. Magda examina la mesa del maestro, se sienta en su silla, abre uno de los cajones.

—No deberíamos —susurra sin excesiva convicción el niño.

Pero Magda ya ha extraído un cartapacio y lo ha depositado sobre el tablero. Lo abre sirviéndose tan solo de la punta de dos dedos, como si eso atenuase la gravedad de la intromisión. Ha encendido un quinqué, al que aproxima ahora la primera página del montón que contiene.

—*El animal más triste* —lee en voz alta.

Interpela con la mirada al hijo del zapatero, quien se coloca detrás de ella y observa las cuartillas que va trasvasando de la pila original a otra donde reposan boca abajo. De tanto en tanto se detiene y lee un pasaje al azar. Al niño le admira la soltura con que enuncia los puntiagudos signos que se apiñan en el papel.

El lenguaje resulta extraño, apenas descifrable. No conocen muchas de las palabras alrededor de las que orbitan las frases (*eugenesia, malthusianismo, epistemológico, ginecología, anticonceptivo, tabú, homosexualidad*), y las tentativas de comprensión quedan definitivamente frustradas por la ensortijada sintaxis. No obstante, el sentido general de lo que allí se cuenta resuena en el aula vacía con

los inequívocos ecos de lo prohibido. Las alusiones a partes innombrables de la anatomía humana encienden las mejillas de los niños, mientras la delicia de la culpa se derrama por sus torrentes sanguíneos. A veces, por si fuera poco, se topan con vocablos en los que las letras se atropellan sin lógica, furiosamente, lo que no impide que Magda trate también de verbalizarlos: *sexuelle Aufklärung, reproduktive Rechte, orgastische Potenz...*

El sonido de unos pasos en el exterior corta de raíz su propósito. Alguien se ha detenido junto a la entrada. La niña reunifica los montones de papel. El hijo del zapatero le señala el armario. Retorna el manuscrito al cajón y corre tras su cómplice, que ha abierto ya las puertas del escondite. Se agazapan en el escaso espacio sobrante, entre libros y cachivaches.

— ¡La lámpara!

— Calla — ordena el niño, abriendo unos centímetros la hoja.

— ¿Oyes algo?

— Están manoseando la puerta.

— Mi madre me va a matar.

— Mientras no se den cuenta de que la ventana está abierta...

Dejan pasar los segundos. No vuelven a oír ruido alguno, al margen de unos cuantos ladridos lejanos.

— Espera un poco más.

— Vale.

Solo cuando la tensión por fin se desinfla cobran consciencia de su posición corporal. Una de las manos del hijo del zapatero reposa sobre el vientre de Magda. Le viene a la memoria la última vez que estuvo con ella en su alcoba, días antes de que el médico autorizase su vuelta al colegio.

—¿Te duele todavía?

—Pero si ya no tengo casi nada —había contestado la niña, levantándose el camisón a la altura de las costillas.

El hijo del zapatero distinguió una pequeña ristra de puntos rojos que serpenteaba por encima del ombligo, en el momento en que la madre entraba en la habitación.

—¡Magda!

Los niños la miraron con asombro, sus movimientos congelados por la desproporción del grito. La mujer se abalanzó hacia su hija para cubrirle el abdomen con la sábana.

—Aún no estás curada del todo —se justificó entonces.

—La semana que viene —añadió la niña, dirigiéndose al hijo del zapatero.

Recuerda el dibujo exacto de la cicatriz, que reproduce desplazando la yema de un dedo sobre la tela, una y otra vez.

Magda permanece inmóvil, escuchando su propia respiración. Vuelve a percibir en el estómago la misma sensación que unos minutos atrás, al entresacar los enigmáticos pero evidentemente censurables fragmentos del manuscrito del maestro. Si tuviera que describirla la asociaría con un hueco; pesa como una bola de plomo, sin embargo.

El hijo del zapatero se aventura a repetir el dibujo prolongando en varias ocasiones el recorrido del índice. Llega al final hasta los senos, apenas dos brotes de carne en torno a sendas cumbres de terminaciones nerviosas.

—Me haces cosquillas —dice ella, traduciendo así su desconcierto.

—Perdona.

—Vámonos ya.

El niño obedece. Retira la mano y abre la puerta con idéntica brusquedad. Se acerca a la ventana.

—No hay moros en la costa.

Magda apaga el quinqué y sale tras él.

Retoman el trayecto de vuelta sin añadir palabra. Alguna cosa parece haberse roto entre los dos, aunque no haya sido sino para ceder espacio a algo nuevo. Hasta el momento se habían sentido unidos por una circunstancia tan banal como categórica: ambos son hijos únicos, condición que no comparten con ningún otro niño del lugar. A partir de hoy les unirá también un secreto, incómodo por indefinido. La niña se pregunta si habrán sido víctimas de la magia de la que les habló su profesor.

—El pozo.

—¿Qué?

—El maestro dijo que esta noche se podría leer el futuro sobre nuestro reflejo en el agua.

—Pero en el pozo no se ve nada.

—Con el fuego seguro que sí.

La niña asiente y coge de la mano al hijo del zapatero, impeliéndole a acelerar la marcha.

Primero vislumbran la hoguera, reducida a una pila de rescoldos. Debe de ser más tarde de lo que creían, pues ya no hay nadie alborotando a su alrededor.

Descubren tres siluetas más allá, junto al brocal. Sus movimientos resultan lo bastante alarmantes como para que los niños se detengan. Los hombres gesticulan y vociferan; probablemente estén borrachos. Los niños se ocultan de nuevo, ahora en el hueco que ofrece uno de los portales, y tratan de identificar a las figuras.

Nada de eso es auténtico, piensa el hijo del zapatero. La imagen se desvanecerá en unos segundos. Los tres espectros volverán al lejano

mundo al que pertenecen: el de los sueños, el de los muertos. Es el final de una película.

Es el inicio de una película, piensa la hija de Magdalena. Pero ¿qué habrá sucedido con anterioridad?, se dice, agarrada a un saliente. ¿Qué ocurrirá siempre antes de que el proyector comience a vomitar su ejército de fantasmas, qué historia hay antes de la historia que se nos muestra?

Se siente culpable: quizás, reflexiona, exista alguna relación entre su transgresión en la escuela y ese cuadro trascendental que está presenciando. La hay, decide; tiene que haberla. ¿Estará en su mano, por tanto, hacer algo al respecto, o ha de permanecer en cambio inmóvil, consentir que la realidad se desmorone alrededor de esos hombres y de su danza lunar?

Un brillo metálico anuncia entonces el fin de la discusión, el dictamen brutal, el desenlace de la escena; la insoslayable trayectoria que unirá todos los pasados y todos los futuros en un semicírculo perfecto.

III

La coalición simultánea

Solo tienes que vivir y la vida te dará fotografías.

HENRI CARTIER-BRESSON

El sol entra de pleno por la ventana del estudio, convierte la pantalla en un desierto cegador. Bajo un par de palmos la persiana. Bebo café frío. Pierdo una hora mirando fotos de vacaciones ajenas en las redes sociales.

Solange y Silvia salieron esta mañana para disfrutar de ese invento satánico conocido comúnmente como *playa*. Parecía un plan perfecto: ellas no oirían mis reglamentarias quejas, y yo dedicaría la jornada a hacer cualquiera de las muchas cosas que jamás hay tiempo de hacer. El problema es que no tengo idea de cuáles pueden ser tales cosas, por lo que acabo lamentando no haberlas acompañado. Refunfuñar, al fin y al cabo, no es tan mala ocupación: una manera como tantas de ir pasando el verano.

La actividad humana se me antoja reducida a su mínima expresión bajo el peso de este domingo de mediados de agosto, doblemente domingo. Me descubro consultando con insistencia mis cuentas de correo, ansiando algún mensaje que no sea *spam*, una tímida señal de vida.

En una de esas rutinarias prospecciones, por fin, una botella con carta.

«He aprovechado las vacaciones para escribir este relato inspirado en vuestro *terrorífico* valle y en algunas lecturas laterales de mi tesis», explica Paula. «Jonás me ha ayudado mucho, sobre todo con las referencias cinematográficas. Él cree que debería alargarlo,

completarlo, por ejemplo, con fragmentos del diario del profesor, aunque yo no lo tengo muy claro. Me ha convencido para que te consulte, Marta, o me he dejado convencer.» Me da millones gracias por anticipado y añade: «Espero que a ti tampoco te importe que os haya copiado el título».

Leo.

Una historia de amoríos rurales durante los meses previos a la guerra civil, con el inevitable final trágico. Me obligo a admitir el talento que se agita entre las líneas de una narración un tanto acartonada y predeciblemente aleccionadora: el maestro idealista, la pobre viuda, la niña sabihonda, en fin, la manida noche de San Juan.

Contesto el mensaje con copia a Jonás, cuya voz en sordina percibo tras demasiadas frases del texto. Evito señalar los pasajes que sin duda suprimiría, venzo la tentación de reprocharle el fatídico nombre de los personajes femeninos y me guardo la monserga de que un cuento ha de aspirar a ser tan sutil como contundente: el soplo letal que dispersa la información sobre la página. La felicito, en cambio, tratando de resultar cercana sin llegar a sonar efusiva. Paso enseguida a darle mi punto de vista respecto a la cuestión del diario: «Pienso que Jonás se equivoca. No conocer el contenido exacto de esas páginas es la única forma de que contengan todo lo que el lector precise; un relato, ya sabes, respira a través de sus elipsis. Por otro lado», añado, «el uso de la escritura diarística en la ficción me parece a estas alturas un recurso demasiado fácil, además de considerablemente anticuado. Seguro que se te ocurren sin esfuerzo un buen puñado de novelas en las que la trama se complicaba o incluso se resolvía por la aparición repentina y más bien gratuita de un misterioso diario...».

Pero lo cierto es que comprendo también la necesidad de escuchar esa voz, de inventarla, de interpretarla, y yo misma tengo la tentación de calzarme los zapatones del maestro y dedicar la tarde a fabular algunas de sus reflexiones nocturnas. Como de costumbre, se me pasan de inmediato las ganas: un inútil destello, el entibiado sentimiento de culpa que define mi relación con la escritura.

Nunca he conseguido llevar con constancia un diario personal, a pesar de haberlo intentado en más de una ocasión. Creo que todas aquellas tentativas respondieron en realidad a la convicción de que los argumentos impuestos por lo cotidiano serían capaces de dibujar unos límites dentro de los que me encontraría paradójicamente libre, a salvo del paralizante mito de la inspiración. Una pulcra prisión desde la que forzarme a consignar mis nimiedades, sin saber siquiera por qué, durante una época en que escribir se parecía a un destino ineludible.

Me tomo otro café. Repaso las hileras de libros con el índice izquierdo, recreándome en el sonido del roce. Me detengo en los diarios, los rescato de su cárcel alfabética, los hojeo, busco la fecha de hoy, los vuelvo a dejar.

«Oscilo perpetuamente entre mi instinto y mis principios», escribe Amiel el 17 de agosto de 1865. «Mi diario es mi procedimiento para sentirme existir.»

«Tarde perdida», resume Albert Camus el 17 de agosto de 1954.

«Si leéis este diario después de mi muerte», dice Cocteau, justo un año antes, el 17 de agosto de 1953, «os preguntaréis sin duda por qué los párrafos pasan inexplicablemente de un tema a otro».

El 17 de agosto de 1945, Mircea Eliade hace referencia a una novela de Huxley en la que uno de los protagonistas continúa participando de forma activa en la narración pese a haber muerto, y lamenta no

haberse atrevido a poner en práctica ese mismo recurso una década atrás.

«“Tener razón...” ¿Quién la tiene todavía...? Algunos tontos», gruñe André Gide, el 17 de agosto de 1924.

Julien Green cita una frase de san Agustín, el 17 de agosto de 1992: «“Todo lo que acaba es demasiado corto”».

«Oscuro, suave, y húmedo», se limita a anotar Gerard Manley Hopkins el 17 de agosto de 1868.

Ionesco, por su parte, se queja del frío que siente la mañana del 17 de agosto de 1986, domingo. Le embarga una sensación extraña, una angustia, escribe, «diferente de la angustia habitual». Frente a ella, decide permanecer pasivo, no hacerse preguntas. Constata que el cuaderno que está utilizando es incómodo, con sus estrechas cuadrículas que dejan «poco lugar para formar las letras».

Lo cotidiano y sus líneas horizontales. La memoria y sus líneas verticales. La vida constreñida por ese armazón convencional.

Jünger comenta que ha soñado con un vecino muerto varios años atrás. El hombre lo escuchaba hablar con otra persona, medio dormido en un sillón. Luego se levantaba y le daba la mano. Ese apretón, afirma, el 17 de agosto de 1991, «fue suave, pero más vivo que nunca».

Katherine Mansfield se sorprende de que hubiera una época en la que le gustara Turguénev, cuya escritura considera al cabo, el 17 de agosto de 1914, hipócrita y afectada.

A Carmen Martín Gaité la aflige su escasa concentración. Se siente sobresaltada, el 17 de agosto de 1978, «por las vanas sollicitaciones del mundo». El tiempo, escribe, «se empantana y se fragmenta».

«Había frases que me rondaban la cabeza: “*rêve éveillé*”, sueño despierto», cuenta Anaïs Nin, el 17 de agosto de 1935. También que corrió hasta el domicilio de Henry Miller, que se sentó ante su

máquina de escribir y que logró redactar sin interrupción cinco páginas de su nuevo libro, desesperadamente, «de un modo nuevo».

«No importan los nombres. ¿Son algo más que nombres al azar, nombres casuales?», se plantea Cesare Pavese el 17 de agosto de 1950, pocos días antes de suicidarse.

«No sé cómo abordar su presencia. No sé si es un ángel», medita Alejandra Pizarnik, el 17 de agosto de 1965, «o si constituye una nueva trampa».

El 17 de agosto de 1896, Jules Renard asegura que solo le falta «el gusto por la oscuridad».

Julio Ramón Ribeyro se indigna el 17 de agosto de 1950 por su naturaleza enfermiza, y cree que debería aprender a no derrochar energías, contentarse con «alcanzar prestigio en pequeñas cosas espirituales».

«Me descubro extranjera», escribe Susan Sontag el 17 de agosto de 1949. Y luego: «*Ich bin allein* [“Estoy sola”]», permitiendo así a la extranjera en cuestión hablar en su lugar, esto es, a través de ella.

Abro por último, cansada ya del juego, el diario de Sofia Tolstói, y escucho su voz ejemplarmente espectral, el resignado susurro de la mujer de un genio: «17 agosto de 1904. Mi hijo Liova y Varia Nagórnova están tocando a cuatro manos un quinteto de Mozart. También a mí me apetece tocar, se me hace difícil escribir mientras escucho música».

Tal vez no podía escribir porque se acordaba de aquel joven pianista con el que pretendió compensar el infierno vivido junto al santón de su marido, pienso.

Rebusco entre los vinilos del abuelo de Solange y acabo poniendo el único quinteto para clarinete que, según leo en la carpeta, Mozart llegó a componer.

Me siento en un sillón. Cierro los ojos.

Me despierta el teléfono. Solange dice que no la espere para cenar. Ni ella ofrece más explicaciones ni yo las demando. Consulto el correo de nuevo. Paula ha contestado. Me da las gracias con machaconería por la diligencia de mi lectura y asegura estar muy satisfecha de que comparta su criterio. Jonás también responde, aunque solo a mí. «Mira», dice: «estábamos equivocados». Adjunta las imágenes de dos antiguos programas de la Fimoteca, sobre los que ha trazado círculos de lápiz alrededor de las fechas de un par de pases. «Según estos maravillosos incunables conservados entre mis pilas de basura fetichista», revela, «la última que vimos allí juntos fue *Eyes Wide Shut*, y no *Le rayon vert*, como creíamos. Lo cual, estarás de acuerdo, es poéticamente cruel (o cuando menos cruelmente poético), además de la enésima demostración de que no somos más que vulgares esclavos de nuestra memoria».

Jonás y sus grandes frases. Jonás y su incombustible nostalgia: la inofensiva necrofilia de Jonás. Me asalta la duda de si no le habrá pedido a Paula que me escriba con el verdadero propósito de que yo también rebusque entre mi escasa basura fetichista, ya que no hace mucho le prometí que escanearía el cuaderno para enviárselo. En lugar de recurrir a ese truco barato, el diario del maestro, podría recordármelo sin rodeos, en cualquier caso; ni que custodiase los papeles de Aspern...

Busco vídeos de *El rayo verde*. Veo un fragmento de una entrevista en la que Rohmer comenta que se trata de la primera de sus películas donde aparece música externa a la acción. Veo después una de esas escenas endémicamente francesas concebidas en torno a grupos de amigos que comen, beben vino y debaten cualquier cuestión imaginable en el jardín de una casa campestre. Veo también, por supuesto, la archiconocida escena final, el momento en que, sentados

en el muelle, la protagonista y un tipo que acaba de conocer están a punto de ser obsequiados con el efecto óptico que da título a la película. ¿Sabes qué es el rayo verde?, dice ella. No, dice él, ¿qué es? Es el último rayo del sol poniente, aclara, Verne escribió un libro al respecto. No lo he leído, dice él. ¿Trae suerte? No, no, nada de eso. Te permite conocer... Guarda silencio. ¿El qué?, inquiera él. Espera, ahora te lo digo, contesta ella. Siguen atentos al sol que se desliza por la línea del horizonte. Él insiste: ¿Qué te permite conocer? Y luego: ¿Estás llorando? Y ella, entre lágrimas: No, no quiero llorar. No llores, dice él, mientras la abraza. Mira, mira.

Trasteo en la balda superior de mi armario, localizo, bajo un jersey de lana que ya no me pongo, pero del que soy incapaz de deshacerme, una estriada bolsa de plástico de la que extraigo el apergaminado sobre en el que conservo el cuaderno, un centenar de páginas en las que se suceden ideas relativas a todo tipo de proyectos de escritura, reformuladas con insistencia y acompañadas de citas y reflexiones acerca de numerosos autores y obras. Un diario, en efecto, pues las anotaciones están fechadas, solo que sin la más mínima referencia a nada que no tenga que ver con la literatura.

Hubo un tiempo en que solía pasar sus páginas con la infantil esperanza de que compareciese de pronto un sesgo novedoso, un pasaje que hasta ese instante hubiese permanecido inexplicablemente invisible, una sola frase que antes no hubiera alcanzado a descifrar de forma correcta y cuyo sentido real habría de brotar ante mis ojos con una claridad violenta, inequívoca, suficiente para reiluminar el resto de signos que allí se apiñaban y subvertir su frío cómputo de posibilidades retóricas. Lo hojeo ahora en busca de otro 17 de agosto más, procurando considerarlo, siquiera durante tan breve proceso, como el simple y distante diario de un escritor

cualquiera. Pero no encuentro ninguno, conque lo guardo y vuelvo al salón.

Pongo de nuevo el quinteto para clarinete de Mozart. Me acomodo de nuevo en el sillón, los ojos de nuevo cerrados. Intento imaginar entonces cómo sonaría si de repente desapareciera, si eliminásemos, si por el motivo que fuera dejásemos de oír ese instrumento...

Así.

Las miradas de los ocupantes de la barra se entrecruzan, se saludan las dentaduras, salpicadas de café. Mastico una tostada, echo un vistazo al periódico, bebo mi zumo de naranja industrial. Apenas se dibuja un rastro en el fondo de la copa, una lástima, no habrá hoy posos frutales que leer, ningún oráculo que acompañe la saturación de las papilas, la acidez que lubrica mi faringe ni el frío pálido que reviste la boca de mi estómago. La ancestral sabiduría del camarero chino parece compadecerse de mi decepción.

Lo veo llegar. Disimulo. Se aproxima. Nos saludamos.

¿Quieres tomar algo?, pregunto.

Prefiero que nos vayamos ya, Cecilia, si no te importa.

Pido la cuenta. Mientras espero, rasco el logotipo de una marca de cerveza que decora la parte exterior de la copa vacía. Un poco de pintura verduzca impregna el canto de la moneda. Pienso en un doblón recubierto de moho al abandonarla sobre el platillo.

El bar donde nos hemos citado queda muy cerca de una pensión en la que, según me informa, ya ha estado otras veces. Ese pretende ser su juego: demostrar que soy una más. El mío, hacerle ver que no lo he escogido por ningún motivo en concreto.

Me gustó tu nombre, argumento.

Quizás sea falso, dice él.

Aún mejor, replico, saliendo del ascensor.

No le he mentado: buscaba por internet la pista de antiguos novios

y me topé con la suya. Por alguna irresistible casualidad, no solo se llama o dice llamarse igual que un tipo con el que pasé todo un verano, hace ya varios siglos, sino que se parece mucho más a aquel adolescente rubio y demasiado flaco que el auténtico, al que también localicé convertido en un abotargado abogado, calvo como un Buda, propietario de dos coches y cuatro hijos a los que fotografía hasta la náusea.

La habitación, incongruentemente monacal, y cuyo precio por horas ha sido declamado con insistencia por el busto parlante de la recepción, luce como exclusivo ornamento un cuadro barnizado de mugre encima de la cabecera de la cama. Entro en el aseo, salgo, nos besamos junto a la puerta, nos separamos, nos desnudamos. Tiro la ropa en una silla, un cordón del vestido cuelga hasta el piso. Una bota se mantiene en pie, la caña flácida caída; su compañera yace recostada a su lado.

Tiene una buena polla, con un grueso glande de color violáceo que acomodo sobre mi *Russian Red* recién recompuesto. Pero enseguida comienza a empujar con fuerza, por lo que me yergo, le agarro la cabeza y lo obligo a amorrarse entre mis muslos. No parece molestarle.

Había un cuadro similar en el salón de mis padres, todavía más horroroso. Observo la bucólica choza, la idílica puesta de sol, el preceptivo riachuelo, el rudo pastor que se abalanza sobre una oveja descarriada, y no alcanzo a reprimir una carcajada en cuanto advierto que la impericia del pintor ha convertido un ingenuo paisaje silvestre en una provocadora apología bestialista.

Me has hecho cosquillas, alego ante mi concentrado lamedor.

El resto del polvo es un intercambio de posturas sin mucho criterio. Está claro que desea demostrar la amplitud de su repertorio. Dado que es bastante más joven que yo, se me ocurre una coartada

generacional. Hombres y mujeres educados en los clichés del porno de fácil acceso. El sexo como un hipertrofiado muestrario de imágenes. ¿Se estará imaginando ahora a sí mismo, contemplándose desde fuera, mientras me azota el culo o me agarra del cuello, tratando de que la escena se parezca lo más posible a alguna de las que se multiplican cada segundo en millones de pantallas de todo el mundo?

Procuro dejar de pensar y me esfuerzo en correrme de una vez.

¿Nos veremos otro día?, pregunta al acabar de vestirse, recobrando la pose desganada. No lo creo, contesto, y de inmediato compruebo el efecto de mis palabras. Así que las matizo, innecesariamente compasiva: Ha estado bien, pero nunca repito.

Nos despedimos en la primera esquina y seguimos caminando en direcciones opuestas. Regreso a la oficina. Entrego un justificante médico falsificado. Almuerzo en un indio. Callejeo. Me miro de perfil en los escaparates. Pienso sin cesar en mi conversación de ayer con Paula. ¿Cómo no me iba a desconcertar verla en la puerta de mi trabajo, esperándome? Por suerte supe contenerme, y únicamente cuando ella hubo hablado cedí al impulso de confesarle mis sospechas previas. Casi me enterneció su expresión al exclamar: ¿Jonás?, agrandando sus ojazos y llamando la atención del resto de clientes de la cafetería, en especial de un par de viejos que ya no le quitaron las cataratas de encima. Me juró por triplicado que jamás ha habido nada entre ellos, ni la más mínima insinuación. Llevamos muchos años juntos, dije, y estas cosas pasan. Jonás adora a Roberto, dijo. Sí, pero nunca se sabe, dije. Lamento que hayas creído que, repetía. Decidí no dudar de su sinceridad. Curiosamente no sentí alivio alguno. ¿Reconoceré que fue algo más cercano a la decepción lo que me asaltó en aquel instante? Minutos antes me había contado que una amiga suya había visto a Roberto besándose en un coche con

una mujer, así de vulgar, había dicho, como en una película barata, y que entonces ella decidió seguirlo, como en una película más barata aún, y que se sintió ridícula jugando a los detectives, y que sí, en efecto, era verdad, una gorda que le saca un palmo, dijo, y que él se excusó diciéndole que se trataba tan solo de una antigua compañera de estudios, y diciéndole luego que se trataba tan solo de una lectora, y diciéndole después que se trataba tan solo de una lectora que había sido su compañera de estudios. Pero ya lo sabías, ¿no? Más o menos, dije, mientras pensaba en el sujeto de hoy y me preguntaba si necesitaba pretexto alguno para quedar con él. De todos modos, añadió, esto no ha sido más que el desencadenante, lo cierto es que nuestra relación ya había cumplido su ciclo, o que el amor es cíclico, o cualquier chorrada por el estilo. Pero ¿por qué me lo explicas a mí?, protesté entonces. No quiero que contéis solo con la versión de Roberto, dijo, sabes que os tengo mucho cariño a los dos, aunque con Jonás no me atreva a hablar todavía, parece mentira. Sus palabras me llegaban reblandecidas, como si las oyera bajo el agua. Tomé la decisión de anular mi cita de hoy. Me habló de su madre, de su analista, de Roberto, de los problemas con el alcohol de Roberto y de nuevo de su madre. Le dije que la entendía y tomé la decisión de acudir a la cita de hoy. Me habló de la forma en que Roberto coartaba su creatividad. Le suministré algunos tópicos consoladores apenas maquillados y tomé la decisión de meditar durante la noche si acudía o no a la cita de hoy. Me habló del progresivo peso de la escritura en su vida y del relato con el que Jonás le echó una mano este verano. Permití que siguiera desahogándose, justificándose, disculpándose ante mí en calidad de interlocutora vicaria. ¿Estás con alguien?, pregunté por fin. No, me dijo, retirándose un mechón de los ojos. Decidí no creerla. Fui al lavabo y a la vuelta, sin pensarlo lo suficiente, le ofrecí la primicia. Se puso a llorar, ignoro si a causa de

la emoción, de la envidia, del sentimiento de culpa o un poco por todo.

Paso junto a una galería en la que hay en una exposición que nos recomendó Solange y que Jonás ya ha visitado por su cuenta, después de pedirme sin éxito que lo acompañara: el tipo fue alumno de Larry Clark, me dijo, pese a que yo no tuviese idea de quién era Larry Clark (un director de cine, por supuesto) ni excesivo interés en descubrirlo. Compruebo que está a punto de clausurarse. Me impongo entrar para descansar un rato de mi latoso monólogo interior.

Las imágenes de Antoine D'Agata me sorprenden favorablemente. Todas ellas muestran cuerpos desnudos, con frecuencia tumbados, retorcidos, desenfocados, deformados por la luz o por la estela de sus propios movimientos, rodeados por un manifiesto halo de dolor. Es obvio que dialogan con Francis Bacon, pero también con Goya, puede con Caravaggio, o incluso con las menos evidentes figuras de Spilliaert, reflexiono, en busca de alguna correspondencia con la que descolocar a Jonás. Frente a un esquelético desnudo dorsal ofrendado sobre una cama roja me viene a la memoria un hábito que tenía con doce o trece años: pincharme con un alfiler en la zona superior de los brazos, en el vientre, a veces en los muslos, esperar a que brotaran minúsculas gotas de sangre, siempre ordenadas, formando a menudo algún dibujo geométrico, y expandirlas luego con la yema de un dedo hasta unir las. En la pared del fondo, entre dos retratos sin título de prostitutas camboyanas, hay una frase del autor impresa en grandes caracteres: «Hago fotografías como un alcohólico llevaría un diario íntimo».

Salgo de la galería. Compró unas pizzas congeladas. Me dirijo hacia el metro. A medio camino creo ver a mi acrobático amante matutino. Me oculto en un portal. Enseguida me avergüenzo de lo absurdo de mi reacción. Compruebo, aun así, que no se trata de él.

Jonás llega a casa en el momento en que termino de ducharme. Orina mientras me seco. Le pregunto cómo se encuentra Roberto. Peor, dice; procura disimular, pero lo conozco de sobra: está destrozado. Solo faltaría que no lo estuviese, replico. Y eso que se veía venir, dice. ¿El qué?, digo. Lo de Paula. ¿A qué te refieres? No sé, la edad, las circunstancias, contesta. Las circunstancias, repito. Su madre, ya sabes. ¿Tú nunca lo has pensado? Hoy he visto un cuadro terrible, digo, idéntico a otro que tenían mis padres. ¿Dónde?, dice.

Cenamos. Me planteo si debo, si quiero describirle mi conversación con Paula. No todavía, tal vez más tarde, puede que mañana, demasiados asuntos que considerar, demasiados puntos de vista compitiendo por ensamblarse, por ceder espacios, por superponerse al resto. Él, entretanto, me va proporcionando más detalles sobre las redundantes lamentaciones de Roberto, quien sigue empeñado en que la culpa de todo la tiene el terapeuta de Paula. Si al menos se hubiesen liado, lo entendería, dice Jonás que ha dicho, aunque ni siquiera sea argentino. Me extirpo una sonrisa. Le pregunto si Roberto cree que ella está con alguien. Cree que sí, confirma.

¿Y tú?, digo. ¿Tú qué crees?

Yo diría que no, dice. Pero tampoco me apostaría nada.

Dice también que ha intentado convencerlo de que no anule la conferencia que tiene que dar la semana que viene en una fundación. Resulta que ese día hará justo un mes de la fatídica jornada en que ella, su ego y su superego abandonaron el domicilio conyugal. Cómo pasa el tiempo, digo. Y bueno, dice él, los aniversarios amargos se cumplen cada mes, como mínimo al principio. Roberto, en definitiva, no se ve con ánimos, pero a Jonás le parece una forma inmejorable de que comience a recobrar la normalidad.

Digo: Tienes toda la razón.

Digo: Estoy embarazada.

Digo: ¿Te apetece algo de postre?

Acabo de escribir un poema.

Creo.

Hacía años que no escribía un poema. Más de una década, quizás.

He escrito un poema sin apenas escribirlo. Un poema que se ha escrito solo. No sé si es bueno. No sé si lo destruiré dentro de un rato. No sé si es un poema. Pero es un poema.

El poema que acabo de escribir habla del pasado, como todos los poemas. ¿De dónde ha salido el poema? Los poemas no salen de ninguna parte. Estaba en el mismo sitio desde siempre, únicamente había que encontrarlo. El poema habla de un pasado ficticio, como todos los pasados. En ese pasado alternativo estaba yo, aunque no era exactamente yo. Alguien que se parece a mí camina por el poema. Gira esquinas. Piensa en el propio poema. Llega a una casa. Se acuesta con una mujer. Sigue pensando en el poema mientras ella duerme. Luego es él quien duerme y sueña con el poema, y sueña con que ella lo mira mientras él duerme. Después se despierta, ella sigue durmiendo, él se va y decide no escribir el poema.

En el poema no aparece Paula. En el falso pasado del poema no existen Paula ni la madre de Paula. Pero el poema habla de Paula, en cierto modo. El poema no se ha construido sumando palabras. El poema ha nacido como una sima por la que se precipitan las palabras. Las pocas palabras que quedan colgando de los bordes de esa oquedad son el poema. El poema en realidad es un agujero, como

todos los poemas; la idea de un agujero. Una carencia. Una sustracción. Un pozo seco.

Días atrás una periodista me preguntó por mi primer libro; una estudiante de periodismo, de hecho, a la que concedí una entrevista para una web literaria. Esperaba que le hablase de la primera entrega de la trilogía. Mi primer libro fue un libro de poemas, dije en cambio. La chica me miró con cara de póker. Lo firmé con mi auténtico nombre, por eso nadie lo conoce. Por eso y porque es un libro de poemas. Pero en un sentido estricto, fue mi opera prima. Ah, no sabía, dijo ella. Sí, así es, dije yo. Se notaba que le interesaba un pimiento, mi libro de poemas. Lo que no impidió que le hablara de él: debe de ser culpa de la medicación. De eso hace ya mucho tiempo, dije. Yo nunca me había planteado escribir poesía, si te soy sincero. Leía a los poetas facilones que se supone que uno tiene que leer con veinte años, pero de ahí a ponerme a contar sílabas... Entonces murió un amigo mío. Este amigo, compañero de estudios y de piso, se pasaba el día dándole a la pluma. La cuestión es que algunas de sus tentativas líricas terminaron en mis manos. No, no es lo que estás pensando. Nada de plagios, lamento frustrarte la exclusiva. Digamos que los poemas de mi amigo se limitaron a desatascar mi vocación. Él ya no podía escribir, por lo que yo tenía la responsabilidad de hacerlo en su lugar. Él es, en buena medida, el responsable de que escriba. Él es, por qué no, el responsable de lo que escribo. Y con frecuencia siento como si siguiera estando ahí, empujándome, animándome a acabar cada una de mis obras. Aquel primer librito no valía gran cosa, pero tenía algo destacable: sonaba a acta de defunción de la poesía española contemporánea. De verdad, hablo en serio. Yo no lo pretendía al escribirlo, claro, pero se podía leer así. Una involuntaria parodia finisecular. Un réquiem punk. Una marcha nupcial para zombis. Como nunca hasta entonces había escrito poemas, decidí

imitar todos los estilos posibles, cuantos más, mejor. No tenía voz propia ni nada que se le pareciese, ¿entiendes?, así que solo podía escribir de prestado. Leí durante días bastantes poemarios, con particular atención a los publicados en los años previos, por aquello de las tendencias vigentes. También algún ensayo al respecto. No me fue difícil determinar las principales escuelas. Estaban, por ejemplo, los del realismo sucio, los sobrinos cañís de Bukowski, caricaturas del típico personaje malhablado, alcohólico y castigador. Te podías topar con los poetas de la experiencia, o con lo que quedaba de ellos, pues su ascendiente popular estaba ya en franco declive. Estos escribían prácticamente sobre lo mismo que los anteriores, pero en endecasílabos. Mucha madrugada rota, mucho vaso de cubata manchado de carmín, sutilezas por el estilo. En el extremo opuesto, los poetas del silencio, guardianes del valor sagrado de la palabra, adustos individuos que mediante una especie de transferencia divina componían poemas de cuatro versos llenos de palabras como *alvéolo*, *hendidura* o *subrepticio*. Incluso había defensores de la vieja poesía social, de esos que quemaban las corbatas de sus padres mientras hacían hueco en el armario para la colección otoño-invierno de pañuelos palestinos...

Las miradas de la chica, delimitadas por la prodigiosa rectitud de su caligrafía y la de su flequillo, se posaban de vez en cuando sobre la mía, sugerentemente erráticas.

El poemario, proseguí, tuvo cierta resonancia, surgieron reseñas en publicaciones especializadas, a algunos críticos les pareció un hallazgo eso de catalogar las distintas orientaciones de la poesía del momento sin que el autor se decantase por ninguna. Se hablaba de hipermodernidad, de literatura transnosequé y neonosecuánto. Me invitaron a festivales y a ciclos de lecturas. Yo me dejaba hacer. Y supongo que se me acabó subiendo a la cabeza, porque aquella fue

también la época en que decidí abandonar las soporíferas ocupaciones de supervivencia que había ido encabalgando y tratar de sacar dinero de la escritura. Me convertí pronto en un peón más de ese submundo borroso, invisible para el público, que rodea a la literatura y que devora a los recién llegados con ocupaciones a menudo nada literarias. Trabajé de lector editorial, por ejemplo, elaborando informes sobre novelas infumables. Una escuela maravillosa, te asombraría lo que la gente es capaz de escribir. No hace falta pensar en guerras o en cambios climáticos para concluir que la Humanidad está destinada a extinguirse: basta con leer lo que muchos seres humanos se atreven a enviar a las editoriales. Hacía un tiempo que había comenzado a presentarme, además, a todo certamen literario con el que me cruzaba. Los de cuento eran los más rentables, por la relación entre el montante del premio y la cantidad de minutos dedicados a la redacción de esos panfletos edulcorados y sentimentaloides, de esos ampulosos retablos costumbristas, de esos argumentos infantiles con gotas de denuncia social o de realismo mágico. Por lo común tardaban en pagar, y el galardón raramente incluía el viaje y la estancia, pero qué bonito era moverse por la geografía española a lomos de un autocar, de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, que te invitaran a comer en uno de los dos restaurantes de la villa, te emborracharas con vino del terruño y acabaras contándole tus desventuras amorosas a la concejala de Cultura, a la presidenta del jurado o a su pobre secretaria, siempre con voz, siempre sin voto. Pero de entre las numerosas sorpresas que me depararon mis viajes a las trincheras de los concursos literarios, sin duda destacó la posibilidad de conocer al gran Raimundo Iríbar Parés, un vejete que presumía de miles de premios en su inverosímil currículum. Malo a rabiar, por supuesto, aunque con un talento innegable para engatusar a jurados de variado pelaje; al fin y al cabo,

la literatura no es más que un acto de seducción. En el mundillo era conocido por sus iniciales, RIP: si se presentaba al mismo premio que tú, decía la leyenda, estabas muerto. El accésit que me permitió compartir podio con tan legendaria figura me supo a Premio Nobel. Creo que solo he pedido un autógrafo en mi vida: todavía conservo la servilleta de papel con el anagrama de la Casa de Comidas Hermanos Vidal y un par de manchas del potente aceite de la comarca que me rubricó bajo la mirada escrutadora de su lentejuelada esposa. También tenía uno la opción de ponerse a impartir alguno de los talleres de escritura creativa que brotaban como hongos en toda clase de espacios culturales, centros cívicos, fundaciones, asociaciones, librerías, galerías, bares, tiendas, trastiendas, almacenes, sótanos, búnkeres, cuevas, grutas, criptas y catacumbas paleocristianas, y así lo hice durante un lustro y medio. Ahora bien, el trabajo que busqué con más intensidad, y al que más me costó acceder, fue el de negro literario. Una experiencia fugaz, lástima, por entonces no me importaba escribir al dictado si me pagaban bien por ello, de algo hay que vivir, y en una de esas ocasiones te puedo asegurar que la remuneración fue generosa. No en los primeros encargos, desde luego, meras recreaciones biográficas de algunos empresarios jubilados con ganas de justificar sus hediondas trayectorias. Se trataba de un autor que vendía considerablemente y del que jamás hubiera sospechado que utilizase este tipo de servicios. Eso me estimulaba más aún, por fin iba a poder entregar mi escritura a una firma ajena, exitosa, con prestigio, lectores fieles y entrevistas en los suplementos dominicales. Tenía ante mí el desafío de novelar una trama histórica ambientada en nuestro cerril siglo XIX, nada menos que en el pintoresco mundo de los bandoleros. Un relato de amores y venganzas, con una aristócrata secuestrada, un secreto familiar y demás morralla. Yo siempre había querido escribir un western, por lo

que decidí convertir la Sierra Morena en un trasunto de Oklahoma o de Arkansas, y al protagonista, Roque Salinas, en un héroe con una puntería sobrehumana, un virtuoso del pistolón, un Clint Eastwood andaluz. El capítulo final era portentoso: una orgía de violencia durante la que el grupo de bandoleros capitaneado por Roque, que se ha adherido al indulto decretado por Fernando VII con el propósito de llevar una vida honrada tras décadas de crímenes (crímenes a los que, evidentemente, los habría conducido la miseria del entorno donde les tocó en suerte nacer), se enfrenta a una facción de su antigua banda reacia a tal reforma: romanticismo de alto voltaje, ya ves. Al «autor» no le gustó mucho mi perspectiva y se empeñó en someter el manuscrito a otros escribanos en la sombra. La novela quedó por completo irreconocible, y los bandoleros acabaron siendo reemplazados por unos anodinos estraperlistas; lógico, de alguna forma tenía que aparecer la puñetera guerra civil, el inevitable *topos* alrededor del que los más respetables de nuestros narradores se obstinan en revolotear como moscardones machadianos. Lo que de verdad me dolió fue la sustitución del desenlace por otro fundamentalmente ñoño y con un hedor fascistoide que tiraba de espaldas. Cobré lo prometido, en todo caso, y me sentí un Tempranillo del siglo XXI, robando a la aristocracia literaria del momento.

La chica rompió su prolongado silencio, balizado con unas cuantas sonrisas demasiado perfectas como para no ser forzadas, y me preguntó de nuevo por mi primera novela.

Eso vino más tarde, dije. Porque a aquel primer libro de poemas le sucedió un segundo libro de poemas, y casi sin que me diera cuenta. Desde mi debut no había temporada en que no me invitaran a algún encuentro de autores emergentes o a algún festival de poesía cada-vez-menos-joven, en especial después de que mis textos fueran

incluidos en diversas antologías. Lo curioso es que no existía ningún otro autor cuya obra pudiese comparecer en recopilaciones adscritas a estéticas tan diferentes, incluso contrarias: desde la condescendiente *Todo es poesía* hasta la esencialista *Cierra la boca*, pasando por la surrealizante *Perros verdes*, la culturalista *Hic sunt poetae*, la asonetada *Son estos*, la neoclásica y tirando a homoerótica *Sedas y sades*, la comprometida *Sobras del paraíso*, la intimista *Las persianas del verbo*, la vagamente generacional y eternamente sonrojante *Veinte problemas de amor y una ecuación desesperada*, la experimental *Ctrl+?* o la furibundamente antivanguardista, amén de testosterónica, *Razón, aquí*. Había comenzado a componer más poemas solo para leerlos en esos encuentros a los que me convidaban, y fue así como, poco a poco, se acumularon una cantidad considerable de textos que desembocaron de modo natural en un nuevo poemario. Era tan titubeante como el primero, pero mucho menos inocente. Si entonces no había hecho más que copiar todas las opciones estilísticas con las que tropezaba, sin plantearme en serio el sentido de esa actitud, ahora, en cambio, la fagocitación era del todo consciente e intencionada. Digamos que mi propósito era ir armando un repertorio en el que hubiera piezas a la medida de los distintos tipos de público posibles, algo así como un karaoke poético, una lista de poemas que me permitiese, echando una ojeada al personal, decidir con soltura qué leer cada vez. El poema que más a menudo recitaba llevaba por título «La piel de los días», y describía una aventurilla sexual en un concierto de verano que culminaba con un conmovedor dúo donde ecos de Miguel Hernández sobrevolaban los lúbricos lamentos de una canción de Radiohead: «Tienes muchas pieles, pero todas / me hacen llorar». Carne de gallina garantizada. Si el público era muy joven, optaba por incluir jerga tecnológica, hacía referencia a cómics o a videojuegos, recurría a frases en inglés

urbano. También había poemas en verso blanco para audiencias de mayor edad y gustos más aburguesados, o poemas en prosa sin puntuación, avasalladores y logorreicos, para recitales en tugurios especialmente pedantes y públicos avezados en las últimas tendencias. Aunque te reconozco que en bastantes ocasiones solo tenía que hacer pequeñas modificaciones léxicas para lograr ajustar el texto en cuestión, sustituir un «burdeos» por una «birra», un «sexo» por una «polla», un «jodido» por un «*fucked*», cosas así.

Los esfuerzos no verbales de la chica por reconducir la conversación empezaban a ser dolorosamente obvios, así que cambié de tercio, entre complacido y compadecido, y pasé por fin a recitarle varios párrafos de frases promocionales sobre mi trilogía. Apuró su segundo café con leche. Hice lo propio con mi segundo whisky. Todavía tengo alguna pregunta más, dijo, tras retirar con una servilleta el rastro de espuma que adornaba su vivaz arco de Cupido. Por supuesto, dije, todo tuyo. Activó la grabadora de su móvil (en verdad no sabría decir si la había apagado antes o si en ningún momento la había llegado a conectar) y preguntó: ¿Qué le aporta la novela negra? Los griegos tuvieron la tragedia y la comedia, improvisé. Nosotros tenemos la novela negra y el periodismo. ¿Qué opina del periodismo literario? Es un delicioso oxímoron. ¿Y de la autoficción? Toda escritura es autoficción. ¿Y de la metaficción? Toda ficción es metaficción, el realismo no existe. ¿Qué está leyendo ahora? ¿Qué está escribiendo? ¿Planea una nueva trilogía? ¿Piensa probar suerte con otro género? ¿Lee las críticas de sus libros? ¿Dónde escribe? ¿Cuándo escribe? ¿Cuánto escribe? ¿Tiene usted manías de escritor? Contesté más o menos lo mismo de siempre, miré el reloj, pagué la cuenta. Me pidió permiso para enviarme además un breve cuestionario destinado a la otra publicación en la que colaboraba, no quiero abusar, dijo, no hay problema, dije, y le

pedí a cambio que quedásemos de nuevo para hacerle yo también algunas preguntas: mi próxima novela la protagoniza una chica de tu edad, tendría que ponerme al día en determinados aspectos. Me dijo que OK, se apartó el pelo de los hombros, que en cuanto acabara los exámenes, se recolocó el bolso, seguimos en contacto, dijo, entre beso y beso, el segundo muy cerca de mi comisura derecha. De vuelta en casa hojeé el único ejemplar que conservo de mi ópera prima. Luego busqué el original, escrito a mano, casi virgen de tachones, casi idéntico al publicado. Lógicamente rescaté también los poemas de mi involuntario Pigmalión, hacía todavía más tiempo que no los leía, y eso que Jonás me pidió no hace mucho que se los prestara, no sé para qué cojones los querrá. Por último exhumé de las profundidades de un disco duro varios de mis polvorientos, deformes, inacabados proyectos, les eché un largo vistazo y consideré incluso la posibilidad de darle una oportunidad a la que menos me desagradaba de todas aquellas historias, a tales extremos me está abocando mi sequía creativa.

El protagonista de *La tortuga* era un individuo de existencia gris obsesionado con el sexo virtual. Mauro consigue contactar con una antigua compañera de colegio con la que se masturba por las noches frente a la pantalla. Se citan, sus juegos eróticos progresan, y un día ella le propone visitar un local de intercambio de parejas, su gran fantasía pendiente. Así lo hacen. Al principio él se siente bastante cohibido. El olor, una inoportuna mezcla de incienso y desinfectante, le resulta insoportable. La mayoría de los clientes se parecen a ellos más de lo que esperaba: cincuentones que ven cómo la vida se les empieza a escapar, treintañeros avejentados, ancianos fanáticos de la Viagra, señoras con mechas y labios inflados, espejos unos de otros, el mismo cansancio disfrazado, la misma gestualidad nebulosamente teatral. Perciben enseguida que hay una serie de códigos que deben

aprender si quieren sacar algún provecho de la experiencia. Observan, pues. Luego imitan. Se dejan llevar. Una pareja de mediana edad se les acerca. Charlan con ellos. Son habituales del lugar, saben de qué va el tema, buscan carne fresca. Se desplazan a un rincón más tranquilo. La señora procede a manipular el miembro de Mauro. De repente fabrica un rictus delicioso, reprime un grito, llama a su marido, quien estaba a punto de hundir su nariz entre los muslos de la chica. Le muestra la verga medio erecta, que sostiene sobre la palma de una mano. Asombroso, exclama el marido. La mira desde la izquierda; la mira desde la derecha; felicita a su desconcertado poseedor y retoma su labor cunnilingüística como si nada. Mauro no tardará en averiguar que la pareja la forman dos personajes muy conocidos en los ambientes *swinger*, poseedores de una considerable fortuna que les permite organizar fiestas sexuales exclusivas en las que sorprenden a sus invitados con todo tipo de curiosidades. Convencidos de que la peculiaridad de Mauro contribuirá a animar la siguiente reunión, deciden invitarlo, aunque el propio Mauro no acaba de entender a qué responde tanto interés, lo suyo es una simple mancha de nacimiento, enorme, eso sí, y muy oscura, que le recubre la mitad del aparato viril. El hombre con la verga de dos colores, anuncia el anfitrión desde el centro de una sala llena de individuos de filiación incierta. Aquella noche es el más solicitado de la orgía, el protagonista absoluto de la velada. Pronto es convidado a fiestas similares, de las que se convertirá en un habitual. Mauro descubre que esa puede ser también una fuente de ingresos. Comienza a concebir ingeniosas variantes de los juegos con los que se va cruzando en un universo hasta hace poco ignorado, y advierte que tiene talento para ofrecer al público propuestas capaces de vencer el hastío al que la costumbre y el exceso de dinero tienden a abocar. Se hace un nombre, cobra prestigio, sus servicios son

solicitados para dar el toque de extravagancia a toda bacanal de lujo que se precie. La narración se centra entonces en la descripción de las perversidades que Mauro inventa, cada vez más imaginativo, más seguro en su nueva profesión. El asunto, por supuesto, se le irá de las manos. Obsesionado por el más difícil todavía, Mauro osa inspirarse en una técnica de tortura medieval, *la peine forte et dure*, inglesa, a pesar del nombre, y conocida también como *la tortuga*, un método de aplastamiento consistente en una sencilla tabla sobre la que se va sumando carga de forma gradual. En su adaptación como juego parafílico, las rocas con las que se solía aplastar el cuerpo tendido del prisionero son sustituidas por el peso corporal del resto de participantes, quienes pisotean la madera (descalzos algunos, provistos otros de zapatos de aguja o de botas militares) en torno a un estratégico orificio por donde asoman los atribulados atributos del sumiso. Su ocurrencia resulta un completo éxito. Pero al final de la sesión, cercana ya la mañana, uno de los concurrentes sufre un colapso debido a la desmesura del peso soportado. Los intentos por ocultar el accidente serán infructuosos: la víctima es un respetado juez, y los medios de comunicación se lanzan como lobos sobre la carnaza. A partir de aquí la novela debía derivar hacia lo policíaco, y la acción girar alrededor del triángulo compuesto por la inspectora encargada del caso, la presentadora del programa sensacionalista de moda y el tarugo de Mauro, progresivamente superado por las circunstancias, atrapado una vez más en su mediocre caparazón, boca arriba como una tortuga moribunda. La alianza entre las dos ambiciosas mujeres provocaría que el protagonista acabase cargando no solo con este fiambre, sino también con la responsabilidad de otros accidentes previos producidos en circunstancias análogas, de los que sus verdaderos culpables habrían logrado desvincularse gracias a sus incalculables influencias.

Ah, los cabezas de turco, los perfectos antihéroes. Recuerdo que me lo pasé en grande pergeñando esta mamarrachada. Constaté de paso que el sexo, en literatura, o se aborda con humor o se aborda con crudeza, no admite medias tintas. Cualquier pretensión de poetizar el sexo desemboca sin remedio en las estancadas aguas del kitsch. El sexo no tolera metáforas, seguramente porque es la mayor de las metáforas. De la propia literatura, sin ir más lejos: siempre igual, pero siempre diferente, pero siempre igual. Comenzaba a reconocer, asimismo, la prometedora vía de escape que la novela de género ponía ante mis narices. ¿Podría algún día limitarme a rellenar un molde, su matriz, esas felices estructuras que me regalaba, brindarles mi voz con satisfacción, prescindir por fin de tantas estériles deudas literarias, de tantas arbitrarias penitencias creativas? Malgasté todavía un precioso tiempo antes de hacer caso a mi instinto y convencerme de que no tenía por qué esperar el advenimiento de ninguna voz única e inconfundible, al contrario de lo que creía cuando calcaba poemas. Mi voz podía permitirse el lujo de ser una voz prestada, como la de la mayoría: ¿qué había de malo en eso? Nadie es original, aunque haya algunos que lo disimulen mejor que otros, llevamos siglos haciendo lo mismo, dedicados a imitar sin que se nos note en exceso.

Recibo un correo de mi periodista en flor favorita, que trae adjunto el puto cuestionario Proust. Me propone quedar la próxima semana. Durante un rato me esfuerzo por ser lo más sincero posible conmigo mismo y decidir si en realidad me apetece. Estás acabado, me digo, tras concluir que no. Luego, por la noche, me llama Jonás, como casi cada día, y un poco más tarde me llama mi agente, como casi cada semana. ¿Qué tal andas?, pregunta. Y yo entiendo: Estás escribiendo, ¿verdad? Todo en orden, respondo. Obviamente no existe esa novela

que mi agente cree que existe. Ni la he planificado, ni la he concebido, ni por ahora parece que haya demasiadas posibilidades de que se materialice sobre mi escritorio. Por mucho que procure apartar de mi mente la absurda idea de que mi obra y Paula no puedan existir por separado. De que acepte con deportividad la ironía de que su marcha haya coincidido con los estertores mediáticos de mi último libro. Con ese inapelable momento en que a uno le exigen volver a producir. Paula es la protagonista exclusiva de la historia en la que trato de no pensar y en la que no paro de pensar. Solo Paula dicta el monocorde argumento que se infiltra en mi conciencia como el más pegajoso de los estribillos.

Cuatro meses y cuatro días, me recuerdo en voz alta con abaritonado timbre de narrador. Durante esas tres mil horas me han asaltado infinidad de tentaciones, en su mayor parte bastante insensatas; contactar con la madre de Paula, por ejemplo, tanto tiempo después. Finalmente no he hecho nada. Nada que no sea intentar averiguar dónde está Paula, con quién, qué hace, revolverme en el lodo del pasado, sentirme atrapado en la letra de una canción pop, lo normal, o sea. No tengo idea de dónde puede estar Paula. Nadie lo sabe, o nadie que lo sepa está dispuesto a decírmelo. Como si se hubiera evaporado. Como si no hubiera existido nunca.

Y hoy, de pronto, he escrito un poema, que ni siquiera sé si es un poema, pues hace mucho que ya no leo poemas, más de una década, quizás. ¿Cómo se escribe un poema hoy en día? Ni idea. ¿Qué poemas escriben ahora los que aún escriben poemas? ¿Qué poemas escriben aún los que ahora escriben poemas? ¿Qué poemas aún los que aún escriben? ¿Qué poemas ahora los que ahora?

A mi agente no le he hablado del poema. A mi agente no le he hablado de mis prehistóricos proyectos narrativos, le daría un soponcio si le plantease una novela cambiante y resbaladiza, una

novela con la piel del revés, sin personajes melodramáticos, sin sorpresas bien calculadas ni un desenlace glorioso. A mi agente no le he hablado de versos apremiantes ni de narraciones contrahechas, pero acaso acabe hablándole de mi diario. Del diario que comencé al poco de que Paula abandonara mi cama y que crece a una velocidad desesperada, noche tras noche. Puede que sea buena idea publicarlo, se me ocurre. ¿Estará todavía en boga la puñetera literatura del yo? Renovarse o morir. Renovarse y morir.

En mi diario hay vanidad y autocomplacencia, claro está. En mi diario me desprecio y me fustigo a placer, como es debido. Escribo sobre el pasado, sobre el que existió, el que pudo, el que hubiera tenido que existir, sobre mi presente sonámbulo, sobre su textura acartonada y febricitante. En mi diario, en realidad, no hablo tanto de lo que me sucede en cada jornada como del pozo al que me asomo en cada jornada, el húmedo túnel o agujero de gusano que serpentea a lo largo de mis cuatro décadas. Recuerdos falsificados. Salvoconductos con forma de cuerpo. Fragmentos de cuerpos o fogonazos de cuerpos. De la metralla del tiempo, en fin. Del tiempo como un cuerpo mutilado.

Ya lo estoy viendo, le diré a mi agente. Ese libro sobre el que me desangro, insomne y feroz, caerá como una bomba en las mesas de novedades, hazme caso. Un libro que no nació como un libro, pero que va camino de parecerse a un libro. A mi gran libro. Nada menos que un diario íntimo, intimísimo, imagina. Un diario sin tapujos, servido en crudo. Un diario visceral, eviscerado. Detallado hasta el exceso. Escabrosamente desmedido. Ejemplarmente inmoral.

Un diario de ficción, por supuesto: como todos los diarios.

Un autorretrato en el espejo roto de un coche abandonado.

Un charco en el que se desdibuja un edificio en construcción.

Dos perros siguiendo direcciones opuestas, cada uno de ellos en un extremo del encuadre, de modo que solo vemos sus patas posteriores y sus colas, una hacia arriba, la otra hacia abajo.

Un *vernissage* en el que ninguno de los numerosos asistentes presta atención a las fotos que cuelgan de las paredes, inmersos en sus respectivas conversaciones, pendientes de sus teléfonos o de las bandejas de canapés.

Niños corriendo ante un muro en el que figura grafiteada la frase «El tiempo es una invención de los que nó aman», la tilde volátil, un balón por los aires.

Una piscina llena de adolescentes salpicándose mutuamente, un anciano en escorzo hace visera con una mano.

Una playa vacía, invernal, tres figuras lejanas, una sentada en la arena, una alejándose hacia el paseo marítimo, otra acercándose a la orilla.

Una calle medio en sombra medio soleada, un cartero comprueba unas señas frente a un portal, un gato parece vigilarlo desde la acera contraria.

La rueda delantera y el pedal izquierdo de una bicicleta, junto a los que reposa una gruesa pantorrilla que culmina en un zapato rojo con tacón de aguja.

El escaparate de una tienda, un maniquí desnudo y manco, una dependienta sostiene el brazo faltante bajo su propio brazo.

Una larga escalera de piedra, una barandilla, la sombra de la barandilla moldeada sobre los escalones.

Un mendigo apostado en una esquina mira hacia arriba, un tipo trajeado y con maletín pasa por su lado y alza la cabeza en la misma dirección, más allá del margen superior del encuadre.

Un antiguo cine con la puerta tapiada, un barrendero arrastra su carrito.

Dos niños en mitad de una calle, cada uno de ellos estira de cada una de las mangas de un jersey de lana, el jersey se deforma, ellos ríen.

La fachada de un edificio de viviendas, una mujer se asoma a una de las ventanas, mira hacia la cámara, una señal de tráfico en un lateral con el lema *Toutes Directions*, el suelo mojado.

Una parada de autobús, dos chicas ocupan el asiento, una se pinta los labios utilizando su teléfono a modo de espejo, la otra se mira los zapatos, una anciana permanece de pie con el paraguas abierto pese a encontrarse también bajo el techo de la marquesina.

Un café, un camarero de espaldas, la bandeja vacía en su mano izquierda, el lazo del delantal con los cabos demasiado largos.

Una lámpara tirada junto a un árbol, el cable dibuja un signo de interrogación.

Mi perfil ante un cuadro de Carpaccio (*Las dos mujeres*, Museo Correr, Venecia), imitando la pose de uno de los personajes.

Una decena de sillas metálicas en el Jardin des Tuileries, alguien las ha dispuesto por parejas, todas confrontadas excepto dos de ellas, al fondo de la imagen, pegadas por la parte del respaldo.

La intersección de un par calles en un pueblo abandonado, al caer la tarde, trazando una cruz exacta.

Un pozo, una plaza y una sombra que se proyecta en el suelo sin que alcancemos a ver a quién pertenece.

La mano izquierda de Jonás apoyada en el pretil, la piedra ennegrecida, el ángulo de una grieta coincide con el que describen las agujas de su reloj.

Los vestigios de una antigua pizarra sobre un muro desconchado.

Imagen cenital de un lavadero, con un reguero rojizo en su fondo.

Últimas páginas de un álbum, las fotos han sido arrancadas, solo quedan las marcas rectangulares y restos del adhesivo.

Un libro abierto, boca abajo (*Still Lifes*, Josef Sudek), y un jarrón con verbenas.

Mi madre arrodillada en un jardín junto a unas enormes tijeras de poda clavadas en el suelo.

Las manos embarradas de la misma anciana.

Marta de frente, sosteniendo con ambas manos una ciruela mordida.

Marta sentada tras una mesa de mármol, un brazo sobre los muslos, el otro sobre la tabla, el codo apoyado, la palma recogiendo el óvalo del rostro, los ojos entreabiertos.

Una modelo en ropa interior, el humo de su cigarrillo se escapa hacia un lateral donde se perfila, penumbrosa, una figura en cuclillas.

Una modelo desnuda, rapada al cero, de espaldas, los brazos en jarras.

Otra modelo desnuda, tumbada a lo Modigliani en un diván verde (aunque la imagen es en blanco y negro).

Un modelo desnudo manteniéndose sobre el pie derecho en una postura de danza cuyo nombre no recuerdo.

Virginie en mi laboratorio, sentada junto a una ampliadora, algunos meses antes de acabar nuestra relación.

Cristina en mi laboratorio, de pie bajo un foco apagado, algunos meses después de acabar nuestra relación.

Un primer plano de mi rostro cubierto con un velo reticulado.

Marta de frente, sobre un fondo de figuras geométricas (hexágonos yuxtapuestos, en forma de panal).

Marta de perfil, sobre un fondo perfectamente neutro.

Un autorretrato en un espejo de un lavabo público, llevo un viejo y enorme abrigo.

Un amigo fotógrafo retratado en su estudio con unas de esas gafas de cartón con filtros de colores que se utilizaban para ver películas en 3D, el índice y el pulgar de la mano izquierda atusando una de las puntas de su bigote.

Una amiga fotógrafa retratada en su estudio con unas de esas falsas gafas de plástico con nariz y bigote incorporados, el índice y el pulgar de su mano izquierda y el índice y el pulgar de su mano derecha encajados a la altura de los ojos, formando un rectángulo de composición.

Una mujer desnuda, recostada en un muro, sujetando un *passepout* sobre su vientre: yo.

La misma mujer saliendo de una galería de arte, reencuadrada por la vidriera del local donde aparece un cartel con el título de una exposición a punto de inaugurarse y, más abajo, su propio nombre artístico, del que alcanzamos a ver las cuatro últimas letras de la primera palabra (*ange*) y las cuatro primeras de la segunda (*Guér*).

Mi rostro enmarcado por la ventanilla de un taxi, las luces nocturnas de la ciudad puntúan la imagen.

Paula frente a un vaso casi vacío, en la esquina de la barra de un bar de hotel sobre cuya superficie apoya el antebrazo derecho y el codo contrario, la mano izquierda en el aire, como si sostuviera un cigarrillo invisible.

Plano medio corto de Paula, ríe, su mano derecha sale de cuadro en dirección al espectador.

Paula en un ascensor de madera y hierro, reflejada en el espejo del fondo, junto a mi nuca.

La puerta de una habitación en una composición absolutamente equilibrada: en horizontal, su dintel y el de las puertas que la flanquean, la línea del techo, del suelo, las rayas del estampado de la moqueta y los trazos transversales del diecisiete de latón sobre la puerta; en vertical, los marcos izquierdo y derecho y el resto de trazos del diecisiete, así como el marco derecho de la puerta de la izquierda y el marco izquierdo de la puerta de la derecha.

El cuerpo a medio desvestir de Paula sobre una cama, en plano picado.

Una cámara de fotos sobre una mesilla de noche situada al lado de la misma cama, junto a un catálogo en cuya portada se reproduce la imagen de un pozo, de una plaza y de una sombra que se proyecta en el suelo sin que alcancemos a ver a quién pertenece.

Paula, el torso de Paula, los pechos de Paula, breves pero rematados por unos grandes pezones, oscuros y desafiantes.

Las piernas de Paula, el sexo de Paula, mi mano izquierda sobre el sexo de Paula.

Lo he destruido, confirma Roberto. No fue más que un lamentable desahogo. Onanismo pseudoterapéutico. Ya sabes que los diarios siempre me han dado urticaria. Aunque si se volviesen a poner de moda, quizás toda esa gente que cree que quiere escribir una novela, pero que en realidad no quiere escribir una novela, dejaría de intentar escribir una novela. La autobiografía es el colesterol de la ficción, añade, y comienza a reír con ganas, deslumbrado por su propio ingenio.

Fíjate, dijo el doctor, en ese cuento matas al profesor. Es obvio, ¿no? Acuchillas a Roberto. El maestro de mi historia no tiene nada que ver con Roberto, dije. ¿Estás segura?, insistió. Y la viudita, y la niña, ¿tampoco te recuerdan a nadie? Puede ser, dije. Hasta ahora has tendido a sublimar tus pulsiones a través de la literatura. Eso no es malo, mirarse al espejo de reojo. Pero necesitas hacerte frente de una vez. Sin filtros.

Aguanté en casa de mi madre aún menos de lo que esperaba. Di tumbos, dormí en pisos de amigos, alquilé un cuarto en un apartamento de estudiantes. Seguía repitiéndome que mi ruptura con Roberto hacía tiempo que era cuestión de tiempo. Descartada la cuarentena emocional, opté por el extremo opuesto: diría que he follado más en este último medio año que durante todos los anteriores juntos. Hubo algún polvo deplorable (con uno de mis efímeros compañeros de vivienda, por ejemplo, embarazosamente

obcecado en contemplarse en el espejo del armario durante los cinco minutos que duró el asunto) y alguno tremendo, pero la mayoría no pasaron de lo funcional. Pronto me aburrí. Cogí un vuelo y me planté en Bruselas. Solange me había enviado la dirección de la galería, no me costó localizar su hotel. Hizo como que se sorprendía de verme, pero no demasiado. Qué buena actriz sería, pensé. Horas después me preguntaba si era mi primera vez con una mujer. Más o menos, dije. Sonrió, me acarició el pelo, seguro que no me creyó. Luego me enseñó el catálogo de la exposición, la visitaríamos al día siguiente, pese a que todavía no se había inaugurado. Ni yo la interrogué a propósito de las fotos que me hizo en su estudio el pasado verano ni ella consideró necesario justificar que no formaran parte de la selección. Son mi diario íntimo, me explicó. ¿Tu diario?, dije. Cualquiera de mis fotos cuenta más de mí que ninguna de mis frases. Cada imagen es la huella de un instante irrepetible, eso lo escribió Barthes, que solo adquiere valor con el paso del tiempo. Me encantan tus autorretratos, dije. Gracias, dijo. Aunque sin duda prefiero el original, añadí, mientras bajaba de nuevo la mano hacia su entrepierna y le lamía el tatuaje del hombro.

Regresé a Barcelona. Comenzaba a permitirme reconocer que echaba en falta a Roberto. Solange había tratado de convencerme de que le diera otra oportunidad, supongo que veía nuestra relación desde la atalaya especular de sus recientes vaivenes con Marta. Quedé antes con Jonás. Nos abrazamos. Lo encontré un tanto mustio. La perspectiva de ser padre le estaba pasando factura. No es que no esté ilusionado, me dijo. Pero esto es *real*, ¿entiendes? Claro que sí, contesté. Últimamente pienso más de lo aconsejable en la época en que tenía tu edad. No creo que la nostalgia sea negativa por definición, dije, a mí me reconforta acordarme de mi infancia, y te aseguro que no fue nada idílica. El verano pasado, viendo nuestro

corto en casa de Solange, dijo. Allí, parapetado entre todos vosotros, experimenté con exactitud lo mismo que sentía mientras lo rodábamos: que era el principio de algo. Por entonces estaba convencido de que acabaría haciendo cine, no hablando de cine, ¿sabes? Lo peor es que todavía lo creo. ¿Y por qué no?, dije. Eres joven. No, no lo soy, pero eso es lo de menos. Quizás se podría rodar un buen documental sobre aquel periodo, dijo, justo antes del cambio de siglo, cuando ni de coña imaginábamos lo que se nos iba a venir encima. ¿Para qué sirve la realidad si no puedes narrarla? O incluso una película de ficción, aunque no tengo la más mínima intención de pasarme años reuniendo pasta. Siempre puedes escribir una novela, dije medio en broma, sale más barato aún. Dudo que lo que necesite este abúlico mundo sean nuevos novelistas, dijo, medio en serio. Hemos sido una generación esencialmente ingenua: esa podría ser la tesis de partida. ¿Y cuál no lo es?, repliqué. Supongo que es inevitable que la nuestra nos parezca la primera en cualquier cosa, reconoció, y la última en todas las demás. Hay un momento, aun así, en que la línea invisible que uno había ido siguiendo se rompe de forma definitiva, por mucho que no puedas darte cuenta de ello hasta un tiempo después: ese punto sin retorno, esa curva secreta es la que me importa. Esa jodida fractura. Roberto me contó lo de vuestro amigo; debió de ser duro, me aventuré a decir. Es duro, dijo, constatar lo inocente que uno continúa siendo al creer que puede emanciparse a voluntad de sus fantasmas; son ellos, por descontado, los que eligen darte un descanso o tomarla una vez más contigo sin motivo aparente. *Fresas salvajes. Solaris. La Jetée.* ¿Has visto *La Jetée*? ¿No? Imperdonable. Está en YouTube, te paso el enlace. Filtros, me dije, Jonás es incapaz de pensar el mundo sin ayuda de las películas. ¿Es eso para mí la escritura? ¿Lo será algún día? ¿Cómo me recordaré dentro de veinte años? ¿De qué modo

recrearé esta misma conversación? ¿Guardaré siquiera registro de ella? ¿Escribiré al respecto? Sentí ganas de contarle mi devaneo con Solange: Jonás es de esas personas que te incitan a la confidencia. Me reprimí, por supuesto. Tarkovski hizo decir al pobre Stalker que cuando uno medita en su pasado se convierte en un hombre mejor, prosiguió; me seduce aún esa idea, pero cada vez tengo menos claro que sea cierta. Recogí el guante que colgaba de su mayéutica sonrisita y me volví a interesar por su difunto colega: un recurso no muy sutil para incitarle a hablar de Roberto. He de admitir que de fondo resonaba también una curiosidad creciente por mi parte, pues no dejaba ni deja de sorprenderme el simbolismo que ambos parecen haberse obstinado en adjudicar a aquella relación. ¿Por qué la gente tendrá tanta necesidad de conectar, metafórica o literalmente, asombrados o resignados, pero siempre con autocomplacencia, los puntos dispersos de sus trayectos personales? La potencialidad eternizada, teorizó. Varias alternativas son más o menos factibles en un momento de la vida, y justo entonces se rompe, la vida. Al convertirse en imposibles, todas esas opciones adquieren el estatus contrario, y a perpetuidad. Ninguna podrá ya excluir a las otras, resultan posibles e imposibles a la vez, ¿comprendes? La memoria y el azar son dos alimañas que se persiguen en círculos, remató, demasiado solemne, no sé si a su pesar. *Una mujer dulce*. ¿Has visto *Una mujer dulce*? Mi favorita de Bresson. Y *Mouchette*, naturalmente. Es raro que quienes se suiciden sean casi siempre las mujeres. En la pantalla, digo. *Vértigo*. *Las amigas*. O eso me parece, tendría que darle más vueltas. *La mujer de al lado*. *Mulholland Drive*. Tal vez escriba un artículo. Le cogí una mano. Qué buen personaje de novela sería Jonás, pensé. ¿Te dije que he retomado mi libro?, preguntó. Asentí. Te das un aire a Anne Wiazemsky, ahora que caigo; o igual es que tengo la cabeza saturada

de tanto Bresson: me temo que he vuelto a caer en sus garras. Vi por fin los títulos de Rohmer que me recomendaste, dije. Tengo pendiente al islandés, ¿cómo se llamaba? Finlandés, dijo. Kaurismäki, dijo. ¿Te gustaron? Gente hablando, contesté. Eso es: gente hablando, no hace falta mucho más. Gente hablando con gente, dijo. Gente hablando de sus líos con otra gente, dije. Pero sí, me gustaron. Lo suponía, dijo. ¿Y el cuento? Negué con la cabeza. Una lástima, me hubiera encantado leer las confesiones nocturnas de tu pobre maestro. Daría como mínimo para una *nouvelle*: ¿en serio no te tiente alargarlo?

Mis libros no son nada del otro mundo, yo lo sé, tú lo sabes, qué más da, dice Roberto, expulsándome de mis pensamientos. Estamos tomando un vermut en una terraza, el sol de mayo dulcifica la tensión que le coloniza el rostro durante los periodos de escritura. Han sido suficientes un par de semanas juntos para que venciera el bloqueo de los últimos meses, en los que, según me ha asegurado, no logró escribir más que unos cuantos poemas que no me piensa dejar leer, pero que desde luego me hará leer, así como ese simulacro de dietario que dice haber destruido pero que tengo la certeza de que no ha destruido. Las mismas jornadas han bastado para que aprendamos a fingir que nuestra separación nunca existió, que no llegó a acontecer más que en nuestra fantasía o en un universo paralelo. Disculpas, sexo, lágrimas, sexo, promesas, sexo, la realidad, el deseo y de nuevo la realidad. También yo me he propuesto reanudar mi tesis, aunque sin tanto entusiasmo, y no puedo evitar preguntarme, cada vez con mayor frecuencia, si me interesa lo bastante como para dedicarle un generoso porcentaje de mi juventud. Es decir, Rosalía Vargas, qué personaje, qué biografía, qué sistema moral. Pero sus novelas... En fin, reconozcamos que no es Virginia Woolf. ¿Hay que rescatar a los artistas olvidados solo por sus

ideas?, planteó Jonás un día, mientras me impartía su no solicitada clase magistral en torno al cine y la política. Los desvanes de la cultura están llenos de buenas intenciones, se respondió él mismo, con forzada malevolencia. Quizás, me digo, debería centrarme en sus ensayos. O mejor pasar de la tesis, a riesgo de que a mi madre le diera un síncope, y escribir una novela. Una novela sobre Rosalía Vargas, o una novela sobre una joven aspirante a escritora que hace una tesis sobre Rosalía Vargas o que decide dejar de hacerla.

Mis libros no son más que basura, insiste Roberto, basura honesta, sí, pero basura, y bien sabes que me sigue pasmando ver a alguien parapetado tras uno de ellos en el metro o utilizándolo para ejercitar en supinación sus antebrazos, por lo común tirando a flácidos, sobre la arena de una playa. Sin embargo, se mantienen fieles a un rasgo del que sin duda me puedo enorgullecer: ninguno de mis personajes escribe, ni pinta, ni se dedica a la música o al teatro. A los personajes de mis libros les pasan cosas extraordinarias, convencionalmente extraordinarias, si quieres: crímenes, robos, venganzas, romances turbulentos; pero ellos son tan grises y rutinarios como cualquiera. Uno puede ser mediocre y un gran artista, digo, o viceversa. Ya me entiendes, dice. Al menos mis libros no pierden el tiempo preguntándose sobre su propio sentido, ni me hacen preguntarme sobre su pertinencia. Escribo y punto. No sé por qué escribo, aparte de para ganarme la vida, y tampoco pretendo saberlo. Los escritores estamos obsesionados con nuestro trabajo, pero el lector no tiene la culpa. La teoría es innecesaria porque suele ser *a posteriori*; conviene no olvidarlo. Por otro lado, todos los libros tratan del hecho de escribir, sea cual sea su tema. Ponerlo en primer plano es redundante.

¿Y en mi caso? ¿Escribo quizás para demostrarme que no necesito escribir?, me digo, quitándome maquinalmente las gafas de sol. Me

mira. Nos miramos. Quiero que leas algo, afirmo en cambio, aunque más te vale no intentar convencerme de que modifique ni una coma. ¿El cuento que escribiste con Jonás?, dice. Vete a la mierda, digo, el cuento es mío, Jonás solo me asesoró con las películas. No te enfades. Me repitió veinte veces lo bueno que era. Casi me pongo celoso y todo. ¿Del cuento o de Jonás?, pregunto. ¿Salgo yo?, pregunta; el cabrón no me dejó leerlo. Sí, pero mueres al final. Como todo el mundo, dice. Algunos más que otros, digo, hasta para estar muerto hay que tener talento. Seguramente no te gustará, añado: el protagonista escribe un diario. No jodas, dice. Suena su móvil. Es mi agente, se levanta, ahora vuelvo.

Dos mesas más allá, un chaval sentado junto a sus padres me mira con descaro. Pienso en cómo me vería a mí misma si tuviera su edad. Le saco la lengua, pero no aparta la vista. Al otro lado de la plaza, recostados en las escaleras de la iglesia, varios adolescentes se desgañitan mientras uno de ellos aporrea la misma guitarra que llevan aporreando los adolescentes desde el principio de los tiempos, sumidos en la característica atmósfera de indolencia ritual. Saco el móvil y tomo una foto sin disimulo. No se dan cuenta, o fingen que no se dan cuenta. La miro, la retoco. Quedo contenta con el resultado. Tal vez tendría que dedicarme a la fotografía, pensar en recuadros y en composiciones en lugar de en palabras y en grupos de palabras, en elipsis, en resonancias, en infinitos subtextos. Fotos encadenadas como grandes frases. Novelas como ristras de fotos. Mi mente regresa entonces a esa extraña película que Jonás se empeñó en que viera, *La Jetée*, una brevísima historia de ciencia ficción elaborada a partir de planos fijos, una especie de fotonovela distópica protagonizada por un hombre obsesionado con una imagen de su infancia: el rostro de una mujer. Trato de dilucidar cuál es mi recuerdo más temprano, y cuál el más persistente. ¿Aparece Roberto

en alguno de ellos? No, claro que no, pese a que con facilidad pueda evocarlo, en contra de lo que él cree, acompañado de mi madre. Siempre que me pregunta procuro recalcar que mis recuerdos de aquellos dos años son inexistentes. Eso le satisface, no porque sienta algún tipo de culpabilidad, diría yo, sino porque así puede separar a una Paula de la otra sin mayor complicación; lo que no significa, supongo, que de tanto en tanto no le aceche desde mi rostro el de la niña con la que convivió en una de sus vidas anteriores. A menudo, cuando follamos, fantaseo con que está ocurriendo, lo encuentro irresistible, aunque al momento me acuerde de mi madre y pierda toda la gracia. Es una cuestión que no solemos frecuentar, en cualquier caso, ambos supimos desde el principio que a nuestra relación no le convenía revolcarse en el barrizal de la memoria. Incluso al convertirme en su alumna no me costó persuadirle de que mi presencia allí no había obedecido a ningún plan determinado: vi el curso anunciado en un folleto, me asaltó tu nombre, le dije, lo valoré durante la noche y al día siguiente me matriculé, nada más. Sonreí. Sonrió. Pareció bastarle esa explicación, que ni siquiera a mí me bastaba.

Ensayo varias fotos mientras toma asiento, me mira, arquea las cejas, hace un poco el tonto, enciende un cigarrillo, alza el vaso, lo apura, chasquea la lengua, dice: El aperitivo es civilización. Las observo de inmediato (movidas, desencuadradas) y las elimino todas menos la última. Me imagino contemplándola dentro de mucho tiempo y recordando este justo instante. Volviendo a él, comprendiéndolo al fin, es decir, creyendo que lo comprendo.

¿Nos vamos ya a casa?, dice entonces. Tengo ganas de escribir y de follar, no necesariamente en ese orden.

Como quieras, respondo, y la borro también.

Solange y Marta han venido esta tarde al estudio para que les tatúe una pareja de golondrinas en la parte inferior de la espalda. Me han explicado sin necesidad que es el símbolo animal de la renovación, las he felicitado por su segundo aniversario, ha sido un año difícil, pero aquí estamos, ha dicho Marta, lo que no te mata te convierte en más fuerte, ha dicho Solange, amanerando el refrán, me han anunciado que van a casarse, las he abrazado, las he felicitado de nuevo. Después, al tiempo que una cola bifurcada iba tomando forma sobre el coxis de su futura esposa, Marta me ha contado que la próxima semana celebrarán una cena con el mismo grupo de amigos del año pasado, a la que por supuesto estoy invitada. Pero yo ya lo sabía, me lo comentó Jonás anoche, no recuerdo si antes o después de masturbarse frente a su webcam. Hace poco más de un mes hubiese sido impensable, ha añadido Solange, en referencia a Roberto y a Paula, reencontrados a raíz del nacimiento del hijo de Cecilia y de Jonás, y enseguida reconciliados. Al contrario que ellas, sigo sin ver la relación efectiva entre ambos acontecimientos: ¿por qué la gente tendrá esa necesidad de que todo constituya un símbolo, una causa o una consecuencia de algo más? Cotilleamos respecto a un premio de relato que acaba de ganar Paula, otorgado por un jurado que ha presidido un amigo de Roberto. Leí el texto hace un tiempo, dice Marta, y no es gran cosa, que quede entre nosotras. Al rato bromeo con el catastrófico nombre del bebé. Solange me aclara

que es un homenaje a un compañero de estudios de Jonás, de Roberto y de Marta, fallecido muy joven. Me disculpo. Marta asegura que no hay motivo, que era un propósito que en su día les sirvió de consuelo, lo emocionante que sería llamar así al primer niño que tuviera el primero de ellos, y que jamás creyó que ninguno de los tres estuviese dispuesto a cumplir esa inocente promesa, y que es cierto que se trata de un nombre horrible, aunque el diminutivo no suene tan mal, y Solange se pregunta qué habrá llevado a Cecilia a aceptarlo.

Se marchan satisfechas con sus recatados tatuajes y yo me quedo pensando en lo mucho que me continúa separando de Solange, en todo eso que nos separará siempre. Mientras recojo mis utensilios y bajo la persiana, mientras salgo a la calle y recorro el camino habitual, recopilo detalles que reconozco poco fiables, manipulo remotos fragmentos, reconstruyo, reinventada, su imagen adolescente, hilvano fognazos de los veranos que pasaba en la finca de sus abuelos, intento condensar en cuatro rasgos su exotismo, amplifico los ecos de su irresistible acento todavía sin limar, recreo a cámara lenta su felina delgadez, recompongo la manera aparentemente involuntaria en que hacía sufrir a aquellos palurdos a los que yo no desdeñaba ofrecerme en calidad de premio de consolación. Y entonces, como si nada significativo hubiese ocurrido entre una época y otra, la veo instalándose inesperadamente en la casona recién restaurada, conviviendo con Virginie, tatuándose una estúpida pareja de culebras (energía, renacimiento, feminidad) en el tobillo con Virginie, rompiendo con Virginie y conociendo a Cristina, conviviendo con Cristina, tatuándose una estúpida pareja de lechuzas (misterio, sabiduría, nocturnidad) en el hombro con Cristina, rompiendo con Cristina y llorando sobre el mío, haciéndome sentir orgullosa por ser la elegida e imbécil por

obligarme a soportar con tan poca reciprocidad sus lágrimas de niña mimada.

Llego a casa y, sin cambiarme siquiera de ropa ni prestar atención a los requerimientos de mi gata, hojeo una vez más el catálogo de su última exposición, paso páginas con la infantil esperanza de que alguna de mis fotos se materialice de repente, de que mi rostro, mis manos, mi torso entintado broten entre ellas de modo tan espontáneo como inexplicable, una sola de las decenas de imágenes, una sola de los cientos de imágenes que tomó en mi estudio a lo largo de sucesivas semanas, la imagen de mis ojos concentrados, la imagen de la sangre de otros reflejada en mis ojos concentrados, la imagen de la aguja blandida a la altura de mis ojos inyectados en sangre de otros, y vuelvo a oír las palabras exculpatorias de Solange, amparadas como de costumbre en responsabilidades ajenas, en este caso la inflexible opinión de la galerista a la que mi serie, según parece, le resultó demasiado violenta, demasiado agresiva, eso dijo que había dicho literalmente, ya lo he escrito por aquí en varias ocasiones y está visto que necesito seguir escribiéndolo, demasiado *agresive*, dijo, pues, en comparación con las demás imágenes, tan sutiles todas ellas, tan delicadas, tan elegantes, tan su reputísima madre, y al tiempo que lo decía era capaz de ver los labios agrietados de esa imaginaria vieja engreída plegándose, a esa hipotética cotorra belga apiñando, frunciendo como dicen en las novelas su boca porque Solange la fruncía tras explicármelo, y los labios fruncidos de la señorona y los labios fruncidos de Solange se sobreponen ahora a mis propios labios paródicamente fruncidos mientras me dirijo al dormitorio y abro el armario y guardo el catálogo, lo aparto de mi vista escondiéndolo bajo una pila de camisetas que ya no utilizo pero de las que no me decido a deshacerme.

Escribo a Jonás, le confirmo que estaré en la cena, que daré dos

besos a su mujer, que haré carantoñas a su hijo, que no llevaré bragas. Luego comienzo a redactar esta entrada y va tomando cuerpo la seductora idea de acudir a casa de Solange con mi diario escondido en el bolso. Me imagino dejándolo caer en el jardín, debajo del sofá, abandonándolo junto a la escalera, fantaseo con que alguien (¿Roberto?, ¿Marta?) lo recoge, curioseas, se topa con las páginas en las que hablo del *affaire* de Paula y Solange del pasado invierno, fruto, según se justificó ella entonces, del «desconcierto emocional» por el que estaban pasando ambas, aunque sería más fácil que el azar, dirigiendo la mano de ese alguien (¿Cecilia?, ¿Paula?, ¿Solange?), lo llevara a abrirlo por una de las numerosas entradas en las que hago referencia a Jonás, aquellas donde transcribo parte de sus mensajes (desde los titubeantes del principio, llenos de insinuaciones, hasta los que contienen sus más desatadas fantasías, en las que todas nosotras sin excepción interpretamos sustanciosos papeles), describo algunos de nuestros muchos encuentros virtuales o doy cuenta de nuestras escasas citas en el mundo real, por cualquiera de los episodios, en definitiva, que han jalonado la peculiar relación entre ese *voyeur* profesional, como a él le complace denominarse, y esta exhibicionista más o menos aficionada. ¿Qué pensaría, pienso, mi presunto lector, con preferencia lectora, si recayera justo en las fechas en las que, a punto de dar ya por zanjada nuestra aventura, recuperé el interés, para mi sorpresa, al enterarme de que la boba de su mujer estaba embarazada? ¿Seguiría leyendo con avidez hasta el final, lo lanzaría al suelo con una mueca de repulsa, regresaría al salón blandiéndolo ante el resto sobre su cabeza como sujetaba su espada flamígera el ángel que le tatué a un tipo el otro día?

Lo haré y no lo haré, la gracia está en ser consciente de que podría hacerlo, lo verdaderamente excitante será vislumbrar el lomo de mi

diario al manipular el bolso durante la velada, sentir su vibración, apreciar la leve pero inevitable incomodidad de mi vecina y de mi pseudoamante mientras voy encadenando copas de vino y advierten que la depositaria de sus respectivos secretos de pequeños burgueses se muestra a cada momento más desinhibida y deslenguada. Presidiré ese salón entre Jonás y Marta, entre Roberto y Solange, entre Paula y Cecilia, entre mi bolso cerrado y mi bolso abierto. Seré una intrusa en su grupo, y seré su sostén. Allí, rodeada de profesoras, de escritores, de fotógrafas, de universitarias con ínfulas, yo, una vulgar tatuadora, humilde heredera de ese linaje de hechiceros, presidiarios y lobos de mar, de esa fabulosa estirpe entre sacerdotal y lumpenproletaria, seré el punto de fuga de sus civilizados trampantojos, la suciedad que palpita bajo sus alfombras, la falla que ruge bajo sus sillones, la lava que borbotea bajo las suelas de sus zapatos.

Levanto la mirada y examino mi rostro en el espejo, exactamente igual que hice esta tarde cuando Solange y Marta se marcharon del taller. Para preservar la media sonrisa que lo cruzaba, que lo cruza, he cerrado, cierro los ojos, y he girado, giro, he bailado y bailo sobre mi silla giratoria, sin pensar en nada más, expulsada de mi conciencia durante un instante, dentro y fuera del tiempo al mismo tiempo. Luego me voy a la cama e intento leer una novelita que me regaló Jonás, pero apenas aguanto tres o cuatro páginas.

El animal más triste
Juan Vico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Imagen de la cubierta: GIC – STOCKSY

© Juan Vico, 2019
Por mediación de MB Agencia Literaria S.L.

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-322-3475-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta